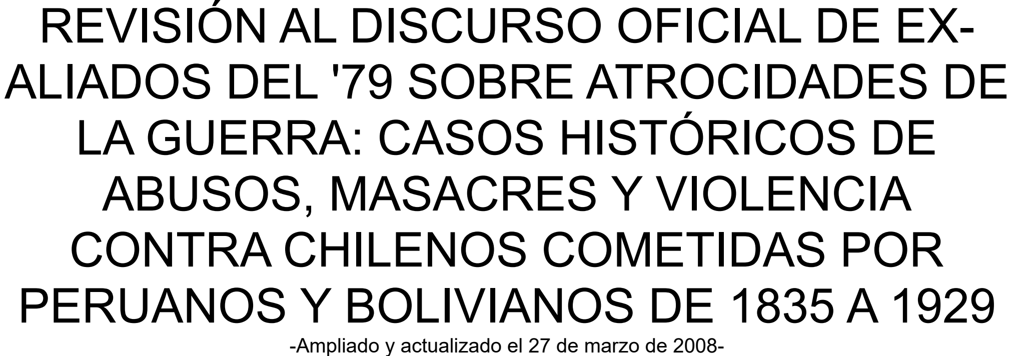
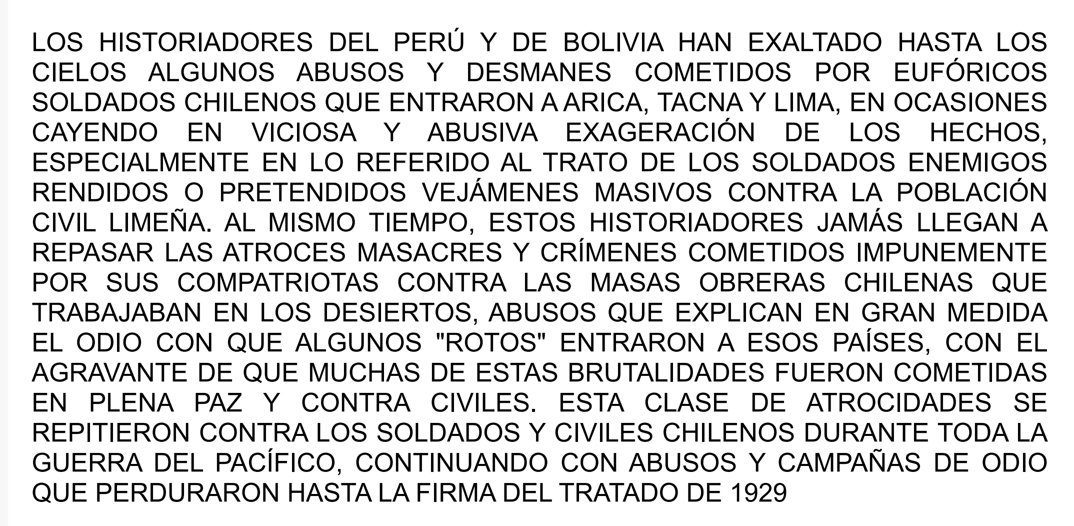


Ya no se admite Adobe Flash Player



REVISIÓN AL DISCURSO OFICIAL DE EX-ALIADOS DEL '79 SOBRE ATROCIDADES DE LA GUERRA: CASOS HISTÓRICOS DE ABUSOS, MASACRES Y VIOLENCIA CONTRA CHILENOS COMETIDAS POR PERUANOS Y BOLIVIANOS DE 1835 A 1929

-Ampliado y actualizado el 27 de marzo de 2008-



LOS HISTORIADORES DEL PERÚ Y DE BOLIVIA HAN EXALTADO HASTA LOS CIELOS ALGUNOS ABUSOS Y DESMANES COMETIDOS POR EUFÓRICOS SOLDADOS CHILENOS QUE ENTRARON A ARICA, TACNA Y LIMA, EN OCASIONES CAYENDO EN VICIOSA Y ABUSIVA EXAGERACIÓN DE LOS HECHOS, ESPECIALMENTE EN LO REFERIDO AL TRATO DE LOS SOLDADOS ENEMIGOS RENDIDOS O PRETENDIDOS VEJÁMENES MASIVOS CONTRA LA POBLACIÓN CIVIL LIMEÑA. AL MISMO TIEMPO, ESTOS HISTORIADORES JAMÁS LLEGAN A REPASAR LAS ATROCES MASACRES Y CRÍMENES COMETIDOS IMPUNEMENTE POR SUS COMPATRIOTAS CONTRA LAS MASAS OBRERAS CHILENAS QUE TRABAJABAN EN LOS DESIERTOS, ABUSOS QUE EXPLICAN EN GRAN MEDIDA EL ODIO CON QUE ALGUNOS "ROTOS" ENTRARON A ESOS PAÍSES, CON EL AGRAVANTE DE QUE MUCHAS DE ESTAS BRUTALIDADES FUERON COMETIDAS EN PLENA PAZ Y CONTRA CIVILES. ESTA CLASE DE ATROCIDADES SE REPITIERON CONTRA LOS SOLDADOS Y CIVILES CHILENOS DURANTE TODA LA GUERRA DEL PACÍFICO, CONTINUANDO CON ABUSOS Y CAMPAÑAS DE ODIO QUE PERDURARON HASTA LA FIRMA DEL TRATADO DE 1929

****

Introducción el movimiento migratorio entre Chile, Perú y Bolivia del siglo XIX
Primeros registros de abusos y violencia antichilena en los desiertos
Persecuciones de chilenos por "vagancia" en Perú. Masacres y expulsiones
Manifestaciones del odio boliviano a obreros chilenos en Cobija. 1842-1869
Crímenes en guaneras y salitreras. Atrocidades en Arequipa, Iquique y Callao. 1866-1875
Trasfondo político de los abusos. Brutal represión boliviana. 1872-1877
Albores de la guerra: drama de las expulsiones y desapariciones de chilenos en masa
Denuncias de agentes extranjeros. Masacres de mujeres chilenas en Lima. 1879-1881
Chilenos descubren la esclavitud en Perú. Los "coolies" chinos y su gratitud con Lynch
Los esclavos pascuenses. Aporte del Perú a la destrucción del pueblo rapanui
Atrocidades del campo de batalla: desastre de Tarapacá y consecuencias. 1879-1880
Acciones arteras peruanas en Arica: los "polvorazos" y las trampas explosivas
Acciones arteras peruanas en el mar: casos del "Loa" y la "Covadonga"
Los verdaderos hechos sobre la expedición de Lynch en 1880
La demonización de los chilenos en la prensa y la propaganda aliada de la guerra
¿Qué ocurrió realmente en Chorrillos? Los sucesos de 1881
Ruptura peruana de la tregua en Miraflores. Calumnias de la propaganda de guerra
Mito de la intervención de Petit Thouars para "salvar" Lima. 1880-1882
¿Quiénes fueron los que saquearon Lima en enero de 1881?
Punto final a la leyenda del saqueo chileno de la capital peruana
Atrocidades en la Campaña de la Sierra: masacres, brutalidad y vesania. 1881-1883
Siniestros detalles desconocidos de la Batalla de la Concepción. 1882
Reclamaciones de los neutrales. Tribunales fallan a favor de Chile. 1884-1885
Campañas de odio antichileno después de la Guerra del Pacífico. 1883-1905
Inmigrantes bolivianos y peruanos. Nacen las "Ligas Patrióticas". 1901-1918
Solución del problema Tacna-Arica pone fin aparente a las hostilidades. 1919-1929

Introducción: el movimiento migratorio entre Chile, Perú y Bolivia del siglo XIX

Los años posteriores a la independencia de las repúblicas sudamericanas se caracterizaron por el fuerte movimiento de las poblaciones dentro y fuera de las fronteras de cada país, fenómeno en el que pudo influir la política integradora que ya entonces pretendía configurarse, en busca de la consagración de los ideales americanistas que rigieron gran parte del proceso de emancipación.

Fue así como una buena cantidad de chilenos comenzó a desplazarse dentro de Sudamérica y, por asunto de distancias geográficas, muchos de ellos se establecerían en países vecinos, generalmente motivados por perspectivas económicas. Los más audaces y adinerados, en cambio, cayeron seducidos por la tentación de tierras más lejanas, como ocurrió durante la fiebre del oro californiana, a cuyo llamado -en su momento- habían respondido importantes personajes de la vida política e intelectual chilena, como don Vicente Pérez Rosález.

Un importante texto de historia del Perú habla de las *"masas hambrientas"* e *"invasiones proletarias"* para referirse a los miles de chilenos que emigraron hacia el norte en busca de mejores remuneraciones o condiciones de trabajo que no siempre fueron tales. Por su parte, libros de historia bolivianos definen a los colonos chilenos de Atacama (la única fuerza laboral de la región, para entonces) como *"masas de invasores chilenos"* que habrían ido penetrando paulatinamente al desierto en desmedro de sus propios pobladores altiplánicos. Ambas afirmaciones -en distintos matices, muy arraigadas en la historiografía oficial de esos países- no sólo exteriorizan un ancestral odio contra el elemento chileno, sino que expresan la compulsiva necesidad de los historiadores peruanos y bolivianos por recurrir a la superchería y al relato emocional como norma literaria.

En efecto, además de estar legítimamente establecidos estos chilenos en virtud de los innumerables tratados de complementación e integración (sobre los cuales Perú y Bolivia se sentaron cuantas veces tuvieron oportunidad), llenaron un gran vacío económico al no existir en Tarapacá ni Atacama una fuerza laboral sólida, problema derivado de la falta de interés de estos pueblos por el trabajo en condiciones de gran incomodidad, además de las distancias geográficas y la ausencia del sentido de empuje y desarrollo, algo asociado a las graves inestabilidades políticas, sociales y económicas que dominaban para entonces la mayor parte del continente, pero de las que Chile había logrado zafarse temprano, durante el período de organización portaliana.

Un factor adicional que aporta el más grande historiador de Bolivia, don Alcides Arguedas, respecto de la falta de influencia de los pueblos peruano y altoperuano en los desiertos, que fuera sustituida por la mano de obra chilena: el factor cultural, según él, asociado a la condición natural misma del "cholo", al que describe cruelmente como desapegado al esfuerzo, a la honestidad, al trabajo y a todo lo que se requiera para las extremas condiciones en que el obrero se desempeñaba en las salitreras.

Otro punto interesante es que la presencia de chilenos en territorios peruanos y los pretendidos por Bolivia en Atacama, estaba bastante

compensada con la venida de miles de inmigrantes de estos dos países, además de los argentinos, especialmente durante la dictadura de Rosas. Efectivamente, siendo Chile uno de los pocos centros de estabilidad política y social, más o menos a partir de la década de los 30's (siglo XIX), el país se había convertido en un verdadero foco de atracción para el movimiento de habitantes de los tres países vecinos, con frecuencia motivados por los largos períodos de luchas intestinas e inestabilidades políticas que se habían extendido mucho más allá del período de organización interna pos-independencia.

Mientras en el Perú los caudillismos y asonadas hacían que sus habitantes se destrozaran entre sí, en Bolivia ascendían "iluminados" cada vez más inmorales y personalistas, que habían convertido en Palacio Presidencial en un verdadero antro; y en la Argentina, por su parte, las guerras internas, los conflictos civiles y las cacerías políticas eran rutinarias. De este modo, miles de refugiados peruanos, bolivianos y argentinos se habían establecido en Chile con infinitas facilidades y siendo tratados como probablemente nunca se los trató en otros países de la región.

También ocurría lo inverso. Cuando Perú encomienda la construcción de su red ferroviaria a la Casa Dreyfus y a la compañía de don Enrique Meiggs hacia 1868, ambas firmas, que conocían perfectamente la capacidad de trabajo de los chilenos en las guaneras, contrataron casi exclusivamente obreros de esta nacionalidad menospreciando la capacidad del elemento humano local, lo que, como veremos, fue causa y excusa de muchas agresiones y sentimiento antichilenos.

Sería injusto acusar de ingratitud a todos los inmigrantes que llegaron a Chile desde su vecindad, pero resulta altamente insolente y temerario, por parte de autores de Perú y Bolivia, el señalar a la llegada de los obreros chilenos a los desiertos como *"invasiones"*, en circunstancias de que -para esos mismos años- Chile se encontraba saturado de inmigrantes de esos mismos países, en plena comodidad, bajo ningún síntoma de explotación o abuso y, más encima, lidiando con el hecho de que muchos de ellos abusaron de la hospitalidad organizando desde acá intervenciones o conspiraciones, como ocurrió con la famosa rebelión del refugiado boliviano Quevedo, en agosto de 1872, que intentó un alzamiento contra el Gobierno boliviano en Antofagasta, implicando a Chile en lo que pudo ser un gravísimo incidente diplomático y generando una serie de mitos condenatorios de parte de autores peruanos y bolivianos, que aún persisten.

Por otro lado, el Perú ese mismo país que con frecuencia exige hoy, al alero de la *antixenofobia* y sin ninguna clase de humildad todo tipo de consideraciones y hasta verdaderos privilegios para sus masas de inmigrantes que entran legal e ilegalmente a Chile, ostenta la triste marca de haber expulsado masivamente y por decreto a los inmigrantes chilenos de sus territorios, en al menos dos ocasiones de su historia como mínimo, con el agravante de que la primera de ella, fraguada por el ministro José María de Pando en 1829, en decir, cuando recién comenzaba a caer sobre el Perú la sombra Confederación del Mariscal Santa Cruz, fue hecha en plena paz y motivada únicamente por el histórico odio antichileno que anidaba ya entonces en las autoridades limeñas. Quiso el destino, sin embargo, que cual risotada irónica de la vida sobre Pando, éste se viera después, obligado a pedir asilo en Chile luego del período de represalias y derramamiento de sangre que prosiguió al fracasado

intento de unificación de los gobiernos peruano y boliviano, dirigidos por Santa Cruz.

Primeros registros de abusos y violencia antichilena en los desiertos

La violencia en los desiertos no era inusual o dirigida únicamente contra los chilenos. El aislamiento y la incapacidad de revertir situaciones reprochables había permitido que se dieran inusitados eventos, como la expedición del peruano Felipe Santiago Salaverry sobre Cobija, en 1835, para cobrar cupos sobre la pequeña comunidad boliviana que allí se había establecido con miras a conseguirle un puerto propio al Altiplano. Salaverry atacó sin piedad las instalaciones de la caleta, ordenando que sus hombres desembarcaran y destruyeran todo a su paso, ayudados por delincuentes comunes que sacaron de la misma cárcel del poblado.

Sin embargo, en la lista víctimas de abusos y atrocidades, los chilenos ocuparon un lugar destacado en la época de las fiebres guanera y salitrera. El profesor Gilberto Harris Bucher escribe sobre estos abusos en su extraordinaria obra "Emigrantes e Inmigrantes en Chile, 1810-1915. Nuevos Aportes y Notas Revisionistas" (Universidad de Playa Ancha, 2001) las siguientes líneas:

> *"Toda la información colacionada permite argüir que la concentración de la población chilena y los malos tratos -encarcelamientos, sumarios, asesinatos, azotinas, enrolamientos compulsivos, expulsiones y otras lindezas-marcharon de la mano durante buena parte del siglo pasado, antes y después de Yungay, antes y después de la Guerra del Pacífico. Y aun cuando las autoridades políticas chilenas, para proteger y representar, ampliaron considerablemente el servicio de consulados y viceconsulados, en casi todos los puntos por los que se desparramaron los chilenos -Cobija, Iquique, Pisagua, Tocopilla, Mejillones boliviano, Antofagasta, Caracoles, Calama, La Paz, Lima, Lambayeque, Pasco, Ayacucho, Pisco, Junín, Paita, Arica, Pascamayo, Tacna, Huacho e Ica-, a pesar de todo, como ya examinaremos, nuestros paisanos debieron capear toda clase de excesos y vejámenes, cuestión que inauguraba el período de largas y enojosas controversias bilaterales con Perú y Bolivia, centradas, casi todas, en las explicaciones o reparaciones exigidas por nuestra Cancillería. Es más, durante toda la década de los años setenta los titulares del Ministerio de Relaciones Exteriores denunciaban a las Cámaras el permanente clima de hostilidad contra los chilenos -más de 30.000 en los territorios de Tarapacá y Antofagasta-, problema que determinara importantes alteraciones en el modus vivendi de las relaciones entre Chile-Perú-Bolivia".*

Así las cosas, no es raro que Harris Bucher haya reportado esta clase de atropellos desde muy temprano, ya presentes en 1835 y 1836, producto de la agresiva política antichilena adoptada por el Protector Santa Cruz al pretender expulsarlos y tomar sus propiedades. Como la representación chilena se encontraba interrumpida, fue gracias a la intervención del Encargado de Negocios de los Estados Unidos en

Lima que la cosa no fue peor para los chilenos. Paralelamente, un informe entregado por las autoridades chilenas a las Cámaras denunciaba que los peruanos -entre otros vejámenes- estaban obligando a los chilenos a enrolarse o servir por la fuerza al ejército y a los buques de guerra.

Por supuesto que las tropelías y violaciones de derechos también alcanzaban a los propios peruanos, especialmente durante la convulsión política iniciada durante este período, al punto de motivar a los ciudadanos de Arica, Tacna y Moquehua a solicitar formalmente la anexión a Bolivia por un Acta de Cabildos del 11 de marzo de 1836, producto del daño provocado en las revoluciones y la falta de ayuda desde Lima tras los terremotos de 1831 y 1832. En dicha Acta se lee la siguiente denuncia:

> *"Muy inútil empeño será hacer una pintura exacta de los padecimientos de esta población y las demás del Sur, cuando no hay un habitante a quien se le oculten y que no convenga en la necesidad de que por medios eficaces consonantes con nuestros verdaderos intereses, nos pongamos a cubierto de su repetición, y que cierren las profundas heridas que han abierto en las propiedades y demás garantías sociales. Recórrase la historia de estos diez años inmediatos anteriores y encontraremos, de un lado, oscilaciones políticas incesantes que han estallado en las capitales y se han sentido en las provincias sus estragos; y por otro, el cuadro triste de desmoralización general, depredaciones y la miseria más espantosa. Todavía nos aterra el recuerdo de las plagas que se han hecho conjurar: la naturaleza misma por dos veces parecía acordarse con tan crudos enemigos de nuestra propiedad y reposo, causándonos por separado destrozos irreparables, tanto que habíamos desesperado mudar de condición, caminando apresuradamente al abismo que nos amenazaba. ¿Y quién así no estaría persuadid, cuando la misma industria que forma nuestras subsistencias se hallaba desatendida, y lo que es más, se la había mirado con el mayor abandono? ¿Quién no divisaría su próxima ruina, si las producciones valiosas del valle estaban encadenadas y reducidas a la insignificancia?"*
>
> *"Nuestras relaciones comerciales están circunscritas a los pueblos limítrofes de la Nación boliviana; allá residen nuestras conveniencias, y si no aprovechamos la oportunidad de que sean permanentes y no se expongan a los diarios vaivenes de que han sido víctimas, renunciamos para siempre a los consuelos de conseguir la propiedad que se nos niega por otros medios. Tiempo es de hacer realizables estas ventajas, y corrido este tiempo corto y preciso, ya será tarde y se harán negatorios nuestros empeños y trabajos".*
>
> *"El pacto que nos unía a la sociedad peruana ha sido violado en daño sólo de los pueblos, y los pueblos no pueden sujetarse a ligámenes que contrarían los fines principales de ese pacto. Cada pueblo se encuentra autorizado para celebrar el que le conviene y consulte los bienes que le hacen contraer. Moquegua y las demás*

> *poblaciones se hallan en el caso, y sus habitantes habrían perdido hasta el sentido común, si no procuraran en esta disociación universal, asegurarse, estableciendo uno que les prometa estabilidad, garantías, protección y bienestar. Omitimos hablar de la Constitución que nos ha regido, porque allá es bien notada por los hombres sensatos, afectada de todas las anomalías políticas, y se la mira como de origen o causal de los sacudimientos ocurridos, y por lo mismo merece animadversión universal".*

Esta clase de abusos se mantuvieron por mucho tiempo, hasta bien pasado el triunfo de Yungay y, en gran medida, como venganza de algunos peruanos simpatizantes de la Confederación contra el triunfo chileno, hasta el año 1844.

Persecuciones de chilenos por "vagancia" en Perú. Masacres y expulsiones

Harris Bucher continúa aportando una gran cantidad de datos sobre este asunto. Valiéndose de resquicios legales, frecuentemente se tomaban detenidos a los chilenos haciéndolos pasar por "vagabundos", situación en la cual se les obligaba a trabajar en condiciones infrahumanas.

Eso en el mejor de los casos, porque no era raro ver que estas detenciones arbitrarias terminaban directamente en la encarcelación del infeliz, pues la *"vagancia de extranjeros"* estaba prohibida en el Perú por una serie de decretos entre 1842 y 1846, pudiendo caer en tal pecado cualquier chileno cuyo modo de vida fuese abusivamente declarado como *"no conocido"* por las autoridades.

El que los chilenos en Perú fuesen forzados a trabajar en tan miserables condiciones, siendo expulsados más tarde sin ninguna clase de humanidad cuando ya no se les requería, no era para nada una práctica aislada de parte de los peruanos. Hasta bien avanzado el siglo XIX, continuaban utilizando esclavos en faenas duras, como en guaneras y salitreras, para lo cual se proveían de material humano traído en contrabandos por piratas desde china e incluso la Isla de Pascua, que veremos más abajo. En el caso de los chilenos, llegan a ser altamente simbólicos *affaires* como el de doce chilenos de Iquique que, tras ser tomados detenidos y maltratados en 1841, se los obligó a integrarse a la marina peruana en las condiciones que hemos descrito.

Increíblemente, muchos de estos chilenos fueron sacados de sus propias camas por los matones al servicio de las autoridades peruanos. Quizás ese fue el caso de la extraña muerte que caía súbitamente sobre varios chilenos sin razones aparentes, como sucediera, por ejemplo, al chileno N. Contreras, quien fue asesinado en el Callao, en 1846. En esos mismos días, permanecía preso -también sin razones declaradas- su compatriota Domingo Quezada.

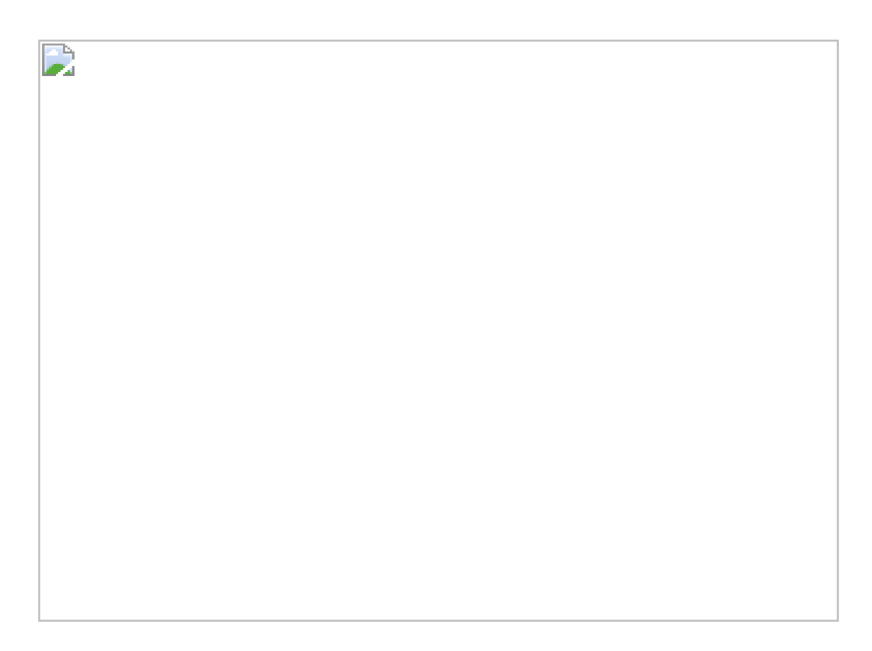
Pero no todo se redujo a abusos con resultado de muertes individuales: una indignante masacre de estas características tuvo lugar en Arica, en 1855, como lo informó oportunamente don Antonio Varas y el Ministro de Chile en Perú, el 28 de septiembre de aquel año. Indefensos o simplemente durmiendo, fueron asaltados por los oficiales peruanos. Tal vez intentando oponer resistencia, los chilenos

terminaron siendo víctimas de una matanza para nada distinta de muchas otras que regarían de sangre chilena los suelos de Tarapacá.

No menos grave fue la situación de 150 chilenos capturados tras otra de las tantas revoluciones peruanas, en 1858, que fueron apresados y maltratados por las autoridades para luego ser llevados a Iquique para trabajar en el vapor "Apurimac". Sólo la gestión urgente del Consulado chileno permitió su posterior desembarco. Nada fuera de contexto, sin embargo, pues ese mismo año, el General Castilla había dado la orden de tomar presos a un numeroso grupo de chilenos para ser pasados arbitrariamente como "prisioneros de guerra" y sometidos a trabajos forzados.

Los chilenos pagaban, así, un caro precio por la inestabilidad política y el caudillismo peruano. Así lo hacía notar el ministro Gerónimo Urmeneta en informe de ese año, donde advertía que, producto de las continuas crisis internas y asonadas, los chilenos residentes en tierras peruanas culminaban inmiscuidos sin quererlo en los bandos beligerantes y muchas veces injustamente fusilados o presos.

Tal fue la situación que afectó a varios chilenos en Arica, por esos mismos días, cuando fueron tomados detenidos y obligados a trabajar engrillados barriendo las calles, sin haber tenido participación en delito alguno.



Antigua fotografía de las actividades guaneras en las islas Chincha del Perú, perteneciente a la colección Cisneros Sánchez, de Lima. Fueron escenario de algunas de las más violentas atrocidades cometidas contra los obreros chilenos por oficiales peruanos

Manifestaciones del odio boliviano a obreros chilenos en Cobija. 1842-1869

Mientras estos atropellos tenían lugar en Perú, de parte de Bolivia se veía la misma predisposición violentamente antichilena, derivada del odio generado por la controversia que entonces pesaba sobre Mejillones desde 1842.

El ministro Yrarrázabal, en 1845, reportaría los que tal vez fueron los primeros abusos contra chilenos de parte de personal boliviano, en este caso a propósito de las disputas de las guaneras de Mejillones. En

la ocasión, 20 trabajadores chilenos fueron tomados detenidos y deportados a Valparaíso en una medida de evidentes intenciones de provocación. Peor les fue a los chilenos de Cobija, hacia mayo de 1849, quienes, pagando también la inestabilidad política boliviana, fueron expulsados de la caleta que Bolivia consideraba suya, una vez llegado al poder el tirano Belzú, medida que sólo perdonó a los chilenos *"casados con bolivianas"*. Estos abusos en el estratégico punto de Cobija no pararon, pues era allí donde Bolivia había comenzado su ocupación de Atacama y donde tenía sus únicos puntos de control a la fecha, favorecidos por la distancia que había entre el poder central de Santiago y esas apartadas tierras nortinas.

Así fue como los vejámenes y los abusos llegaron a tanto que el diario "El Mercurio" de Valparaíso emitía en 16 de mayo de 1855 un artículo en el que se llamaba urgentemente a acreditar un Cónsul chileno permanentemente en Cobija, para detener la ola de atropellos de parte de las autoridades bolivianas en contra de los chilenos que trabajaban honradamente en esos territorios.

Bolivia también practicó el secuestro de chilenos para ponerlos por la fuerza al servicio del personal militar de su país. Generalmente eran obligados -incluso, bajo pena de muerte- a servir en la Guardia Nacional. Estas medidas fueron abolidas sólo en 1877, luego de la emisión de un decreto que exoneraba a los chilenos de tales obligaciones.

Una nueva etapa de atrocidades comenzó a tener lugar contra los chilenos en Cobija, hacia 1860. No es difícil comprender lo que ocurría en aquella caleta por esos años, entonces ocupada por Bolivia. Nombrado "corregidor" de este cantón por el altiplano un retrógrado déspota como Andrés Sarachú, éste se comportaba como un verdadero criminal, de vida oscura y grosera, que amparó a cuanto asesino boliviano obró por aquellos lares y hasta protegió personalmente a un grupo de delincuentes paisanos suyos que asaltaron, robaron y mataron a hachazos al chileno C. Castro, tal cual lo reportó al Ministerio de Relaciones Exteriores el representante Rosario Salinas en nota del 18 de abril de 1862.

Es así como en 1863, el comandante Williams Rebolledo, a la sazón encargado del vapor "Maipú", llegó a reportar con horror los vejámenes de los que tuvo noticia sobre los chilenos que trabajaban en Cobija, de manos de oficiales altiplánicos. En una nota del 18 de junio, dirigida al Canciller, el marino habla de permanente e impune hostilización contra los compatriotas.

Con esta clase de autoridades bolivianas, no es de asombrar que tales injusticias se repitieran en la controvertida caleta atacameña en innumerables ocasiones. En 1864 ya eran tan frecuentes que alertaron gravemente al ministro Tocornal, quien en un informe destinado al Encargado de Negocios de Chile en Perú, del 11 de abril, denuncia los recurrentes agravios de parte del gobierno boliviano y destaca el caso de un chileno de cuya vivienda había sido desalojado violentamente y de improviso, para convertirla a continuación en la sede de la policía distrital de Cobija.

Tras la firma del Tratado de 1866, las condiciones quedaron dadas para que Bolivia actuara sin límites en el territorio disputado. Cobija se volvió más que nunca un verdadero centro de crueldades indecibles,

como la extraña e inexplicable expulsión de 50 chilenos desde la caleta ordenada en octubre de 1869. El lector podrá hacerse una idea de la gravedad de ser expulsado de un poblado ubicado, precisamente, en una de las zonas más aisladas, calurosas y secas del mundo.

Crímenes en guaneras y salitreras. Atrocidades en Arequipa, Iquique y Callao. 1866-1875

Lo cierto es que los acontecimientos reportados tenían larga data. Si bien con los Tratados de 1866 y 1874 Bolivia tuvo un avance enorme en el control administrativo de las zonas salitreras disputadas, las atrocidades que sus agentes cometieron en contra de los chilenos se remontan a mucho antes, pero sin duda fueron alcanzando su clímax en violencia con la presencia militar y policial boliviana en la zona, reconocida y aceptada por Chile. No en vano habría de decir Ramón Sotomayor Valdés sobre el Tratado de 1866:

> *"La prensa libre e ilustrada de Chile cedió flaca al torrente, haciéndose el eco de las apologías interesadas y embusteras de un gobierno de orgía, y desoyendo los clamores de un pueblo víctima. El criterio de los hombres honrados no creyó oportuno, tal vez no pudo, escudriñar y ver con precisión, a aquellos héroes medio escondidos en la polvadera de la ovación y del aplauso".*

Como hemos dicho, muchos de estos representantes del gobierno boliviano eran criminales, asesinos y violadores cuyas condenas se conmutaban por ir a realizar servicios administrativos en las sofocantes salitreras y guaneras. Esto ocurría en un contexto de gravísima crisis moral de parte de Bolivia, donde la inestabilidad política había dado paso a sucesivas dictaduras de caudillos golpistas con una increíble pobreza ética, al convertir el Palacio Quemado en un verdadero burdel, lleno de prostitutas y de mercaderes presionando por la satisfacción de sus más mezquinos intereses, lo que explica la presencia de esta clase de funcionarios tan extravagantes cumpliendo labores para La Paz en comarcas lejanas, a veces como una forma de conmutar penas por delitos de sangre. Oscar Espinosa Moraga ha escrito al respecto:

> *"La mayoría de las autoridades del litoral eran bandidos excarcelados por los caudillos que asumían el poder por el sistema natural de exaltación al mando en el Altiplano, el golpe de estado".*

Aunque la reacción de las autoridades chilenas fue tomar nota y protestar por los abusos cometidos por estos dictadorcillos locales, queda la sensación de que faltó firmeza y decisión, en la característica debilidad de la política diplomática chilena. El ministro Carlos Walker Martínez, advirtiendo el origen de todo este odio desatado, habría de escribir en abril 1875 una nota interesantísima, donde dice:

> *"Desgraciadamente, la cuestión chilena ha servido siempre de arma de partido en las últimas luchas políticas de Bolivia".*

Una increíble y asombrosa revelación aporta también el historiador boliviano Arguedas, sobre esta decadencia moral de su país en aquellos años, en un texto tan fuerte que hoy sería difícil reproducirlo sin el riesgo de recibir una acusación de racismo o intolerancia étnica:

> *"En Bolivia nada había... Casi no existía la probidad moral y los hombres vivían sin conocer ideales superiores. En todos dominaba el egoísmo, la vanidad, el interés, es decir, esas pequeñas pasiones que rebajaban la dignidad humana. Todos querían mandar y los que obedecían eran los indios y los cholos, masa pasiva, turba alucinable, sin nociones sobre ningún principio, ignorante, analfabeta y corrompida".*

Y, sobre la tendencia al abuso y la violencia solapada del altiplánico, el mismo autor boliviano escribe:

> *"...ofrece el espectáculo de un tipo dominador, generalmente propenso al abuso y a la arbitrariedad, pero esmeroso de que sus faltas no sean aparentes ni caigan dentro de la penalidad de los códigos".*

Uno de los puntos menos tratados por los historiadores de la Guerra del Pacífico, es la serie de abusos y masacres horrendas que tuvieron lugar en el Perú en contra de los inmigrantes chilenos que se habían establecido en el territorio durante el período de fiebre del salitre.

A pesar de que sólo se sabe muy en general que estos acontecimientos fueron fundamentales en la gestación del odio y la sed de venganza de los "rotos" durante la guerra, sólo la revisión y la investigación más bien reciente llevada por investigadores como Espinosa Moraga y luego Harris Bucher, ha permitido exhumar una impresionante cantidad de documentos de la Cancillería de Chile y de la prensa de la época reportando una serie de abominaciones que sorprenden no sólo por su crueldad y gravedad, sino también por la actitud ligera con que el gobierno chileno tomó estas noticias, para nuestro gusto.

Hacia 1859, por ejemplo, una nota de Antonio Varas denunciaba el caso de tres chilenos que fueron impunemente asesinados por peruanos en la aislada salitrera de La Noria, cerca de Iquique, al parecer en manos de oficiales. Aunque nunca se supo con certeza la razón del crimen, es un hecho que los chilenos se encontraban desarmados y que, por entonces, las autoridades peruanas habían comenzado a adoptar medidas violentas contra los compatriotas, molestos por la gran cantidad de chilenos trabajando en el cantón.

Una situación parecida sufrían los chilenos que habían emigrado hasta las islas Chincha, del Perú, famosas por su actividad guanera. Allá continuaban los enrolamientos forzados en el ejército, como sucedió a 40 compatriotas según lo denunciara uno de ellos, don Francisco Meza, en nota oficial del representante chileno enviada al ministro Covarrubias desde el Callao, el 20 de septiembre de 1865.

Los derramamientos de sangre y la violencia no estuvieron ausentes en las islas. Tres años antes, soldados peruanos habían atacado salvajemente a un grupo de chilenos que celebraban regadamente el día de Pascua de Resurrección, según se notifica a la Cancillería el 7 de agosto de 1862. Pese a todos estos abusos, Chile -de todos modos- tuvo la buena voluntad de salir en defensa del Perú precisamente cuando estas islas fueron tomadas por españoles el año 1865, acto de generosidad que, como veremos, no fue suficiente para impedir que la situación de los chilenos empeorara más aún en suelo peruano.

A partir de 1868 una serie de peones chilenos fueron colocados a trabajar entre Arequipa y Mejía. Las autoridades peruanas, por razones de exagerada "seguridad" que sólo podríamos explicarnos por su antichilenismo crónico, destinaron un destacamento de más de cien gendarmes para supervisión permanente de los obreros, además de un escuadrón completo de caballería. Tanto la prensa peruana como la chilena, a través de "La Patria" de Valparaíso del 22 de junio, cubrieron este acontecimiento. Conocidos por sus crueldades, las golpizas y los asesinatos no tardaron en comenzar a hacer noticia.

En enero del año siguiente, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile ya acusaba en nota dirigida al Cónsul de Chile y a las autoridades subalternas peruanas los primeros reportes de chilenos asesinados en estas faenas. De hecho, era frecuente que en Arequipa comenzaran a tener lugar frecuentes y cada vez más numerosos mitines populares antichilenos, dirigidos secretamente por las autoridades locales. No fue casual que, antes de febrero de 1869, la Municipalidad de la ciudad decretaba formalmente la expulsión de todos los chilenos que allí trabajaban, por razones nunca conocidas.

La salvaje brutalidad policial peruana se expresó de las más variadas y crueles maneras contra los residentes chilenos. Parecía estar a la expectativa de cualquier excusa para desencadenar una acción de sangre, en la que invariablemente caían muertos los obreros "mapochinos".

En 1871, por ejemplo, se produjo en Arequipa una vulgar pelea de dos borrachos; la contienda provocó un tumulto humano y, al llegar los oficiales peruanos y descubrir que la muchedumbre era de obreros chilenos, no tuvo mejor idea que abrir fuego bárbaramente sobre la multitud. Varios chilenos que nada tenían que ver en la riña cayeron muertos, entre ellos tres que ni siquiera estaban cerca de los hechos. Luego de este acto infame, uno de los oficiales tomó detenido a un chileno que tampoco tenía algo que ver en la revuelta, lo hirió gravemente con golpes de sable y luego lo maniataron para someterlo a torturas hasta morir, tal vez con el objetivo de disuadir posibles iras de venganza entre la chusma.

Por esos mismos años comenzó a empeorar también la situación de los chilenos en Iquique. A la gravedad de la situación en que se encontraban presionados por los abusos y los enrolamientos forzados, vino a aparecer una incipiente violencia sanguinaria de parte de los militares y oficiales del orden. Simbólico fue el caso de José Gamboa, en abril de 1872, quien fue asesinado a tiros por soldados peruanos mientras era conducido de La Noria a Iquique, en un fusilamiento absolutamente ilegal.

Veremos que esta violencia se explica en gran medida por lo tirante de las relaciones diplomáticas entre Chile y su vecindad peruano-boliviana, por los que las autoridades tenían la tendencia a considerar a cada chileno en su territorio como un virtual espía o enemigo en potencia, según lo reportaba el Canciller chileno al Congreso Nacional ese mismo año. Esto explica la expulsión de 41 chilenos desde Lima, según el parte, por ser *"...sospechosos de premeditar algún delito"* (!), violando el principio básico del Derecho de que no se pueden establecer penas "preventivas" sobre un sujeto. Con suerte, los que no eran expulsados eran obligados a nacionalizarse para poder continuar sus trabajos en Iquique como cargadores, obreros o pescadores.

Los castigos y las agresiones se harían habituales en Tacna, Mollendo, Arica y Arequipa. En este último lugar, y con el solo objeto de establecer una fuerte advertencia contra la población chilena, tres compatriotas fueron torturados con inusitada violencia en presencia de una autoridad local, en 1875.

El Callao veía la misma clase de torturas aquel año: primero en la persona de Viviano Carvallo, chileno agredido y vejado por la policía a raíz de "sospechas" nunca aclaradas ni confirmadas durante los dos meses siguientes que pasó en prisión. Luego, le tocó a Ramón Molina, asaltado y salvajemente golpeado por... ¡el propio Subprefecto e Intendente peruano de la Policía del puerto! Poco después, el chileno Juan Salinas fue detenido sin que se declararan razones reales y pasó por un calvario de cinco meses de prisión y torturas en la cárcel del puerto.

Los abusos cometidos por autoridades de relativa importancia en suelo peruano no fueron restringidos sólo al Callao. También en 1875, un Inspector de Policía de Iquique asesinó tranquilamente al chileno Manuel Castro, y poco después sus colegas del Cuartel Policial torturaron a otros tres chilenos, según denunció el Plenipotenciario de Chile en Perú, en nota del 10 de junio. En Casma, el Subprefecto de Policía ordenó la detención y prisión de Vicente Echeverría sin acusación ni juicio previo. En Surco, el Teniente Gobernador agredió violentamente al chileno Eusebio Riquelme. Y en Tarapacá, el Prefecto expulsó por decreto al compatriota Heraclio Martínez, motivado únicamente por un capricho inexplicable, sin razón racional.

Trasfondo político de los abusos. Brutal represión boliviana. 1872-1877

Atrocidades como las vistas en Cobija habían comenzado a ser frecuentes en todo Atacama. En 1872, por ejemplo, un chileno fue detenido, golpeado, torturado y flagelado hasta morir por agentes bolivianos del mineral de Caracoles, tal vez borrachos, como era frecuente encontrarlos en sus ataques de envalentonamiento. Este asesinato sin sentido fue admitido por la Cancillería chilena, pudiendo encontrar su origen en el odio desatado de los bolivianos por la necesidad de haber tenido que compartir las riquezas de Caracoles con Chile, según se lo obligaba el Tratado de 1866, algo que trataron de evitar hasta falsificando informes sobre la ubicación geográfica del yacimiento, para hacerlo aparecer fuera del área de común participación.

La misma suerte corrió por entonces el chileno Clemente Andrade, asesinado súbitamente y sin razón alguna por otro policía boliviano. Estos casos comenzarían a hacerse peligrosa e indignantemente frecuentes.

Ese mismo año tuvo lugar el alzamiento del refugiado boliviano en Chile, Quentín Quevedo, en la nave "Paquete de los Vilos", ayudado de otros rebeldes que intentaron iniciar desde Cobija una nueva rebelión que colocara a los militares de inspiración melgarejistas en La Paz. Ansiosos de desatar nuevas pasiones contra Chile, peruanos y bolivianos se apresuraron a culpar a La Moneda del alzamiento y pretender que la conspiración había sido provocada por las autoridades chilenas, afirmación que carecía de toda base, aún cuando

sigue siendo defendida por uno que otro energúmeno de las letras, deseoso de alimentar el hambre antichilena de esos pueblos.

La acusación, sin embargo, culminó con otra nueva ola de tropelías de parte de Bolivia contra los chilenos de varias salitreras y covaderas, que bajo la sospecha de complicidad en la revuelta fueron despojados de parte de sus bienes sin razón ni justificación real.

Esta clase de abusos comenzó a cultivar un profundo odio antiboliviano y antiperuano en lo más oscuro del alma de los miles de "rotos" dispersos por Atacama y Tarapacá. Las noticias llegaban con frecuencia y se expandían como un reguero de pólvora, alimentadas, además, por el permanente estado de angustia en que permanecía la comunidad de Antofagasta bajo las continuas e incesantes amenazas bolivianas de clausurar el puerto y expulsar a los obreros.

También tuvo su parte de culpa la actitud contemplativa y pusilánime que muchas veces tuvieron las autoridades chilenas sobre estos hechos. Indefensos, los obreros chilenos comenzaron a practicar la temible autodefensa en más de una ocasión histórica, y muchas veces armados únicamente de sus corvos y varios vasos de aguardiente. Asaltaban en masa algunos cuarteles policiales bolivianos, pretendiendo hacer justicia por sus manos, pero consiguiendo sólo más derramamiento de sangre y más excusas para el ya desbocado odio criminal de estos individuos altiplánicos hacia las masas de trabajadores chilenos, que constituían la mayoría absoluta en la región.

La situación empeoró con la movilización de cientos de obreros chilenos que bajaron desde Tarapacá a Atacama ante las dificultares que los intentos del Presidente Pardo del Perú por monopolizar la comercialización del salitre, le habían impuesto a sus condiciones de trabajo, lo que desmiente afirmaciones bolivianas respecto de que la mayoría de los obreros chilenos que siguieron estableciéndose en Atacama en aquellos años provenían desde Chile, desde el Sur.

Ante tantos abusos, entre septiembre y octubre de 1876 se había creado una sociedad civil chilena llamada "La Patria". Fundada por el cónsul chileno Enrique Villegas, intentaba denunciar los atropellos de la comunidad chilena especialmente de Caracoles, haciéndose oír en La Moneda. Sucedía esto dado que, en Caracoles, el juez boliviano encargado de la justicia y del cumplimiento de la ley era nada menos que un matón acusado de intento de asesinato y lesiones en contra de Sebastian López, en 1874, además de pesar sobre él mismo un cargo por robo de dinero y especies al doctor Manuel María Berazaín, en 1875.

En una impresionante muestra de odiosidad y antichilenismo, los bolivianos reaccionaron a la fundación de esta sociedad persiguiendo a sus miembros e incrementando en su entorno la violencia. Fue así como la noche del 19 de noviembre siguiente, tuvo lugar otra de las masacres más repugnantes que salpicaran de sangre a Atacama, esta vez con el mineral de Caracoles nuevamente como escenario. En una taberna habíase armado una fiesta, con muchos obreros chilenos emborrachados y cantando. Sin previo aviso, llegó súbitamente un contingente de la policía boliviana y abrió fuego agresivamente sobre los festejantes. Aunque milagrosamente los borrachos lograron eludir las balas, una de esta alcanzó al compatriota Eliseo Arriagada, quien

no tenía nada que ver con la fiesta ni con los ebrios. Murió desangrado y de dolor en el lugar.

La noticia provocó un resquemor antiboliviano como tal vez nunca antes se había visto entre los "rotos" que trabajan en los territorios, al punto de que una masa humana de 400 personas avanzó hacia los verdugos con la intención de lincharlos, corvos y palos en mano. Sólo la acción de Villegas llamando a la calma los salvó de morir destrozados, pero el cónsul no dejo pasar el incidente y protestó airadamente a las autoridades chilenas, enviando una nota en la que se leía:

> *"...sé que no permitirá jamás que la suerte de sus nacionales quede sujeta al capricho o la torpeza de los agentes subalternos de nación alguna"*.

Al día siguiente, los policías bolivianos debieron permanecer encerrados en los cuarteles mientras se desarrollaba el funeral de Arriagada.

El texto de la nota de Villegas cayó como bomba en el infladísimo orgullo de La Paz y comenzó a fraguarse la forma de destruir la sociedad "La Patria". Acto seguido, se envió a un destacamento boliviano al mando de Juan Granier para someter a los chilenos de Caracoles; los oficiales bolivianos llegaron pacíficamente el 22 de noviembre, pero de inmediato comenzaron acciones para desbaratar "La Patria" bajo el pretexto de *"incitaciones"* a los alzamientos. En nota del día 24 dirigida la Comandancia General de La Chimba (en Antofagasta), Granier escribe con todo desparpajo:

> *"Existen tendencias de nuevos desórdenes con motivo de la excitación eleccionaria del municipio y algunos tenaces azuzadores de la rotería en días de pago, cuando todos los mineros se hallan reunidos en esta población"*.

A continuación, el Gobierno de Bolivia canceló el reconocimiento consular de Villegas y lo acusó por todo lo sucedido hasta entonces.

Como consecuencia de estas escaramuzas, la tensión tomó el control absoluto de las salitreras. Los 5.000 miembros de "La Patria" (10.000 o más según Encina) clamaban abiertamente su deseo de incorporar Antofagasta a Chile para detener las tropelías bolivianas y, los que no, afilaban los corvos deseosos de una guerra como oportunidad de venganza.

En 1877, el explorador francés Charles Wiener quedó asombrado por las muestras de barbarismo ofrecidas por agentes bolivianos destacados en las salitreras y las guaneras atacameñas en contra de los chilenos que trabajaban en el territorio y que constituían la inmensa mayoría en la región. Se vivía en un estado de permanente tensión, y los bolivianos decidieron combatirlo incrementando sus prácticas abusivas.

> *"El aislamiento de la región que administra* (el agente boliviano) -escribe Wiener- *lo convierte en un una especie de dictador, y un régimen arbitrario y vejatorio, sumándose a la mala voluntad, hacen tan desagradable como difícil la posición de los chilenos".*

Fue así como ese mismo año de 1877, el diputado Ángel Custodio Vicuña exhibió en Copiapó y en Santiago una herramienta inventada por las autoridades bolivianas de las zonas litorales de Atacama, llamada "penca", cuyo único objetivo era producir horrendos tormentos a los chilenos detenidos en los cuarteles. La "penca" estaba hecha con restos de materiales usualmente utilizados en las calicheras y estaciones: varias tiras de alambres trenzados con una bola de fierro, tuercas o una cabeza metálica en sus extremos. La prensa de la época informó de varios casos donde el uso de este infame instrumento había culminado en la muerte del torturado.

En tal ambiente, no fue raro que el 27 de marzo de ese año las autoridades bolivianas incautaran abundantes armamentos que los miembros de "La Patria" habían acumulado en Antofagasta para protagonizar su propia revuelta, tras haberlos traído en contrabando desde Valparaíso. Demás está decir que, después de acallado Villegas y desbaratado el posterior complot, las atrocidades se dispararon en magnitud, frecuencia e intensidad.

> *"Los bolivianos creyeron divisar* -escribe Francisco A. Encina-*, detrás del objeto ostensible, un propósito más trascendental: la emancipación de Antofagasta del dominio boliviano. Este temor era fundado, pues la sociedad, no encontrando apoyo del gobierno chileno, buscó aliados entre los caudillos enemigos de Daza, comprometiéndoles a mejorar las condiciones de vida, ya insoportables, que éste había creado en el litoral; pero con la intención secreta de incorporarse a Chile".*

Aquel año de 1877 fue particularmente grave en incidentes contra chilenos, no sólo por el uso de la creativa "penca". En Tocopilla, donde las detenciones y las torturas sin razón se hicieron frecuentes, hubo un sobrecogedor caso de otro chileno flagelado brutalmente hasta morir, como lo testimonia un informe del Ministerio de Relaciones Exteriores. Asesinatos como ése se repitieron nuevamente en Caracoles, cobrando varias vidas más.

En Mejillones, en tanto, fue noticia la brutal agresión con azotes que recibiera el chileno Juan Navarro, por el delito de *"ebriedad"*, según el parte boliviano. Peor parte sacarían Clemente Andrade y N. Arriagada, los que simplemente murieron asesinados por estos agentes altiplánicos, según consta en un informe de principios de ese mismo año del Canciller chileno don José Alfonso. Muchos chilenos de Tocopilla y Mejillones eran encarcelados o castigados sólo por no portar sus papeletas de nacionalidad entre sus ropas, al momento de salir a la calle. Otro nuevo clamor de indignación estalló la noche del 13 de noviembre de 1877, cuando fue asesinado a sablazos el chileno Benito Berríos por dos policías bolivianos de Antofagasta.

De este modo, si diplomática y militarmente el ambiente ya estaba envenenado entre ambos países, esta característica hizo eco en el trato bestial recibido por los chilenos víctimas de los abusos y del salvajismo boliviano en los desiertos. Bastaba cualquier excusa: una palabrota, una mala mirada o una muestra cualquiera de rebeldía de parte del chileno, para sellar con su muerte tamaña osadía contra la autoridad, lamentablemente actitudes frecuentes en la idiosincrasia chilena tan reacia a la obediencia ciega y al sometimiento de parte de extraños.

ESTADÍSTICA DE LA POBLACIÓN DE ANTOFAGASTA EN 1874

BOLIVIA TENIA CASI EXCLUSIVAMENTE PERSONAL POLICIAL

Chilenos	*93 %*
Bolivianos	*2 %*
Europeos	*1,5 %*
Americanos del N. y del S.	*1 %*
Asiáticos y otros	*1,5 %*

Fuente: "Historia General de Bolivia", de Alcides Arguedas (La Paz, 1922). Estos datos demuestran que Bolivia nunca tuvo una relación social y nacional con el mar, sino meros intereses comerciales sobre el territorio, los mismos que motivaron la posterior expulsión de la masa obrera chilena que trabajaba para la compañía inglesa.

Albores de la guerra: drama de las expulsiones y desapariciones de chilenos en masa

Hacia 1878, el horror en Bolivia había llegado a niveles insostenibles, conforme se acercaba también el peligro de guerra. Sin razón conocida, el Intendente de la Policía de Tocopilla pretendió amedrentar cualquier manifestación de rebeldía de parte de los chilenos, torturando públicamente a N. Acevedo, José Luis. Donoso y José del Carmen Soto, expulsándolos después de Bolivia, mientras permanecían aún en estado agónico. Estas actitudes abusivas eran posibles gracias a la interpretación que se hacía en La Paz de la extrema ligereza diplomática que en ocasiones mostró el Presidente Pinto, que los bolivianos atribuyeron al miedo que provocaría a La Moneda la existencia del acuerdo secreto del cuadrillazo contra Chile, que sostenían Perú, Bolivia y Argentina, alimentando más aún la hoguera de sus odios y salvajismos.

El climax de esta pesadilla llega, sin embargo, con el decreto de febrero de 1879, en el que el dictador Daza "reivindica" para Bolivia todas las salitreras de Atacama y ordena la expulsión de los miles de chilenos que trabajaban en el territorio. Los chilenos serían arrojados al desierto y todos sus bienes confiscados. Un decreto del 27 de febrero ordenó la salida inmediata de todos los chilenos desde el país, con plazos tan ridículamente breves que ni siquiera alcanzaron a empacar sus posesiones mínimas.

En la propia declaración de guerra contra Chile, proclamada por Hilarión Daza el 1º de marzo, se daban apenas diez días para que todos los chilenos abandonaran el territorio boliviano, autorizándoseles a llevar sólo sus bienes menores, pues todo lo que fuese inmuebles sería embargado:

> *"ARTÍCULO 2º.- Los chilenos residentes en el territorio boliviano, serán obligados a desocuparlo en el término de diez días, contados desde la notificación que se les hiciere por la autoridad política local, pudiendo llevar consigo sus papeles privados, su equipaje y artículos de mensaje particular.*
>
> *ARTÍCULO 3º.- La expulsión ordenada en el artículo anterior sólo podrá ser suspendida por el término que fuere estrictamente indispensable, por causa de enfermedad u otro impedimento grave a juicio de la autoridad.*

> *ARTÍCULO 4º.- Se procederá por las autoridades respectivas al embargo bélico de las propiedades muebles e inmuebles pertenecientes a súbditos chilenos, en el territorio de la República, con excepción de los objetos designados en el artículo 2º".*

Cosas no menos sorprendentes se verían en territorio peruano. El 5 de abril fueron embarcados desde Callao varios residentes chilenos, abordo del "Rímac". Una turba de peruanos se reunieron en el puerto para proferir toda clase de burlas, insolencias, empujones y tirones de cabellos a los exiliados, arrojándoles sustancias cuyo origen quedan hoy a nuestra imaginación. Al abordar el barco, se les obligaba a besar la bandera del Perú, especialmente a las mujeres chilenas, que se llevaron la peor parte de estos espectáculos de odio. Esta animosidad contra las chilenas residentes en Lima tenía larga data y oscuro origen, según veremos más abajo. Una vez salido el "Rímac" del muelle, en la seguridad de la distancia, los ocupantes comenzaron a lanzar consignas contra el Perú hacia las turbas del puerto, poniendo en aprietos al General Juan Buendía, Jefe del Ejército del Sur, que iba en el mismo barco acompañado del General Pedro Bustamante, cuyos pocos hombres casi se vieron sobrepasados por la cantidad de pasajeros chilenos deseosos de vengar tantas ofensas e insultos.

Más chilenos subieron a bordo del "Rímac" en Mollendo e Iquique, donde, según el "Chilean Times" de ese mes:

> *"Cientos de esos infelices se refugiaron en los botes y se amontonaron en los buques mercantes de la bahía de Iquique, para esperar la llegada de los vapores que debían sacarlos de ese suelo inhóspito, agrupados como carneros, y expuestos a los rayos abrasadores del sol durante el día, y a un frío penetrante en la noche, sin un pedazo de pan, ni una gota de agua, excepto la que la caridad de los extranjeros les pudo proporcionar"*.

Fueron desembarcados gradualmente en Antofagasta, Caldera, Coquimbo y Valparaíso.

Otros chilenos tuvieron menos suerte aún, y fueron enviados desde Lima hasta Junín para trabajos forzados en las minas carboníferas. Si bien se les remuneraba, la forma de trabajo que debían soportar era absolutamente esclavista, pues esta costumbre persistía en Perú en aquellos años, como pudo verificarlo el propio Ejército de Chile en su avance a Tarapacá, según veremos.

Sin embargo, si Perú tenía siniestras intenciones con los chilenos, su interés en mantener las apariencias le hizo estrellarse con el Tratado de 1876 que había suscrito con Chile, y por el cual se impedía a expulsar a los ciudadanos de la otra parte firmante en caso de un conflicto bélico, dándosele un plazo legal de 12 meses para hacer abandono del territorio sólo a aquellos que fuesen sospechosos. Para evitar esta obligación, Lima recurrió al recurso de considerar que todos los chilenos eran "actores hostiles" y que, por lo tanto, cabía la expulsión inmediata. Ésta fue decretada el 15 de abril de 1879, dándose un plazo general de 8 días para que salieran del territorio. En Arequipa, el plazo fue de 48 horas; en Huanillos, de tres horas, y en Iquique, de dos horas. Sólo se perdonaba a los chilenos residentes por más de diez años en el territorio, casados con peruanas y poseedores

de bienes raíces, pero que no cayesen tampoco en la ambigua acusación de ser "sospechosos".

El sobrehumano esfuerzo con que los obreros chilenos arrancaron por los desiertos y con lo puesto desde estas ciudades, con la policía militar peruana siguiéndolos a toda prisa a sus espaldas, es una de las hazañas más asombrosas de la historia contemporánea del continente. En Huanillos, por ejemplo, al no haber naves disponibles en el puerto, los chilenos debieron correr a pie por el infierno hasta Tocopilla, recibiendo agua y comida en el último momento, por gestión de las autoridades chilenas presentes en ese puerto. En Iquique, el embarque no fue autorizado y los chilenos fueron encerrados en las instalaciones de la aduana, pues se planeaba resistir cualquier bloqueo de barcos chilenos desde la ciudad, preparándose para que, si la flota chilena atacaba estas dependencias, murieran en ellas los obreros allí acumulados. Estas acciones estaban desde ya fuera de los más mínimos cánones del Derecho Internacional de guerra.

Poco tiempo después, el ministro residente de la Legación de Alemania en Chile, Von Gülich, enviaba a Berlín, el 23 de septiembre de 1879, una nota donde recordaba:

> *"Los chilenos que vivían en Perú y Bolivia eran hostilizados desde hacía tiempo por las autoridades y por los privados nacionales, hasta su expulsión, mientras los peruanos y bolivianos vivían en todas parte Chile y aún siguen viviendo sin que nadie los moleste".*
>
> *"Si el asunto del salitre no hubiera acelerado en ese momento la guerra, sin lugar a dudas ésta habría estallado tarde o temprano, bajo cualquier excusa que se hubiese ofrecido".*

Pero el efecto de estas medidas resultó, a la larga, tan dañino para Bolivia y Perú como pretendía que lo fuese para Chile, pues todos estos expulsados corrieron a integrarse a los batallones como voluntarios. Comenzaba, para entonces, la Guerra del Pacífico.

La ruptura diplomática de 1879, al comenzar la guerra, dejó en la más completa desprotección a los chilenos que aún quedaban en Perú y Bolivia, por lo que no es de extrañar que en este período se hayan visto algunas de las carnicerías más crueles y desalmadas. Es digno de hacer notar que, mientras tenían lugar esta clase de vejámenes contra los chilenos en dichos territorios, en Chile los ciudadanos peruanos y bolivianos pudieron vivir tranquilamente durante la guerra, sin ser expulsados tampoco, como sí lo hicieron con los chilenos ambos países, como lo expresa la nota de Von Gülich. De hecho, y al contrario de lo que frecuentemente puede leerse en las fuentes paceñas, la ocupación chilena de Antofagasta el 14 de febrero estuvo marcada por un trato digno y humano a las minorías bolivianas que allí se encontraban salvo por uno que otro acto de indisciplina del populacho, más bien de carácter simbólico y aislado, como lo comenta el enviado peruano a Chile don José Antonio Lavalle tras pasar a Arica el 26 de febrero y ser informado allí por el Tesorero del Departamento Litoral de Cobija, Benjamín Alcérreca, remitiendo estos antecedentes a Lima:

> *"...ya habían desembarcado las fuerzas chilenas en número de 300 hombres poco más o menos, las cuales tomaron*

> *posesión de la población, manteniendo encerrados en el cuartel, para salvarlos de las violencias del populacho chileno que puebla aquel puerto, a los cuarenta soldados bolivianos que antes lo guarnecían".*
>
> *"Este populacho arrancó de la Prefectura el escudo boliviano, y las autoridades bolivianas tomaron asilo en el Consulado de la República, que ha sido debidamente respetado, dirigiéndose después a Cobija, de donde algunos, como el señor Tesorero que me informa, se han trasladado después a ese puerto".*
>
> *"En la población no se ha ejercido acto de violencia ninguno, excepto sobre un comisario de policía llamado Valverde, lo mismo que otro compañero suyo llamado Polo, que fueron maltratados por la plebe chilena".*

Muchos de estos abusos no fueron documentados por la situación de caos beligerante, o bien porque las autoridades peruanas y bolivianas se apresuraron a esconder las evidencias. Sin embargo, por la importante cantidad de testimonios y pruebas que han sobrevivido, no es especulativo suponer que el número de atrocidades fue ostensiblemente mayor y que sólo ha permanecido el registro de una parte de ellas.

> *"Todavía más, los chilenos que no alcanzaron a poner pies en polvorosa* -escribe Harris Bucher- *fueron perseguidos por casi todo el país, puesto que se agitaron órdenes de capturar y expulsar a quienes residían en los territorios de Ayacucho, Cuzco, Ancachs, Cajamarca, Apurimac o Amazonas. Es probable también que los apresados fuesen, en masa, destinados a trabajos forzados. Por de pronto sabemos que algunos fueron remitidos desde la Capital al Departamento de Junin, por orden del Prefecto de Lima, para trabajar como peones prisioneros en minas de carbón de piedra, y existe información de que se dictaron órdenes de aprender a compatriotas para destinarlos a trabajos en la línea férrea de Pisagua a Iquique. En verdad, un gran halo del misterio rodea la suerte final corrida por quienes quedaron allí al iniciarse la confrontación, y es preocupante constatar que las cifras de repatriados y enganchados en el ejército en nada se acercan a los 40.000 chilenos residentes. Mucho tiempo después un periódico iquiqueño, al editorializar sobre esta cuestión, se refería al manto de dudas que se cernía sobre la suerte de los chilenos internados que residían en las provincias centrales, sospechándose que habían desaparecido para siempre".*

Confirmado los peores temores del profesor, debe admitirse que existe, efectivamente, una buena cantidad de antecedentes que permitirían pensar las más pesimistas ideas sobre esos miles y miles de chilenos virtualmente "desaparecidos" en el Perú, durante la guerra. A riesgo de parecer alarmistas (y sabiendo que cualquier autor peruano esbozaría una fingida sonrisa al leer estos documentos, especulando que los chilenos intentan configurar una acusación sangrienta similar a la que ellos nos imputan por la entrada de los "rotos" a Tarapacá y a Lima) la verdad es que los registros que han sobrevivido al tiempo dan cuenta de esta grave y fuerte posibilidad. En efecto, el registro más amplio que

hay de chilenos masivamente repatriados o liberados después de la aplicación de medidas represivas por parte del Perú, a penas llega a unos 10.000 compatriotas que permanecían encarcelados en Lima y el Callao, pero que fueron liberados tras el triunfo de Miraflores, según lo documenta Mario Barros en su obra "Historia Diplomática de Chile".

La editorial mencionada por Harris Bucher, en tanto, corresponde a la del diario "El 21 de Mayo" de Iquique, que fuera reproducido en "La Patria" de Valparaíso, del 4 de enero de 1884. Bajo el título "¿Qué habrá sido de ellos?", recuerda el articulista que, efectivamente, las cifras de "recuperados" no está ni cerca de completar la cantidad de chilenos que trabajaban dispersos por el Perú hasta el momento de estallar la guerra en 1879.

Un áspero tema que ha sido evitado por años entre historiadores peruanos, bolivianos y sus lacayos entreguistas "americanistas" de Chile.

Denuncias de agentes extranjeros. Masacres de mujeres chilenas en Lima. 1879-1881

Un importante aporte al respecto de estos poco conocidos abusos antichilenos hace el Ministro británico residente en Lima, Sir Spencer Saint John, en una nota-protesta elevada al Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú en la que, con fecha 19 de noviembre de 1879. Se lee, por ejemplo, que las indefensas mujeres chilenas residentes en Lima estaban siendo violentadas y vejadas por las turbas peruanas, y que *"la policía presta* (más) *ayuda al populacho que a las atacadas"*. Similares abusos son reportados por el italiano F. Santini en "Intorno al Mondo a Bordo della R. Corveta Garibaldi", publicado en Venecia, en 1884.

Por el mismo sentido van las graves denuncias formuladas por don Rafael Valverde al Ministerio de Gobierno del Perú y en representación del Encargado de Negocios de Italia, el 8 de noviembre, según las cuales los chilenos eran perseguidos por verdaderas cacerías peruanas en las que, con la complicidad de la policía local, sacaban la peor parte las mujeres chilenas, muchas de ellas casadas con ciudadanos italianos, lo que motivó la protesta de este país.

Las reacciones violentas de la chusma peruana surgían de la ola de especulaciones y narraciones aterradoras que la prensa limeña difundía por el país, y de las que haremos caudal más abajo. En este caso, se trataba de los virulentos artículos del diario "El Comercio" de Lima, que habían lanzado historias absolutamente falsas e infernales sobre el desembarco chileno en Pisagua, especialmente sobre el trato que recibieron las mujeres peruanas en el poblado. Resultará irónico, por lo tanto, que estos acontecimientos hayan tenido lugar en un país cuya principal campaña de demonización histórica contra los chilenos haya sido especular sobre abusos y violaciones de parte de los "rotos" a las mujeres peruanas, durante la guerra.

Un oscuro hecho que, por escrúpulos, pocas veces es abordado entre los historiadores de los países involucrados en la Guerra del Pacífico, dice relación con el profundo odio que había en Lima hacia las mujeres chilenas, no sólo por su origen, sino por un asunto que raya en el delirio y en el bochorno. En la capital peruana era frecuente que los

muchos extranjeros que allí residían, especialmente italianos e ingleses, contrajeran matrimonio con mujeres de origen chileno, prefiriéndolas a veces por sobre las peruanas nativas, salvo cuando pertenecían a la aristocracia limeña. Se ha especulado que esta preferencia se relacionaba desde con los meros cánones de belleza, diferencias en los hábitos de higiene personal en la época, alguna selectividad racista, etc. Sea como sea, el punto es que en la sociedad peruana, y especialmente entre sus mujeres de origen modesto, se había creado una profunda y peligrosa odiosidad contra las chilenas allá residentes, que eran vistas como oportunistas e indignamente afortunadas al casarse con los maridos ricos y atractivos de Lima, cosa que no siempre era tal y que, sin duda, tenía ribetes de exageración propios de los prejuicios colectivos, como es común en las impresiones populares masivas y apasionadas. Aun así, el sentimiento que era capaz de generar había crecido conforme aumentaban también los odios en una guerra, y encontrarían una dramática válvula de escape a partir de noviembre de 1879, tras el desembarco de Pisagua.

La siguiente es una porción traducida del “The New York Times”, correspondiente al 3 de enero de 1880, gentilmente transcrita y enviada a nosotros por nuestro camarada, el señor Juan Luis Barriga, desde USA:

> *"Al haberse recibido la noticia de la pérdida de Pisagua, se hizo propagar un infundido rumor por Lima y el Callao de que soldados chilenos habían abusado de mujeres peruanas. Este rumor se propagó como el fuego, y finalmente las calles de Lima se llenaron de una turba de mujeres peruanas, y con la clase más baja de ambos sexos. Un gran número de mujeres chilenas reside aquí en Lima, muchas de ellas casadas con extranjeros, mientras que otras viven por su cuenta. Alguien lanzó el grito de "¡Muerte a las chilenas!", y todos corrieron hacia donde la mayoría de las últimas vivían. Un numero aproximado de 20 o 30 fueron apresadas brutalmente por la furiosa turba vociferante, desnudadas de su ropa, tomadas del pelo para ser arrastradas por las calles, y apedreadas hasta quedar en una infame forma de sufrimiento y terror. Dos o tres de ellas fueron asaltadas, golpeadas, cortadas, y brutalizadas, y dejadas sin vida en la calle sin que nada les cubriera sus cuerpos desnudos. Después de entregar a un número de 60 mujeres chilenas a los guardias de la Alcaldía, la chusma corrió al Hotel de Iquique, donde unas chilenas respetables vivían. Ahí se repitieron las mismas, o peores escenas, ahora la turba estaba enfurecida con el alcohol y eran animadas por un gran número de Guardias Nacionales, los cuales iban entre el populacho, y los cuales también se notaba que estaban bajo la influencia de intoxicantes."*
>
> *"¿Qué hacían las autoridades mientras estas escenas del infierno estaban en progreso, se preguntaran?. Nada. Al final, cuando el Capitán de uno de los puestos llegó a la conclusión que las demostraciones iban creciendo en magnitud, y cuando vio que el populacho comenzó a saquear tiendas, ordenó a una compañía de tropas para que despejara las calles. Esta fuerza, bajo ordenes del Sub-Prefecto, hizo una carga con bayoneta sobre el populacho, el cual estaba ahora congregado en la plaza de la Calle de*

> *Constitución. Esta carga fue efectiva en despejar a la chusma de mujeres, las cuales al fugarse, soltaron sus presas, las que consistían en una docena de mujeres chilenas aterrorizadas y completamente desnudas. Estas fueron conducidas a las autoridades y puestas en un Cuartel, con una fuerte guardia para protegerlas de la violencia. En total, unas 100 mujeres chilenas estaban en manos del populacho, y si no hubiese sido por los soldados, aunque fueron muy tardíos en prestar ayuda, muchas más hubiesen encontrado una muerte bárbara. La porción masculina del populacho no tomó una parte activa en estos desórdenes, pero ellos animaban la turba, mirando pasivamente sin intentar parar estos actos. Un número de mujeres chilenas tomó refugio en un barco extranjero, mientras que otras se apegaban a sus esposos en las puertas de sus casas, siendo esposas de extranjeros y por lo tanto con la misma protección de sus esposos y sus respectivos Gobiernos."*
>
> *"Muy poco se ha escrito de este desgraciado incidente en los diarios peruanos, y cuando, fue notificado, fue hecho en forma suave como una advertencia a las autoridades para que sacaran a los chilenos por motivo de seguridad pública. Al parecer los peruanos no quieren aprender que la esposa de un extranjero tiene la misma nacionalidad de éste, y, por lo tanto, no pueden y deben ser clasificadas como las nacionales del país contra el cual el Perú esta en guerra."*

Debe recordarse que tanto el gobierno como la prensa norteamericanos estuvieron del lado de los aliados peruano-bolivianos durante toda la Guerra del Pacífico, por lo que sólo muy tendenciosamente podría sugerirse que el periódico solidarizaba de alguna manera con Chile, al publicar este artículo.

Sin embargo, las historias de abusos a mujeres peruanas por la soldadesca chilena que habrían servido de excusa a estas atrocidades, fueron categóricamente desmentidas por el padre peruano José Domingo Pérez, quien dirigía el servicio de ambulancia de Arequipa, y observó en Alto del Hospicio todos los sucesos de Pisagua. El sacerdote, en carta dirigida a "El Mercurio" durante un paso por Valparaíso, declaraba que el poblado había sido abandonado por sus habitantes mucho antes del desembarco de los chilenos, y que no había una sola mujer en el lugar en ese momento. Agregaba que los chilenos lo trataron correctamente y que los jefes militares evitaron en todo momento los abusos o los desórdenes. De vuelta en Perú, publicó en el diario "La Bolsa" de Misti una carta reconociendo lo mismo, y explicando porqué lo hacía:

> *"...como se decía que me habían quemado, que me habían degollado y que se habían cometidos otros excesos y crueldades en la toma de Pisagua".*

Sin embargo, el deseo de creer estos relatos fue mayor y los abusos antichilenos disfrazados de venganzas cundieron por todo el territorio peruano no sometido.

Ante la indolencia de la autoridad peruana, los hechos continuaron. Es así como al año siguiente, el 5 de enero de 1880, los italianos insistían

en la denuncia a través de don G. V. Viviani al Subsecretario de la Cancillería peruana, esta vez poniendo de ejemplo el caso de cinco italianos cuyas casas fueron saqueadas y destruidas por una salvaje turba local, por el solo hecho de haber formado familia con damas chilenas. Por cierto que los saqueos de casas de chilenos eran también pan de mesa en la agitada sociedad peruana de los años de guerra. Muchos esperaban atentos el momento de la expulsión para ir a tomar una parte de las pertenencias de los corridos del suelo peruano, y otros simplemente no tenían la paciencia necesaria y se adelantaban, contando con la increíble complicidad policial.

Otro desgarrador testimonio proviene del Mayor (R) de Ejército de Chile J. Arturo Olid A., en su trabajo de memorias titulado "Crónicas de Guerra", que volveremos a citar varias veces en este texto. El héroe de la guerra describe una atroz masacre de mujeres chilenas durante las horas previas a la ocupación de Lima por parte de los soldados chilenos en enero de 1881 y cuando las fuerzas pierolistas y las chusmas callejeras tenían la capital peruana sumida en el más completo e infernal caos, según volveremos a ver más abajo:

> *"Cerca de la estación de Chorrillos, una banda de negras despedazó a una muchacha chilena. La infeliz fue arrastrada con su hijo, pero el conductor de una máquina que pasaba, alcanzó a arrebatarlo de aquellas furias".*
>
> *"En la calle Tigre, una poblada semejante asaltó la casa en que vivía otra mujer chilena. La sacaban ya a la calle más muerta que viva, cuando dos oficiales de la Reserva, hermanos los dos, se interpusieron valientemente, escudándola con sus cuerpos. Uno corrió con ella al interior, en tanto que el otro cerraba la puerta; mas, pagó con su vida su heroica acción. Una bala atravesó los maderos de la puerta y el pecho del generoso joven. La turba siguió su tarea, empeñada en derribar la puerta; pero un italiano, corriéndose por los techos vecinos, disparó al aire varios tiros y en seguida gritó: -¡Los chilenos! - Todos volaron".*

Chilenos descubren la esclavitud en Perú. Los *"coolies"* chinos y su gratitud con Lynch

Se puede advertir que uno de los mayores recursos en los que los historiadores peruanos se han apoyado para describir la parte dramática Guerra del Pacífico, es en los abusos y los saqueos cometidos por los chilenos en las entradas a sus ciudades, conocida victimización narrativa permanente en el relato peruano del conflicto que no sólo colabora en la necesidad de evitar abundamientos sobre las razones reales que tuvo el Perú para involucrarse en tan ajena conflagración, sino que, además, mantiene una carga constante de revanchismo contra el pueblo chileno, ladinamente fomentado por los sectores reivindicacionistas del academicismo y del nacionalismo peruano, aconsejados por un sentimiento de patriotismo herido.

Sin embargo, estos relatos de victimización generalizada con gran explotación de conceptos esenciales del bien y del mal, se estrellan ferozmente con el registro de hechos tales como que los peruanos mantenían por entonces prácticas deleznables e inhumanas totalmente ajenas al enemigo descrito como vándalo y primitivo, como fue la

explotación victimaria de esclavos de origen chino, llamados *"coolies"*, traídos de contrabando para los trabajos forzados en las guaneras y en algunas salitreras, hecho que la mayor parte de las veces es omitido o sólo tenuemente abordado por la historiografía oficial del Perú cuando se refieren a los orientales que se unieron a los chilenos en su avance hacia Lima, prefiriéndose recordarlos con la eufemística referencia de los *trabajadores chinos*.

El intrépido viajero franco-lituano Johan de Touché Skadding, durante una famosa aventura en compañía de Guss Gaalneck y de cacería de las extrañas piedras denominadas *tektitas* o *guijarros de fuego*, describe en sus "Memorias" que hacia 1927, observó y se hizo parte de una partida de 300 esclavos *"coolies"* eran sacados desde China por la mafia de Hong Kong a bordo de la nave "Yongmin", al mando del holandés Lagendijk, para ir a trabajar a las minas de plomo de Malaca. Aunque probablemente se trató de una de las últimas cargas de esclavos de contrabando de la historia, no hay duda de que las condiciones subhumanas en que éstos permanecían no diferían mucho de las que debían soportar los infelices trabajadores forzados de los territorios peruanos posteriormente ocupados por Chile. Dice Touché Skadding que los esclavos iban apilados en las bodegas, y sus cuerpos se movían como orugas relucientes de tanto sudor y fetidez que ni los intentos por ventilar lograban contener. Se debía cocinar arroz y pescado todo el día para mantenerlos alimentados, pero la carencia de servicios higiénicos llenó el navío de heces humanas y de una hediondez insoportable. Recuerda también que el lugar se convirtió en un centro de apuestas y de consumo de opio, desatándose violentas peleas atribuidas a la fiebre del *amok*, una extraña enfermedad conocida en Siam y en la que el individuo de un momento a otro pierde el juicio y se arroja contra cualquier otro con la intención de asesinarlo sin motivo aparente.

Si el viaje descrito por Touché Skadding tuvo estos avatares siniestros cubriendo sólo distancias relativamente pequeñas entre países del Oriente, se puede imaginar cuán peores eran las cosas con los esclavos traídos hasta el territorio de América del Sur tras cuatro meses en las bodegas de los buques a vela, para ser sometidos una vez desembarcados, a condiciones de trabajo y hacinamiento aún más lamentables que su triste viaje. Casi cien mil de estos obreros habían entrado al país incásico desde 1849, obligándoseles a trabajar en condiciones brutales por ocho años como mínimo en guaneras y salitreras para pagar el valor de su compra. Como se les hacía salir contratados desde Asia, después de cumplido este plazo eran recontratados dos o tres veces más, pero sin cambiar sus condiciones laborales abominables. Con este resquicio, los empleadores lograban zafarse de toda acusación de esclavismo y presentaban a los empleados como trabajadores regulares, a pesar de que algunos pasaban hasta 20 años engrillados y con deformidades físicas causadas por estas prácticas. Se los apilaba por las noches en galpones cerrados, con régimen carcelario, donde tenía lugar toda clase de vicios y degeneraciones propias del hacinamiento y del trato salvaje.

Los primeros contactos de los soldados chilenos con estos esclavos comienzan con la Campaña de Tarapacá, en 1879, extendiéndose por todo el período de ocupación del territorio peruano y, especialmente, durante la entrada a Lima. Se sabe que a partir de entonces, ellos participaron con entusiasmo de la destrucción organizada de ciertas

propiedades peruanas a medida que avanzaban las tropas chilenas, para evitar que volvieran a ser usadas como refugios o bodegas. Como los chilenos les dejaban libres una vez que los encontraban abandonados en las covaderas y si se podía, les regalaban comida, los *"coolies"* con frecuencia se negaban a abandonar a quienes consideraban sus salvadores y los seguían lealmente hasta el campo de batalla, enrolándose voluntariamente en la tropa chilena y destacándose por su bravura y ferocidad. Estos esclavos libertos llegaron a formar grupos de guerreros notables dentro del Ejército de Chile, organizándose en un batallón de cantoneses liderados por Quintín Quintana, donde se incluían ritos de iniciación basados en el budismo. También parecen haber influido notoriamente sobre algunos rasgos folclóricos y costumbristas de estos territorios: entre algunos soldados chilenos, por ejemplo, introdujeron sus característicos gorros sombrillas, mucho más efectivos que el quepi para evitar la intensidad solar.

Patricio Lynch ya estaba relativamente familiarizado con el lenguaje y las costumbres de estos chinos, pues en su juventud había participado del lado británico durante la Guerra del Opio (1839-1942), conociendo Cantón durante esta aventura. Esto bastó para entenderse con los chinos liberados que se le unieron a sus fuerzas en señal de agradecimiento. Un estudio realizado en 1966 por Elsa Kang Ching para su tesis de historia, agrega que *"Los dos mil hombres que le siguen parecen multiplicarse en los valles y serranías costeras; no sólo no pierde hombres, sino que captura valioso botín e informaciones preciosas entre los agraciados chinos que libera a su paso"*.

Por su parte, en sus memorias "Seis años de vacaciones", el veterano Arturo Benavides Santos recordaba que en el Batallón Lautaro se había hecho popular un chino allí contratado y de nombre Hajan, que probablemente fuera el soldado más grande y fornido de todos los que pelearon en la Guerra del Pacífico dada la descripción que el autor hace de este titán oriental. Dice, por ejemplo, que se le encargó llevar a los rezagados cada vez que se tocaba el llamado a cuartel, pues se sabía que nadie osaría enfrentar a semejante gigantez. Según la misma fuente, Hajan se había acercado a los chilenos ofreciendo mostrar el lugar donde se encontraban escondidas las partes de dos trenes que los chilenos habían encontrado en territorio peruano y que habían sido parcialmente desarmados por el enemigo para inutilizarlos. Pedía a cambio sólo su incorporación al Lautaro.

Existen, de hecho, registros de una ceremonia realizada por unos mil chinos en Lurín, junto a un templo *Kuan Yo*, donde le juraron lealtad a Lynch y al Ejército de Chile al que se ofrecían disponibles a través del mencionado Quintana, quien estando libre y alcanzando cierta prosperidad en Ica, de todos modos asumió el liderazgo y la representación de sus compatriotas: *"si ordena trabajar, trabajar; si matar, matar; si incendiar, incendiar, si morir, mueren"*.

Una interesante investigación del diario "El Mercurio" del 30 de septiembre de 2007, comenta la relevancia que llegaron a tener estos ciudadanos chinos en el Ejército chileno y el valor histórico que reviste esta epopeya:

> *"El historiador y diplomático taiwanés Diego Lin Chou recopiló esta historia en "Chile y China: Inmigración y relaciones bilaterales" (Centro Barros Arana/Dibam). Allí*

> *relata que el general Arturo Villarroel, apodado "el general dinamita", dirigió la "Legión asiática" para desenterrar las minas y los torpedos, por lo que fue llamada "Legión Vulcano". Según informó en la época el diario El Heraldo: "los chinos han recibido de la Intendencia Jeneral del Ejército un traje completo de brin, desde kepí a zapatos... su alegría sólo es comparable con la de los niños cargando dulces". El diplomático taiwanés recopiló esta historia llevado por la curiosidad. En 1992 estaba de viaje por el norte. En un pequeño pueblo un lugareño le dijo a Diego Lin Chou que hacía tiempo que no veía "chinitos", porque en la década de los '40 había muchos. Era un pueblo en medio del desierto y la probabilidad que un paisano hubiera estado allí en medio de la nada y en las antípodas de su país a Lin Chou le pareció improbable, y por lo tanto una posibilidad atractiva para investigar. Descubrió el tráfico de culíes, las penosas condiciones en que llegaban a América -principalmente a Perú y Cuba- y los trabajos desde las plantaciones de azúcar del norte de Perú hasta las guaneras de Iquique".*

Como muchos esclavos chinos enrolados fueron tomados después desde las haciendas agrícolas del valle de Cañete, los peruanos comenzaron a difundir la leyenda negra de la "traición" de los chinos (como si tuviesen acaso alguna razón para ser leales con sus explotadores) y de su interés por perjudicar económicamente al país abandonando las actividades laborales. Este sentimiento, según veremos más abajo, fue caldo de cultivo para los odios que desatarían en Lima en vísperas de su ocupación, una verdadera masacre de ciudadanos de un barrio comercial habitado por chinos, en manos del saqueadores y asesinos callejeros durante la noche del 17 de enero de 1881.

No todos los *"coolies"* tuvieron la fortuna de quedar fuera del alcance de las coléricas fuerzas peruanas, sin embargo. Enterados de que estaban siendo perseguidos por hordas de trabajadores negros y mulatos incitados por los peruanos pierolistas (ojo: incluso en contra de sus propios compatriotas peruanos), cerca de dos mil trabajadores chinos buscaron refugio cerca de la Hacienda Santa Bárbara tras escapar de los campos de cultivo de Cañete, recibiendo algo de ayuda por parte de los chilenos hacia mediados de año, ocasión en la que también se les proporcionó cerca de un centenar de fusiles para que pudieran repeler a sus verdugos. Citado por Villalobos y por Ahumada Moreno, decía la edición del diario "La Situación" del 17 de junio de 1881:

> *"Ciudades asaltadas, poblaciones robadas y destruidas, viajeros detenidos, correspondencias violadas, haciendas enteras entregadas a las llamas, cientos de asiáticos fríamente asesinados, mil y más sitiados, y condenados a perecer de hambre, y presidiendo estas sangrientas bacanales... la horda de mulatos sublevados, tal es a grades brochazos, el diseño del aquelarre que han celebrado como desquite de dura esclavitud los labradores de aquellos campos".*

Afortunadamente, muchos de estos *"coolies"* de los campos lograron llegar hasta los puertos o emigraron hacia la seguridad de territorio

tarapaqueño; pero una gran cantidad de ellos murió en manos de las pandillas de tan salvajes perseguidores, alentados por agitadores locales. Hacia junio y julio de 1881, cientos de ellos escaparon también de grupos indígenas alzados, viajando a Pisco, para ponerse bajo protección chilena emigrando desde Cañete, Chincha y Tambo de Mora. Varios cayeron en el camino.

Los esclavos pascuenses. Aporte del Perú a la destrucción del pueblo *rapanui*

Inconformes con haber incorporado ya a los *"coolies"* a los explotadores trabajos de las covaderas y las haciendas, hacia 1860 los barcos de piratas al servicio de comerciantes peruanos habían cometido una serie de tropelías en la Isla de Pascua, cuando ésta aún no era incorporada a la soberanía chilena, secuestrando entre 1.500 y 2.000 isleños para utilizarlos como esclavos en las guaneras y algunas minas. Las primeras denuncias en este sentido aparecen después de que la Orden de los Sagrados Corazones de Valparaíso enviara a la isla a los padres Albert Montiton y Julien Rigal, en 1863, quienes reportan la existencia de este contrabando de seres humanos desde el año anterior, cuanto menos.

La noticia puso en alerta al Obispado de Tahití, que reclamó ante las autoridades francesas por lo que estaba sucediendo. Sólo se consiguió que poco más de diez secuestrados fueran devueltos a la isla, y, para peor, llegaron contagiados de viruela, introduciendo la nefasta enfermedad entre el pueblo *rapanui*.

Lamentablemente, poco podían hacer los religiosos frente al hecho de que hubiese personajes con influencias dentro del propio gobierno francés y que estaban implicados en el negocio de la esclavitud, y probablemente también en el transporte de seres humanos para las necesidades del Perú, país con el que, como hemos dicho, Francia tuvo extraños acercamientos logísticos y una explícita simpatía durante toda la Guerra del Pacífico. El despótico empresario Jean-Baptiste Dutrou Bornier, por ejemplo, había logrado en 1868 que casi 500 isleños fueran capturados y obligados a trabajar como esclavos para él y para su socio residente en Tahití, el comerciante escocés John Brander, ambos muy influyentes o al menos tolerados en la administración política francesa de la Polinesia, además de interesados en apropiarse de los terrenos de la isla. Se cree que la totalidad de estos infelices murieron a causa del hambre y del exceso de trabajo, crueldad incomprensible si se toma en cuenta que Dutrou Bornier era casado con una muchacha de este origen.

Así, el daño que el Perú y los piratas proveedores de esclavos para las guaneras le hicieron a la isla, fue devastador. Aparte de violar masivamente a las mujeres y hacer llegar también todo tipo de pestes y enfermedades de transmisión sexual, la cantidad de secuestrados hizo descender a la población del lugar a cantidades penosas, que van entre la mitad y un cuarto de sus habitantes según los cálculos, llevándose de preferencia a los individuos más valiosos, como eran los hombres fuertes, adolescentes e incluso niños.

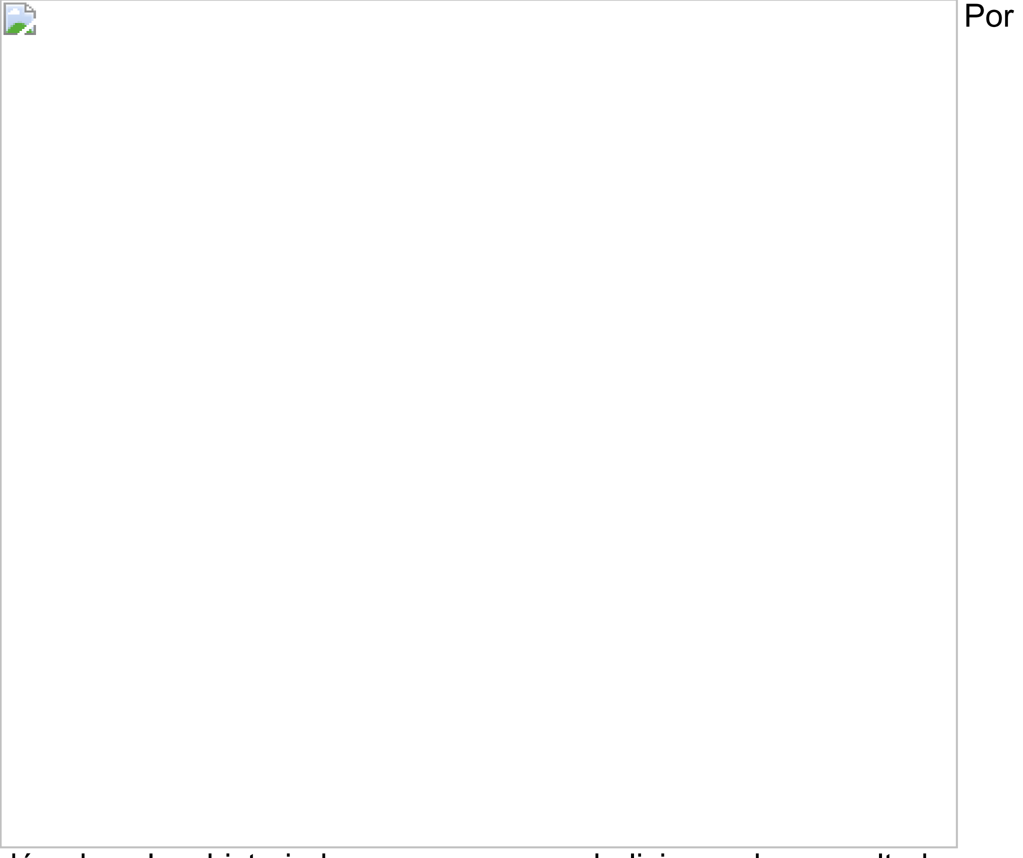
Hacia el final de este saqueo humano y no quedando a mano mucho adulto joven, incluso eran embarcados a la fuerza ancianos y sabios locales, lo que produjo un daño cultural irreparable, cuando

desaparecieron de la isla los últimos maestros capaces de leer las famosas tablillas *Rongo-Rongo*, consideradas casi como un evangelio secreto del ancestral pueblo *rapanui*. Eran momentos, además, en que los habitantes de la isla ya habían sufrido un gravísimo descenso poblacional que ponía el peligro la propia existencia de la comunidad étnica, por lo que el daño no podía ser peor. El censo llevado a cabo por la Abtao en 1892, demostró que, a la sazón, sólo quedaban 101 *rapanui* vivos, de los que apenas 12 eran varones adultos.

Cuando los chilenos tomaron Tarapacá, Arica y Tacna, lograron salvar a un minúsculo puñado de los miles de esclavos de origen *rapanui* entre 1879 y 1880, llevándolos después de vuelta a la isla. Lamentablemente, todos los demás habían muerto por contagios y por exceso de trabajo. Otros perpetuaron incluso los males sanitarios contraídos en el continente, llevándolos a la isla junto con lo que parecía ser su alegre regreso. En gratitud por su liberación de la esclavitud, muchos de los isleños que recordaban este gesto, facilitaron las gestiones por las cuales Chile incorporó la isla a su territorio en 1888.

Estas formas de esclavitud en Perú cesaron, precisamente, como una consecuencia de la entrada de Chile al país, a pesar de la tendencia marcada de los historiadores peruanos por presentarse permanentemente como el foco cultural y civilizador de la región continental.

Atrocidades del campo de Batalla: desastre de Tarapacá y consecuencias. 1879-1880



Por décadas, los historiadores peruanos y bolivianos han exaltado con todas las herramientas útiles a la propaganda, los supuestos asesinatos y "repases" de soldados heridos que habrían practicado las

tropas chilenas al final de batallas como la del Morro de Arica, Chorrillos o Huamachuco.

En bueno dejar en claro, sin embargo, que en las guerras, y especialmente en aquellos años, era muy común que las tropas de uno un otro lado cayeran en excesos y violencia innecesaria, producto del contexto de agresión permanente en que se encontraban. Con la intención de prevenir esta clase de hechos, las autoridades chilenas había impreso, en 1879, el trabajo "El Derecho de la Guerra Según los Últimos Progresos de la Civilización", que fuera repartido entre todos los jefes militares. Claro que esos "últimos progresos" se remitían principalmente a los pocos instrumentos jurídicos que existían entonces, como el Congreso Internacional de Bruselas de 1874, la Declaración Internacional de Leyes y Usos de Guerra, la Declaración de San Petersburgo Sobre Armas Prohibidas y la Instrucción de los Ejércitos de los Estados Unidos de América de 1871. Quedaba, en consecuencia, en un amplio y peligroso campo nebuloso sobre los derechos de guerra. No sabemos de similares iniciativas de parte de los ex-aliados, para instruir a sus oficiales sobre estos asuntos.

Un buen ejemplo de masacres coléricas es el que se reporta durante el ataque ordenado por el General Juan Buendía a las fuerzas chilenas y la respuesta de éstas en la quebrada de Visagra, en Tarapacá (noviembre de 1879), donde los soldados peruanos remataron a los heridos y hasta atacaron las dependencias utilizadas como hospital en San Lorenzo, matando a los chilenos que yacían internos y enfermos, entre ellos, el héroe sin igual Eleuterio Ramírez, comandante que, a pesar de estar herido de bala en brazo, pecho y muslo, logró saltar hasta su revólver y alcanzar a liquidar a cinco de los asesinos antes de caer definitivamente, ganándose para la posteridad el famoso apodo de "León de Tarapacá", más tarde injustamente plagiado por un presidente liberal.

Luego de esta masacre, prendieron fuego a todo el villorrio para ultimar a cualquier chileno sobreviviente entre las ruinas. Al final del combate las muestras de brutalidad eran claras en los cuerpos de los chilenos tendidos en el campo de batalla: el Capitán Bernardo Necochea, por ejemplo, tenía 18 heridas en su cuerpo, mientras que el Subteniente Lira Errázuriz yacía tendido con la cabeza destrozada por los golpes de una culata, lesión que sólo pudo se hecha estando herido o agónico. Ramírez, por su parte, tenía 67 lesiones en el cuerpo al momento de morir, unas cinco de ellas producidas por balas, incluyendo una disparada a quemarropa contra su cabeza, que se llevó definitivamente su vida. La mayoría de los heridos y agónicos quedaron calcinados entre las casas incendiadas del rancho.

Al llegar los chilenos al lugar de los hechos y registrar la escena de Tarapacá, según lo publicado en el "Boletín de la Guerra del Pacífico", escribieron:

> *"La casita junto a la cual yacía el cadáver de Ramírez, estaba convertida en un hacinamiento confuso de muertos y heridos. Dentro de ella y en su alrededor no había menos de ochenta cadáveres y un número casi igual de heridos".*
>
> *"Entre los heridos que no podían moverse se encontraban los de las cantineras del 2º, que no se habían separado en un momento de las filas de su regimiento y que presentaron*

> *durante todo el combate los más útiles servicios. Ellas arrastraban hacia la casita a los heridos en medio de la granizada de las balas enemigas, registraban las cartucheras de los muertos para proveer de municiones a los vivos, y se multiplicaban por todas partes para vendar a la ligera a los heridos".*
>
> *"Al asaltar los peruanos en tropel la casita momentos después de la retirada de los nuestros, remataban a palos a los heridos..."*
>
> *"El enemigo, sea por un rasgo de cobarde ferocidad, sea por temor de que nuestras tropas pudiesen ocupar nuevamente aquel lugar, cuya posesión les costaba tan caro, prendieron fuego a la casita sin preocuparse de los heridos que quedaban adentro, y antes por el contrario acumulando junto a ella los cadáveres que se encontraban a mano".*

Un sobreviviente chileno de la batalla, don Antonio Urmeneta, agregaría a este relato, en calidad de testigo:

> *"Efectuada la retirada de la división los enemigos se entregaron a satisfacer todos sus instintos criminales y salvajes: recorrieron el campo de batalla en busca de botín, matando bárbaramente y de un modo demasiado cruel a los heridos chilenos, dejándolos completamente desnudos y en posición vergonzosa".*
>
> *"Aumentó más todavía el crimen de estos bárbaros; no contentos con las atrocidades cometidas con los heridos que estaban en el campo, prendieron fuego al cuarto donde estaba la Cruz Roja donde se encontraba herido el bravo comandante Don Eleuterio Ramírez y un número considerable también de los heridos. Estos tuvieron que padecer bajo las llamas en medio de las risotadas y burlas de la soldadesca chola y cuica que presenciaba ese salvajismo".*
>
> *"...Entre los prisioneros chilenos que cayeron en poder de las tripas del general Buendía, le tocó a la cantinera Susana Montenegro con quien estos pícaros cometieron toda clase de infamias y excesos que la pluma se resiste a describir".*
>
> *"Después de todo la asesinaron martirizándola como a Caupolicán con la diferencia que a aquél fue con un palo y a ésta con las bayonetas".*

Más explícito sobre el triste fin de las pobres mujeres, el Mayor de Ejército Arturo Olid A., en sus "Crónicas de Guerra", relata desde su autoridad como testigo y sobreviviente del infierno de Tarapacá en el capítulo de su obra subtitulado "Peores que salvajes":

> *"Muerto el jefe* (Ramírez)*, los peruanos se envalentonaron y repasaron a los heridos, asesinando también a las cantineras, a quienes, después de muertas, afrentaron sus despojos, cortándoles a raíz, los senos y las orejas".*

> *"Los salvajes de África no hubieran procedido en igual forma. No contentos con estos ultrajes, acarrearon ramas secas y rodearon el rancho con leña y troncos, prendiéndoles fuego en seguida. Esto hicieron aquellos hombres que, según parece, se honraban con cargar el uniforme militar, a vista y paciencia de sus jefes y oficiales que miraban esos actos de barbarie".*

> *"Más humanos y civilizados fueron, por suerte, los que invadieron el rancho donde quedara moribundo y exánime el Capitán Silva Renard. Un oficial cuyo nombre nunca pudimos averiguar, al frente de algunos soldados entró al rancho minutos después que nosotros lo habíamos abandonado y generosamente amparó y salvó la vida de aquel buen servidor de Chile y de los dos Clases que lo acompañaron. Estos fueron llevados como prisioneros hasta Tacna, mientras el Capitán, herido y dejado en la ambulancia peruana, salvó esa vez de la muerte, para ir a morir como Comandante del Batallón "Talca", en la Batalla de Chorrillos".*

> *"A las 7 P.M., la línea del Coronel Arteaga, debido a la precaución y prudencia del "viejito de la mulita", como llamaban cariñosamente los soldados al Comandante Benavides, que contaba ese día con más de 66 años, se mantenía tan firme como en el principio de la batalla y los esfuerzos y empujes y bravatas de los batallones peruanos resultaron ineficaces".*

El episodio de Tarapacá fue el primero que llevó las prácticas más reprochables al campo de batalla durante el Guerra del Pacífico. Advirtiendo que esto habría de cambiar completamente la cara del conflicto, el ministro chileno Rafael Sotomayor escribió desde Pisagua a la Comandancia en Jefe del Ejército, el 28 de enero de 1880:

> *"Hasta hoy nuestras hostilidades se han distinguido por una lenidad tal vez excesiva. Hemos tratado al enemigo como lo exigen las leyes de la civilización y la humanidad, procurando de ese modo atenuar en lo posible los males de la guerra. Hemos sido humanos con los prisioneros y generosos con los vencidos"*.

Y más adelante, añade:

> *"Así, pues, si es cierto que va a hacernos la guerra cobarde e irregular de montoneros y encrucijadas donde nuestros soldados pueden perecer indefensos, será necesario notificarle que estamos dispuestos a reprimir esos excesos con la mayor severidad posible; que el paisano a quien se sorprenda con las armas en la mano será inmediatamente pasado por las armas y que igual suerte correrán los individuos enrolados en cuerpos irregulares no sometidos en todo a la disciplina militar"*.

Como civil que era, Sotomayor fue capaz de advertir y prevenir sobre lo que muchos jefes militares, cegados por visiones quijotescas de cómo debía ser la guerra, no habían logrado prever después de Tarapacá sobre el desarrollo y la orientación que iban a tomar los conflictos, con guerrillas montoneras y acciones completamente

reñidas con el derecho internacional, que los historiadores del Perú hoy niegan o esconden cuidadosamente para poder sostener su mito de que los chilenos fueron los que actuaron como brutales victimarios, durante todo el conflicto.

El italiano F. Santini escribió al respecto:

> *"Pero no es menos cierto que los peruanos en Tarapacá se mancharon con la misma barbarie, tanto que los más terribles de los soldados chilenos eran justamente los que combatieron en aquella batalla y ardían de deseos de venganza".*

Acciones arteras peruanas en Arica: los "polvorazos" y trampas explosivas

Los mecanismos explosivos "mecánicos" estaban claramente condenados en aquellos años. El tratadista Heffter, en "El Derecho Internacional de Europa", declaraba que que las leyes de la humanidad impedía el uso de medios de destrucción *"de un solo golpe y por un medio mecánico"*, es decir, torpedos estáticos, minas y polvorazos. Se refiere fundamentalmente a las trampas explosivas, que reducían a la víctima *"al rol de ser inerte"* y que *"aumentan inútilmente la efusión de sangre"*.

Los famosos "polvorazos" y las minas explosivas con que los peruanos minaron el río Lluta y el peñón de Arica, en junio de 1880, y que tantas vidas cobraran durante la toma del Morro de Arica, también eran acciones por completo ajenas al Derecho Internacional de guerra, y es en parte a la gravedad de esta situación que el relato oficial del Perú busca concentrar la atención en la supuesta "masacre" de sus soldados por parte de los chilenos. De hecho, aparentemente ésta era la primera vez que se hacía empleo de esta clase de trampas en una guerra, irónicamente, por el mismo país que, poco más de un siglo después, condenaba públicamente a Chile ante la comunidad internacional por la mantención de minas explosivas en su frontera norte. Parte de la seguridad del Coronel Bolognesi para prometerle a los chilenos que pelearía quemar "el último cartucho", se debía a la confianza que las fuerzas peruanas habían depositado en estas trampas, como lo confirma después el representante alemán Von Gülich a su gobierno.

El ingeniero peruano Teodoro Elmore había llenado de trampas explosivas la ciudad y sus alrededores, a la espera del avance de los chilenos. Según los planos, eran unas 84, y la mayoría se componían de unos 32 quintales de dinamita, a juzgar por las características de la que encontraron más tarde frente a la casa donde alojaba Baquedano y a escasa distancia de un cuartel chileno. El Coronel Bolognesi había dado instrucciones a Elmore de colocar tantas como fuese necesario, labor que cumplió con éxito. Sin embargo, el ser atrapado por los chilenos poco antes de la batalla y haber confesado al General Pedro Lagos el plan, le significó una falta de reconocimiento histórico de los peruanos a su trabajo y la acusación infundada de traición.

Las cargas explosivas, equivalentes a las minas de nuestros días, estaban colocadas en el Lluta, en los alrededores del Morro, en los primeros metros de sus faldeos y debajo de todos fuertes en caso de

caer en manos del enemigo, todos ellos operados desde una caseta secreta donde los cableados de activación eran conectados a baterías eléctricas. Pedro Lagos había advertido al Coronel Bolognesi de que el empleo de estas armas sería severamente castigado por los chilenos en el campo de batalla, pero sus advertencias no lograron disuadir al anciano militar peruano.

Poco sirvió saber de la existencia de las trampas sin lograr precisar el lugar exacto donde estaban. Ya en la salida de los grupos chilenos, a penas atravesaron el río Lluta, comenzaron las explosiones, arrojando a los aires humo, llamas, trozos de madera y cuerpos destruidos por el impacto. Lo peor ocurrió en el Morro, donde los "polvorazos" se llevaron la vida de cientos de chilenos y de los propios peruanos, durante la descargas de los fuertes que iban cayendo en manos chilenas.

Los autores peruanos han vaciado sus tinteros, escribiendo verdaderas historietas de terror sobre la supuesta violencia descarnada de los chilenos durante la toma del Morro de Arica, intentando demostrar que sus soldados fueron repasados a cuchillo, sable o corvo y que la bestialidad de los chilenos cobró innecesariamente vidas de los peruanos ya derrotados. Sin embargo, sustentan este mito omitiendo que muchos de sus propios muertos cayeron en esos "polvorazos" de los fuertes, y que esa misma práctica inmoral y deshonesta de guerra motivó el colérico ascenso de los chilenos, corriendo sobre los campos minados, en una descomunal carga de corvo y balloneta que arrasó la resistencia peruana, lo que explica, además, la presencia de heridas en los cuerpos que los autores peruanos intentan presentar, tendenciosamente, como evidencia de "repasos".

Se recordará, además, que en esta carga participó el 3º de Línea, formado precisamente por chilenos expulsados del Perú, que se habían reclutado voluntariamente deseosos de cursar venganza al enemigo que habíalos tratado como verdaderos animales al iniciarse el conflicto.

La indignación contra las infames prácticas utilizadas por los peruanos creció al descubrirse que la base desde la cual se activaban las explosiones, estaba en dependencias de la Cruz Roja de Arica, recinto que las normas internacionales de guerra impedían involucrar en una combate o una acción de guerra no remitida a su función humanitaria. Y, para agravar la situación, habían sido dispuestos y escondidos tras sus murallas, varios tiradores que participaron activamente en el combate, según lo demostró un informe elevado el 19 de agosto de 1880, por J. U. Urrutia.

Resulta insólito e irónico verificar que la historiografía peruana intente registrar en sus anales una versión de los hechos que busca demonizar la actuación de los chilenos en Arica, en circunstancias de que el Perú habíase valido de métodos completamente reñidos con la ética y el derecho de guerra de aquellos años, como el señalado el uso anómalo de las dependencias de la Cruz Roja como base para detonar las minas, aprovechándose precisamente del apego de las fuerzas chilenas a las normas internacionales de guerra.

Una historia particularmente exagerada e irresponsable dice que el puerto quedó lleno de cadáveres abandonados en las inmediaciones de la costa, producto de las tropelías y las matanzas coléricas

provocadas por los chilenos, bajo efectos del alcohol y la sed de sangre. Sin embargo, el informe que extiende el Jefe del Servicio Sanitario del Ejército, Doctor Ramón Allende Padín, explica de modo mucho más preciso y real la aparición de cadáveres en el puerto:

> *"Después del sangriento asalto y toma del Arica se cometió el error, en los primeros momentos, de arrojar al mar gran número de cadáveres, sobre todo desde el fuerte del Morro. En los días siguientes la marea arrojó fuera a la playa gran parte, y la ciudad se encontraba infecta con las emanaciones de tanto resto humano en descomposición..."*

Agrega el Dr. Allende que se procedió a la quema y la sepultura de todos estos cuerpos, para evitar que un brote infeccioso cundiese sobre la población peruana de Arica.

Un detalle muy revelador sobre la certeza y la fiabilidad de las acusaciones peruanas contra los chilenos, imputándoles cargos por toda clase de tropelías y saqueos en Arica luego de la toma del Morro, es que se basan principalmente en el informe extendido por el Capitán Deinhard, del buque alemán "Bismark", al embajador Von Gülich en Santiago, asegurándole que los chilenos asaltaron la ciudad durante dos días.

La condición de voz autorizada del capitán alemán estaría en el hecho de que el "Bismarck", junto al italiano "Garibaldi" y al francés "Hussard", había realizado importantes operaciones después del combate, asistiendo al antes citado jefe de sanidad del Ejército. Sin embargo, para poder darle crédito a las discutibles afirmaciones de Deinhard, los autores peruanos esconden tres hechos fundamentales:

- Que ningún veedor internacional presente en Arica apoyó las palabras del capitán alemán o hizo una denuncia similar.
- Que Deinhard no estaba presente en el puerto, no fue testigo de nada y había llegado a Arica tres días después de la toma del Morro, indicando en su informe que se había enterado de las supuestas tropelías por comentarios del Comandante del navío "Hunza", quien tampoco estuvo en la ciudad, según se demostró después.
- Que el propio embajador Von Gülich negó veracidad a estos hechos, y comunicó confidencialmente al Gobierno de Chile que no daría crédito a tan infundadas acusaciones. Según confesó a La Moneda, el echar a correr esta clase de rumores tendenciosos era una estrategia que se usa durante períodos de controversia o guerra, para identificar a los países que simpatizan diplomáticamente con quien los emite, al aceptarlos por descarados o absurdos que parezcan (Nota: es la estrategia que ha utilizado por muchos años Bolivia para captar apoyo internacional para su cuestión de la mediterraneidad).

Acciones arteras peruanas en el mar: casos del "Loa" y la "Covadonga"

Las acciones marinas del Perú tampoco se eximieron de actos reprochables y condenados por los instrumentos jurídicos internacionales sobre los derechos y deberes de la guerra, que

anteriormente mencionamos, recurriendo a artilugios que bien podrían pasar por maniobras terroristas más que de guerra como tal, especialmente en aquella época, donde aún sobrevivían en parte los sentimientos epopéyicos y guerreros que cegaron al Hombre de la Mancha.

En julio de 1880 venía del Callao el vapor chileno de transportes "Loa", que acababa de entregar en puerto a cerca de 510 heridos peruanos capturados en Tacna y Arica, devueltos al Perú en un notable gesto de generosidad y humanismo de parte de nuestras autoridades. Sin embargo, algunos peruanos poco sabían ya de honor y respeto en los mares, después de haber partido Grau. Colocaron como señuelo una pequeña embarcación de velas cargada de víveres en el camino y abandonada, unos 7 kilómetros al norte del Callao, cruzándose con la estela en el mar del "Loa" el 3 de julio. Al final del último bulto, había una poderosa bomba escondida y lista para detonar cuando levantasen esa carga.

A pesar de que las autoridades chilenas estaban advertidas de la existencia de estas trampas mortales, luego de que un agente comunicara al Presidente Pinto de que había una balandra explosiva con provisiones en Ancón, colocada para hacer caer a la fragata "O'Higgins", en un acto de lamentable ingenuidad de parte del noble Capitán Juan Guillero Peña Urízar, al mando del vapor, ordenó subir las provisiones del velero...

La tremenda explosión mató a 118 de los tripulantes y hundió el navío. Sólo 63 marinos se salvaron, gracias a la asistencia de naves internacionales que se encontraban en la zona. El Capitán Peña, herido y atormentado por lo que consideraba su responsabilidad, permaneció en el lugar negándose a abandonar la nave náufraga, a pesar de las insistencias de quienes intentaron convencerlo de salvar su vida. Según comenta el Teniente Segundo Pedro Martínez en su informe del mismo día 3 de julio, dirigido al Ministerio de Marina:

> *"El señor comandante, se mantuvo como hasta las 6, hora en que desapareció; ignoro la suerte del Teniente 1º señor Señoret: lo vi a flote hasta que oscureció..."*

Pero el Teniente Primero Leoncio Señoret, afortunadamente sí estaba vivo, y comentará después en su parte y en su calidad testigo privilegiado de los hechos:

> *"El comandante Peña, tomado de lleno por la explosión del brulote, quedó privado de parte de sus ropas, quemado en un costado y muy mal herido en la cara, lo que no le impidió dirigirse al puente a dictar algunas medidas propias del momento..."*
>
> *"...y cuando vi que ya solo quedaba en el puente el comandante Peña, fui a su lado y le insté a abandonar el buque antes que se sumergiera. Se negó a ello terminantemente; y viendo la inutilidad de mis esfuerzos, abandoné el buque segundos antes de que éste se perdiera por completo..."*
>
> *"...Permanecimos en el agua mas de hora y media, en cuyo tiempo perecieron muchos de los que se salvaron de la explosión; entre ellos debo mencionar al señor comandante*

> *don Guillermo Peña, quien debilitado sin duda por la pérdida de sangre, murió a pesar de estar asido a uno de los muchos maderos que ahí flotaban..."*

El crimen fue condenado por la opinión representantes extranjeros en el territorio, como el cirujano italiano F. Santini, que atendió a algunos de los náufragos en la nave "Garibaldi", según lo relata en su obra "Intorno al Mondo a Bordo della R. Covertta Garibaldi". En el informe de Galvarino Riveros, despachado el 4 de julio de 1880 al Ministerio de Marina, se señala dramáticamente destacando el sacrificio del Capitán Peña:

> *"El Comandante Peña, bastante herido en la explosión, pues en el momento que ésta tuvo lugar se encontraba precisamente encima, si bien se le vio hasta las 6 P.M. nadando ayudo de un salva-vidas, no ha podido ser habido y se cree que haya perecido..."*

Para evitar el bochorno y la vergüenza de esta infame acción, que raya en lo siniestro, los autores peruanos suelen aprovechar el hecho de que el "Loa" realizaba acciones de vigilancia en el Callao, para vincularlo directamente al bloqueo de ese puerto e intentar justificar, de esta manera, semejante crimen de guerra.

Pero la acción de "guerra sucia" usada contra el "Loa" no fue única: también fue la que hundió a la famosa "Covadonga", vengando así los peruanos el desastre de la "Independencia" en Punta Gruesa. El 13 de septiembre siguiente al episodio del vapor de transportes, los peruanos volvieron a colocar un señuelo mortal dentro de una nave pequeña cargada de dinamita, en Chancay. Tras una pequeña confrontación con otra nave peruana que le acompañaba, el comandante Ferrari de la "Covadonga" ordenó izar la embarcación abandonada y ésta estalló en plena maniobra, matando ahora a unos 90 chilenos.

La "Covadonga" se hundió por completo en sólo tres minutos, salvándose unos 70 chilenos. Tanto esta acción como la del "Loa" encendieron en gran parte la agresividad con que la fuerza naval chilena atacó, poco después, las posiciones litorales del Perú, especialmente después de saberse el entusiasmo y criminal regocijo con que la sociedad peruana celebró estos dos actos salvajes.

Los verdaderos hechos sobre la expedición de Lynch en 1880 

Las montoneras organizadas por guerrilleros como Pacheco Céspedes, Albarracín y el hijo del derrocado Presidente Prado, Comandante Leoncio Prado, habían cundido peligrosamente por el territorio peruano después de la toma de Pisagua, amenazando con extender innecesariamente la guerra. Intentando poner en marcha un plan para acelerar la rendición peruana y evitar episodios lamentables como el de Tarapacá, el Comandante Patricio Lynch propuso al Gobierno enviar un contingente hasta los valles azucareros del Perú, para cobrar cupos de guerra. Autorizado por el Presidente Pinto, Lynch partió el 4 de septiembre de 1880 con 2 mil hombres, pasando por Chimbote, Supe, Paita y Salaverry. Es lo que se conoce como la "Expedición de Lynch".

Como la expedición tuvo un fuerte carácter destructivo, al castigar el no pago de cupos prendiendo fuego sobre las propiedades fiscales y

haciendas de quienes se negaran, además de imposibilitar el abastecimiento de armas que Perú se procuraba por estos puertos, los autores peruanos e historiadores solidarios con los ex aliados han especulado hasta las nubes sobre la naturaleza de la expedición de Lynch y el daño material que produjo la misma.

En primer lugar, debemos preguntarnos si las acciones y objetivos de la expedición eran aceptables en situación de guerra. Los historiadores peruanos responden a coro que no, unánime y categóricamente. Sin embargo, el Derecho Internacional de guerra de aquellos años, aceptaba perfectamente la práctica de los cobros de cupos y la destrucción focalizada para mermar la capacidad del enemigo en el desarrollo de la guerra. Entre otros, el famoso tratadista y académico venezolano Andrés Bello lo había validado en su trabajo "Principios del Derecho Internacional", cuya última edición, de 1864, era de consulta permanente entre las autoridades chilenas. Allí, Bello establece que está entre las posibilidades de las partes apropiar muebles y artículos tomados a modo de cupos, así como la destrucción de los bienes inmuebles cuando no pueden ser ocupados y no se puede lograrse el objetivo de inhabilitar o dañar la capacidad del enemigo con otro tipo de acción sobre dichos bienes.

Luego, nos preguntarnos si la expedición de Lynch fue un colérico saqueo de destrucción y muerte, como se ha pretendido. La abundante documentación de los testigos y partícipes parece demostrar más bien lo contrario, es decir, que se trató de una acción ordenada, metódica, sin comprometer la vida o la integridad física de los pobladores, sólo destrucción material. Los informes extranjeros confirman la disciplina y el orden con que se realizó la operación, destruyéndose bodegas, estaciones y edificios fiscales. Incluso, para minimizar los daños que no fuesen sólo estructurales, los expedicionarios chilenos dejaron en manos de comisionados locales todas las mercaderías de las aduanas destruidas. Prácticamente, no hay guerra en la historia del mundo donde esta clase de acciones no experimenten pérdidas de control y terminen en hechos lamentables.

La indagación no dejaría de arrojar sorpresas contra la descripción infernal de la expedición de Lynch en los textos peruanos. Varios de los hacendados, por ejemplo, estaban dispuestos a hacer el pago de tributos y evitar los castigos, pero el caudillo Nicolás de Piérola los había amenazado con declararlos traidores y castigarlos más duramente si entregaban cupos de guerra a los chilenos, como sucedió al azucarero peruano de Chimbote, don Dionisio Derteano, quien debió conformarse con ver la destrucción de sus propiedades en Palo Seco y El Puente al temer pagar los cien mil soles en que se fijó el cupo.

Por otro lado, los testimonios de la época confirman que los propios rufianes de cada uno de los pueblos por donde pasaron los chilenos, fueron quienes cometieron saqueos y aprovecharon de robar en los sitios abandonados. Si se piensa que esta afirmación es una fantasía expiatoria, véase la carta que el ciudadano peruano Antero de Aspíllaga escribe a su hermano poco después de estos hechos, y que es publicada por Heraclio Bonilla en "Un Siglo a la Deriva":

> *"Todo (en) Chiclayo ha sido vergonzoso, no por los chilenos, sino ¡pásmese!, por los robos de los mismos hijos de Chiclayo, la plebe más imbécil y degradada. No sólo formaban cola tras de los chilenos cuando incendiaban y*

sacaban muebles y artículos del país como arroz, maíz y luego los del pueblo chiclayano barrían y recogían con todo, sino que se han ocupado en denunciar, ¡ellos mismos! al Sr. Lynch y a los jefes, quienes eran los hijos del país que tenían fortuna; en fin todos los trapos sucios de la casa los mostraron".

A pesar del ajuste a las normas internacionales y del carácter real que tuvieron los hechos, los peruanos consideraron que la destrucción en sus puertos nortinos podría motivar la solidaridad de las naciones extranjeras y, con tal motivo, el Canciller del Perú, don Pedro José Calderón, repartió por todas las legaciones y representaciones en el exterior una dramática nota donde involucra a Lynch en imaginarios asesinatos y crímenes de guerra, como siempre señalando a "mujeres y niños" entre las supuestas víctimas, del mismo modo con que habían echado a correr historietas disparatadas entre los representantes de países neutrales después de los sucesos de Pisagua y Arica.

Otro punto que resulta insólito en la condena peruana al cobro de cupos por parte de Chile, es que los propios jefes militares del Perú cobraron tributos de guerra a su propia gente durante casi toda la segunda etapa del conflicto, especialmente entre los poblados de las serranías. Había casos en que no pasaban ni unas semanas después de un saqueo de bienes y víveres en los empobrecidos caseríos indígenas, y las montoneras volvían exigiendo nuevos pagos y aportes. Incluso, el pueblo de Mollendo fue obligado a cancelar dos veces seguidas, luego de que los caudillos peruanos castigaran a sus pobladores por haberlos pagado a los chilenos, exigiendo cupos para sí.

La demonización de los chilenos en la prensa y la propaganda aliada de la guerra

Sergio Villalobos ha escrito en "Chile y Perú, una Historia que nos une y nos separa":

"Las exageraciones propaladas después de las acciones de Pisagua, Mollendo y Arica no fueron reacciones aisladas, sino que constituyeron un fenómeno repetido hasta el cansancio y que es frecuente en los períodos de guerra. Los ánimos, exacerbados y cargados de odio, están predispuestos a acoger cualquier rumor trágico y recargarlo al pasarlo a otras personas. La visión tremendista echa raíces, se convierte en mito y leyenda, se incorpora al folclore y, desgraciadamente, los investigadores del pasado no logran desprenderse de esa neblina sombría".

Las campañas de odio y demonización que habían comenzado en Perú desde los albores de la guerra, habían ido formado en la mentalidad del enemigo una absurda e irreal imagen del chileno como un individuo que, además de cobarde y temeroso, poseía un carácter bárbaro y sanguinario.

En Bolivia, por su parte, el diario "El Heraldo" de La Paz, publicaba entre lágrimas y furias el 29 de octubre de 1879, a propósito de la captura del "Huáscar" en Angamos:

"Consumado está el sacrificio. El Huáscar, ¡Grau!, Aguirre y toda esa bizarra tripulación del terrible monitor ¿Dónde están? ¿Qué suerte han corrido? El uno destrozado acribillado de balazos cual cadáver sangriento, yace en manos del enemigo, que con sonrisa satánica aspira las delicias de su venganza..."

"Maldición y oprobio eterno a los filibusteros del Mapocho, que así sacrifican a los más preclaros hijos del suelo americano, ante sus ruines y vergonzosas ambiciones".

A pesar de todo, los mitos infamantes sobre el actuar de los chilenos persisten en la literatura peruana y boliviana, intentando relacionarlos siempre con saqueos, violaciones, crímenes de guerra y repasos de heridos, prácticas que, como hemos visto, más bien fueron frecuentes entre los ex aliados. En otras palabras, se insiste en el sentido de salvajismo e involución moral del chileno, al mismo tenor de los medios de prensa del Perú en los años de la guerra.

Papel importate cumplieron, en esta etapa las arengas incitadoras de la irresponsable y confrontacional prensa peruana, que difundió estos relatos negros como reguero de pólvora. Advirtiendo la liviandad de estas informaciones, el ministro británico en Chile, F. J. Pakenham, escribía a Londres en diciembre de 1879:

"Aunque se han hecho muchas declaraciones en la prensa peruana acerca del presunto maltrato de prisioneros y otros por las tropas chilenas, creo que son infundados de hecho y que tienen existencia solamente en la imaginación de escritores excitados e irresponsables".

Pero un incidente inesperado, del día 9 de marzo de 1880, vino a servir de levadura para estas historias de demonización de los chilenos, cuando 2.148 hombres al mando del Coronel Orozimbo Barbosa desembarcaron en Mollendo, Perú, para realizar una "destrucción ordenada" de los muelles, la aduana, el telégrafo y la estación, para evitar que llegasen abastecimientos para las fuerzas peruanas. Sin embargo, tan pronto salió Barbosa en una expedición al interior, parte del 3º de Línea, encolerizada por el alcohol y alentados por algunos ciudadanos italianos igual de ebrios, continuó saqueando las bodegas y quemando algunos almacenes, tras de descubrir unos galpones llenos de aguardiente. Aunque el resto de los propios chilenos hizo volver la calma, la pérdida de la iglesia de Mollendo bajo las llamas y los robos jamás fueron perdonados por los peruanos, tejiendo y reforzando toda clase de historias de terror acerca de la violencia y la odiosidad chilena.

La edición del diario "La Opinión Nacional" de Lima, del 19 de septiembre de 1880, declaraba en un artículo sobre la campaña de Lynch:

"Es preciso en el día, organizar las montoneras y no dejar en tranquilidad a las huestes enemigas. Nuestra misión, nuestro fin único no debe ser otro que acabar con los chilenos... Que la bala, la lanza, el puñal, la piedra, el palo, el fuego, en fin, cuanto pueda crear nuestro odio, nuestra venganza, sirvan para extirpar a la raza maldita de América."

Años más tarde, Adolf Hitler, en su famoso "Mein Kampf", señalaba cómo similares demonizaciones fueron realizadas por los germanos en contra de los ingleses durante la Primera Guerra Mundial, presentándolos como un enemigo falto de valor y sometible, algo diametralmente distinto a la realidad con la que se encontraron en los campos de batallas.

Pero la prédica del chileno salvaje, primitivo y cobarde, estuvo lejos de inspirar la idea de que el enemigo era fácil de doblegar y reducir, como tuvieran tiempo de comprobarlo en carne propia también los soldados alemanes durante la Primera Guerra Mundial. Por el contrario, cundió entre las tropas peruanas más incultas y poco instruidas, un terror incontenible al enemigo chileno, convencidos de estar luchando contra seres abominables y horripilantes. Por ejemplo, el teniente chileno Rafael Torreblanca había escrito, a penas terminó la batalla de Dolores, el 19 de noviembre de 1879, cómo los soldados peruanos se arrojaban al suelo aterrados con esas historias de terror, gritando:

> *"¡No me mate taita! ¡A mí me han traído amarrado para hacerme soldado!".*

Luego, agrega:

> *"Esta es la cantinela eterna de todos estos pobres diablos. Persuadidos de que somos unas fieras resisten hasta el último extremo... A este infeliz, le estuve trayendo detrás de mí hasta que se concluyó la pelotera y a cada soldado que veía acercarse le repetía la misma historia... Creo que hasta ahora no se ha entregado un solo prisionero sin repetir ¡no me mate taita! ¡me han traído amarrado!".*

Curiosamente, había sido en Dolores donde los chilenos habíanle dado al enemigo una verdadera lección de comportamiento durante la guerra, tan mal retribuida después en Tarapacá, como hemos visto. Tras el combate, cientos de heridos peruanos fueron encontrados escondidos en las calicheras cercanas, durante los tres días siguientes. El Coronel Estanislao del Canto registró por escrito cómo los mismos soldados chilenos se ofrecían para rescatar a los heridos enemigos, improvisando camillas con sus fusiles cruzados. Similares actos de generosidad se vieron luego de la batalla de Tacna, cuando se rescataron 1.200 heridos peruanos que recibieron trato humanitario, desmintiendo el mito de los "repasos". Lo mismo sucedió con la entrega de varios prisioneros en Mollendo, embarcados poco después del escandaloso atentado al "Loa".

¿Qué ocurrió realmente en Chorrillos? Los sucesos de 1881 

Uno de los episodios donde los autores peruanos ponen mayor parte de su atención para señalar a los chilenos como autores de las atrocidades en los campos de batalla, se refiere a la toma consecutiva de Chorrillos y Miraflores, antes de la caída de Lima. La audacia llega al punto de que, en visitas turísticas por estas ciudades, algunos guías les describen horrorosas escenas de chilenos atacando brutalmente a las mujeres y niños que eran la supuesta última defensa de ambos poblados. El punto común de estos relatos denuncia horrorosas violaciones de nobles damas peruanas en manos de los rotos coléricos

que entraron a saco y a corvo a saquear la ciudad, en un anticipo de lo que sería Lima.

Folclore aparte, están los hechos históricos diametralmente opuestos al relato histórico peruano. En reunión realizada durante los primeros días de enero de 1881, se decidió un avance frontal a Lima, por lo que necesariamente debía pasarse por estas ciudades. Chorrillos, ciudad balneario de la aristocracia peruana, sería la primera en caer, el 13 de enero de 1881, luego de varias horas de intenso y sangriento combate contra los fuertes peruanos establecidos junto al Morro Solar y hasta las colinas de San Juan. Tras romper las líneas enemigas, los batallones Esmeralda y Chillán avanzaron sobre Chorrillos. Los "polvorazos" y las minas también estuvieron presentes, y el Coronel Amunátegui registraría repasos de heridos chilenos por parte de los peruanos, cargo que, curiosamente, ellos imputan con majadera insistencia a los "mapochinos". El oficial inglés de marina, William A. Dyke Acland, confirmaría atrocidades similares:

> *"El regimiento Chacabuco fue rechazado desde uno de los fuertes, se replegó, dejando a un oficial herido en el campo; cuando avanzó de nuevo y tomó el lugar, este oficial fue encontrado victimado, tenía las orejas cercenadas y una cruz de honor alemana incrustada en el cuerpo. Los chilenos después de este hallazgo atravesaron con la bayoneta a todos los hombres en el fuerte".*

Aunque los autores peruanos intentan explicar como innecesario el haber involucrado al poblado en el conflicto, señalando a los chilenos como responsables, la verdad es que las propias fuerzas dispersas de los peruanos habían corrido a refugiarse a las calles de Chorrillos, apoyados por rebeldes armados que sentían sobre sí el peso de ser la última resistencia importante contra el avance de los chilenos hacia Lima. Si existe una culpa, de acuerdo al Derecho Internacional, es la de los jefes militares peruanos que escogieron irresponsablemente a este poblado como escenario de batalla, llegando a minar sus calles para tal efecto, según lo confirmaría el informe del plenipotenciario Eulogio Altamirano, dirigido a La Moneda, basado a su vez en partes de Baquedano y de los oficiales extranjeros. Tal responsabilidad la confirma el coronel sueco Wilhelm Ekdahl, posteriormente incorporado al Ejército de Chile, quien relata en "Historia Militar de la Guerra del Pacífico":

> *"La responsabilidad de los excesos que por ambos lados se cometieron cae sin duda alguna sobre el que eligió la población para el campo de batalla, es decir, el comandante peruano".*

El combate en terreno urbano fue atroz, casa por casa. En una carta del 21 de enero siguiente dirigida a su padre desde Lima, el oficial del Cazadores a Caballo y corresponsal de "El Estandarte Católico" y "Los Tiempos", Salvador Soto, recuerda que:

> *"En Chorrillos tuvimos que correr como rayos, tras los derrotados, que emprendían fuga por los potreros y las calles del pueblo".*

Entonces, no hubo árbol, ventana, puerta o muro que no quedara comprometido en el fuego cruzado, según se desprende del parte del Jefe de Estado Mayor chileno, General Marcos Maturana. Esto también

es confirmado por las hasta ahora inéditas memorias del carpintero del Regimiento "Esmeralda", Jacinto Aguilera, cuyos originales manuscritos están hoy en posesión del investigador histórico Marcelo Villalba Solanas. Con fecha 13 de enero de 1881, suponemos que a escasas horas de culminado el conflicto, escribe Aguilera (los subrayados son nuestros):

> *"...atravesando los potreros de esta villa de* (San) *Juan en el pueblo de Chorrillos, el combate estaba en lo más y mejor por las calles que distintas direcciones se hacían ataques a la bayoneta y fuegos a bala sobre las casas de esta población, porque dentro de ésta se encontraba el enemigo en las más casas, desde el Salto del Fraile al Morro Solar..."*

Las explosiones iniciaron fuegos que nadie tuvo tiempo de controlar en medio de la pelea, y el siniestro cundió rápidamente. Otras casas fueron encendidas por los chilenos para impedir que los peruanos siguieran ocupándolas como fuertes o como torres de tiro. Insólitamente, sí tuvieron tiempo todas las tropas para proveerse de aguardiente y vino en medio de las balas, sacándolos de los no pocos almacenes y bodegas de la ciudad. En medio de este estado etílico, varios murieron víctimas de "fuego amigo", disparado en medio del desorden. Viendo cómo cundía el fuego y temiendo que los chilenos se llevasen todos los objetos de valor de la ciudad, los propios peruanos comenzaron a saquear las casas y edificios de Chorrillos, como lo asegura José Clemente Larraín en "Impresiones y Recuerdos sobre la campaña cal Perú y Bolivia", cuando escribe:

> *"A penas poníamos los pies cerca de la estación, notamos que por todas partes había tropa, al parecer sin oficiales ni jefes, ocupada en el rebusque y saqueo de todo lo que encontraban a mano".*

Por su parte, el oficial naval francés destacado en el Estado Mayor chileno, M. Le León, escribiría sobre este episodio en "Recuerdos de una Misión en el Ejército Chileno", reconociendo los esfuerzos de los jefes chilenos por evitar la destrucción de la ciudad:

> *"La lucha sostenida en Chorrillos fue fatal a esta hermosa ciudad no obstante los esfuerzos del general en jefe, que se instaló en el centro del más hermoso barrio en el espléndido hotel del antiguo presidente del Perú. Piquetes de caballería ensayaban hacer salir de la ciudad los muy numerosos soldados dispersos, pero en vano".*
>
> *"...Durante toda la noche repercuten los tiros. Los cartuchos diseminados en las casas, crepitan; los obuses estallan en medio de los braseros; se diría que se trata de una nueva batalla... Quedaban sólo dos o tres hermosas casas aisladas. Una de ellas, propiedad francesa, fue salvada al precio de constantes esfuerzos y gracias a la ayuda amigable de los jefes chilenos".*

Sobre las historias de las violaciones de mujeres limeñas, reproducimos a continuación un relato estremecedor recogido por el historiador peruano Alberto de Solar, sobre la confesión que haría un prisionero denunciado un horrible episodio protagonizado por sus propios camaradas de armas. Creemos que vale más que mil palabras

para demostrar quiénes fueron los autores de los peores excesos de Chorrillos:

"Entre los que hasta el último instante lucharon desesperadamente me hallaba yo, tratando de abrirme paso al través del pueblo para salir afuera, ya que el seguir sosteniéndome en su interior era empresa imposible; cuando, en el trayecto, al pasar por una callejuela estrecha que conducía al malecón sentí unos gritos estridentes de mujer, que en medio de los disparos de fusil y el silbar de las balas llegaban claramente a mis oídos".-"Impulsado por justa curiosidad, me dirigí hacia el punto de donde partían esos gritos, y a poco andar llegué a una modesta casita, que reconocí ser la del empleado italiano de referencia".- "Tras de la puerta se oían al mismo tiempo voces avinadas de hombres, cuyo acento me hizo darme cuenta en el acto que se trataba de soldados nuestros".- "Sin vacilar, golpeé fuertemente y grité con todo el vigor de mis pulmones".

-¡Abran!

-¿A quién? -respondieron algunas voces del interior.

-¡A su capitán!

-No reconocemos capitán ahora -respondieron.

-¡Miserables!... ¡Echaré la puerta abajo!

-¡Échela, si puede! -fue la respuesta.

Sirviéndome entonces de todas las fuerzas que aún me quedaban, apoyé el cuerpo, y con violentos y reiterados golpes de hombro y de brazos, logré hacer saltar por fin la débil cerradura.

¡Horroroso fue el cuadro que se presentó a mi vista!

La escena representaba un aposento pequeño y modestamente amueblado.

Junto a una mesa, en el fondo del cuarto, estaba una mujer arrodillada a los pies de un pelotón de soldados ebrios que pugnaban por violentaría.

"A poca distancia yacía el cuerpo inanimado de un hombre vestido con traje civil. Reconocí en él al empleado italiano a quien tan a menudo había visto con su linda mujer con desesperación- ¡Júremelo, capitán!"

-¡Se lo juro!

"La agitación de los soldados iba en aumento. Infundiéndose poco a poco resolución entre sí, se me acercaban con gesto amenazador, mientras yo trataba de proteger como podía a la víctima".- "Pero, ¡ay!, ¡las palabras, la energía no bastaban ya!".- "Mi revólver estaba cargado con un tiro único, el último que me quedaba".- "Los victimarios, convertidos por el alcohol en bestias feroces,

habían llegado hasta mí; eran veinte contra uno y amartillaban ya el gatillo de sus fusiles... La fuga de ambos se había hecho imposible. No quedaba más remedio, pues, que o morir los dos o cumplir de una vez la terrible palabra empeñada".- "No vacilé. Volviéndome bruscamente hacia la joven, le coloqué el cañón del revólver en la sien y disparé".- "La hermosa mujer cayó en tierra bañada en sangre, y su rubia cabeza fue a estrellarse pesadamente contra el cuerpo sin vida de su esposo".- "Aprovechando el primer estupor de los soldados, corrí a la puerta y huí precipitadamente. Chorrillos era ya pasto de las llamas. Los muros de las casas, rojos y ennegrecidos, despedían enormes lenguas de fuego, que muy pronto invadieron el barrio donde acababa de desarrollarse la tragedia, envolviéndolo en un círculo sin salida, de modo que si los ebrios intentaron huir en el estado en que se hallaban, no debieron lograrlo seguramente".- "No pudiendo escapar por el Occidente, pues el fuego me lo impedía, corrí, como otros muchos, hacia este lado donde, poco después, sin fuerzas y ya medio aturdido por el humo, caí entre los grupos de ustedes".

-¡Horrible! ¡Horrible!»

Tras el combate encarnizado y las escenas de horror como la descrita, tres o cuatro de las diez horas de enfrentamientos se concentraron exclusivamente en el interior de la ciudad, quedando Chorrillos reducido a ruinas y cenizas.

Ruptura peruana de la tregua en Miraflores. Calumnias de la propaganda de guerra

En vista de los hechos, el 15 de enero de 1881 el cuerpo diplomático en Lima se reunió con Baquedano pidiendo fin a las hostilidades para sentar bases de un acuerdo de paz. Ambas partes acordaron un honorable compromiso de cese de fuego hasta la medianoche. Pero Piérola sólo ganaba tiempo, reforzando la línea peruana mientras su agente Bustamante, en Bolivia, logró ahogar los intentos de Baptista y Carrillo por alcanzar la paz y salir de la alianza. Así, cerca de las 2 de la tarde, las fuerzas peruanas atacaron sorpresivamente a Baquedano y a sus hombres, cuando éstos se encontraban cerca de Miraflores, violando el pacto de cese de fuego.

Aunque el relato que hacen los autores peruanos sobre la batalla de Miraflores es un poco menos apasionado que el de Chorrillos, es interesante tener a la vista el testimonio privilegiado que entrega muy en su lenguaje popular el veterano Hipólito Gutiérrez, en "Crónica de un Soldado de la Guerra del Pacífico" (Santiago de Chile, Editorial del Pacífico S.A., pág. 82 a 84):

"Las balas que tiraban de San Cristóbal alcanzaban cerquita de nosotros. Ai estábamos parados como cinco o seis minutos cuando hemos visto mis al norte que venia la gente nuestra de a pies y de (a)caballo arran (can) do para donde estábamos nosotros y la zalagarda que no se entendía dijendo: -iCarros blindados, carros blindados!. Y llega un jefe del Estado Mayor y 10s dijo: -Vamos andando

el Chillán que vienen carros blindados con cañones de Lima. Nosotros miramos y veimos venir una máquina que no se alcanzaba a destinguir bien porque el sol se habia dentrado, y seguimos para la linia a ponerlos en unas muralas que cerca estaba de la linia a esperar la máquina para darle fuego y otros a cortar la linia, le alcanzaron a sacar dos rieles y cuando hemos sentido unos bombazos de nuestra escuadra en la mar que les tiró a la máquina. Pasaban las balas cerquita de nosotros que se los abria el corazón de gusto y veimos que le acertó a la máquina en la frente que chipió donde le dió la bala y no avanzó más, aí mismo quedó humiando, y luego les tiró otro bombazo la escuadra, ese cayó en Miraflores encima de las casas porque al poco rato lo veimos incendiarse el pueblo y quedó la cosa en sosiego. Nosotros no los movimos de ahi, ai mismo alojamos. Hay muchos heridos y muertos, chilenos y cholos. Esta traición tan grande de que los hicieron estos cholos traicioneros del andar pidiendo las paces para pillarlos descuidados y mi ge (ne) ral que se confió tanto, pero como los chilenos que somos andamos a la buena si peliamos peliamos a pecho descubierto, no como estos traicioneros y maricones cholos que no andan no más que con traiciones, atrincherados y torpedos y polvorazos, pero de nada les sirve, todo es en vano, para el chileno todo se abarraja y todo se desarma porque no hay temor ni se vuelve las espaldas, ¡viva Chile!"

"Al otro dia amaneció muy en sosiego. Nosotros estuvimos como hasta la(h) once del dia, nosotros todavia no estamos seguros de no peliar porque nada sabiamos. Salimos de ai a otro campamento a la derecha de Miraflores. ¡Qué hallar tanto(h) muertos por donde ibamos de chilenos que daba pena del ver! Ai fué la más mortandá que hubo de chilenos por la traición que hicieron. Para más al norte estaban los cholos ytalianos hechos pila. Esto fué el dia 16. Estuvimos toda la tarde en una quinta haciendo que comer. Y las máquinas no cesaban de venir de Lima para Miraflores adonde estaba mi Ge (ne) ral. Venian con banderas blancas de paz. Nosotros deciamos: -Vendrán a pedir las paces. Como que era asi que venian a pedir las paces y no podian conseguir con mi General por la traición que habian hecho ese otro dia. Y los ministros les contestaban del que ellos no tenian la culpa sinos que Piérola era todo el motin y ya no estaba y se habia man (d) ado a cambiar y Lima estaba rendida y el Callao tambien. Esto lo supimos al otro día. Esa tarde estábamos comiendo cuando se ha estremecido la tierra como cuando tiembla y ha rebentado un destruendo tan que quedó estremeciédose toda la tierra allí cerca como a diez cuadras y era un polivorazos que andaban rebentando los italianos porque mi General los habia amenazado que si nos rebentaban los polvorazos que habian y yacían algún daño en el ejército concluía con ciudad de Lima y ellos de temor que no lo hiciera asi mi General andaban rebentando cuanto polvorazo había".

Increíblemente, mientras esto tenía lugar, en Lima ya se había echado a correr el rumor de que los chilenos acababan de ser derrotados en Miraflores, perdiendo nueve mil hombres. La falsa noticia volcó a las

calles a las chusmas eufóricas, según relata el cirujano italiano Santini, agregando que se daban *"vivas al Perú, insultos a los cobardes chilenos"*, dato confirmado (entre otros) por Sergio Villalobos. Las calumnias agregaban que los chilenos habían asesinado a los representantes diplomáticos de Francia, Inglaterra y Alemania.

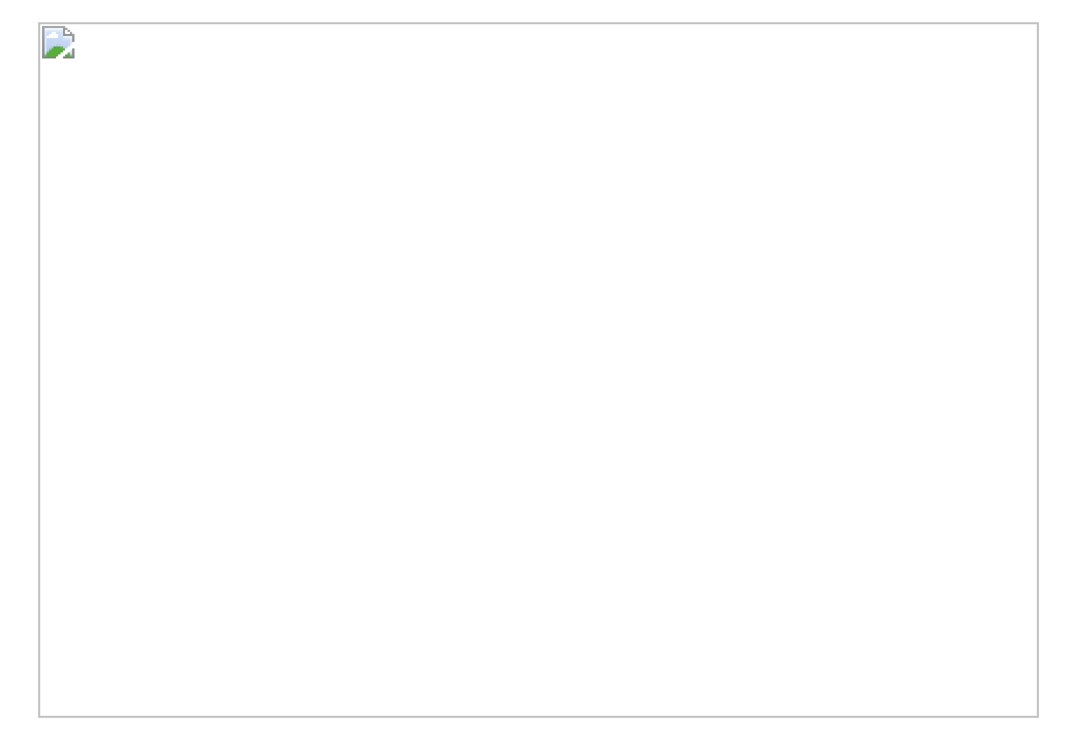
Con el incidente que rompió el cese al fuego, se desató instantáneamente el combate cuando los chilenos se encontraban absolutamente dispersos, situación que fue hábilmente aprovechada por el Coronel peruano Andrés Cáceres para atacar las divisiones chilenas. La furia y el deseo de venganza por tan artera acción hizo que los chilenos se arrojaran con ira sobre las posiciones enemigas, apoderándose del fuerte "Ugarte", tras una hora de desigual lucha, apoyados desde la costa por el "Huáscar", al mando de Condell.

El citado miembro del cuerpo de Cazadores a Caballo, Salvador Soto, cuenta en la misma carta a su padre a la que nos hemos referido más arriba, que los peruanos también dieron muestras de crueldad en este combate hacia civiles desarmados que estaban en el lugar:

> *"Estos se dividieron en dos porciones: una de ellas avanzó -¡qué descaro!- a quitar unas cuantas cargas de municiones que bajaban en ese momento de los cerros de Lurín. Cayeron heridos dos arrieros, y los demás volvieron atrás a lo que daban sus mulas."*

Más de 2 mil cadáveres chilenos quedaron tendidos en el campo batalla tras la victoria chilena. Poco, sin embargo, si se la compara con los cerca de 12 mil muertos del lado peruano.

Debe recordarse que, en lo que fueron los posteriores juicios realizados por tribunales internacionales para la guerra, Chile quedó completamente exonerado de los daños producidos en Arica, Chorrillos y Miraflores, por reconocerse que eran puntos de batalla y de valor militar. Los mismos sucedería después, con Pisagua y Tacna.



Nota especial sobre una famosa y siniestra fotografía de la Guerra del Pacífico: En julio de 2004, el historiador Elio Galessio y el fotógrafo Renzo Babilonia montaron una

exposición fotográfica de la Guerra del Pacífico con esta imagen como pieza central, con un niño jugando en una montaña de huesos. Según el diario "La República" del jueves 22 de julio, *"Se dice que las autoridades chilenas hicieron desfilar a los escolares peruanos frente a este patético cuadro y que les aseguraron que lo mismo ocurriría con ellos si un día se levantaban contra el poder de turno"*. Babilonia agregaba de su cosecha: *"El mensaje era vamos bien, estamos ganando la guerra. Se puede decir que los chilenos pelean la guerra en dos frentes: el militar y el de la propaganda. De ahí la importancia que le daban a la fotografía"*. El hecho es, sin embargo, que esta imagen corresponde a una postal fotográfica de Tacna impresa en 1910 y que captó los trabajos de exhumación de los restos de héroes de la Batalla del Campo de la Alianza (26 de mayo de 1880), junto a la Cripta de Tacna, desde las fosas que incluían los restos no sólo de peruanos y bolivianos, sino también de los soldados chilenos, que fueron llevados al Mausoleo del Cementerio de Tacna poco después.

Mito de la intervención de Petit Thouars para "salvar" Lima. 1880-1882

Uno de los mitos más burdos e infundados del Perú, pero que aparece incorporado a su historiografía oficial, es el de una supuesta intervención del almirante francés Abel Bergasse du Petit Thouars en favor de Lima para salvarla del pretendido salvajismo chileno, que se habría demostrado, según el folclore peruano, en los antes descritos episodios de Chorrillos y Miraflores. Según esta *historia* -que no es *Historia*- Petit Thouars habría dispuesto todos los navíos franceses anclados en el Callao para atacar a las fuerzas chilenas en caso de que los "mapochinos" cometiesen excesos y tropelías contra la capital peruana. El autor Vargas Ugarte llega a aseverar que *"advirtió al general Baquedano que, de no ser respetada la ciudad y sus pobladores, los cañones de sus naves romperían los fuegos contra los barcos chilenos"*.

La leyenda peruana de Petit Thouars parece corresponder en realidad a treta destinada a minimizar o macular el triunfo chileno que hizo caer pacíficamente a Lima y que abriera una herida en el alma peruana que nunca ha cerrado por la insistencia del revanchismo. De hecho, es fácil verificar con la literatura disponible, que este mito parece tener origen en tergiversaciones de informes presentados por el cronista italiano Tomás Cavaino, reinterpretados por autores peruanos como Mariano Felipe Paz Soldán.

Desde poco antes de la batalla de Chorrillos, cuando parecía inminente el destino de la capital peruana, el almirante inglés Frederick H. Stirling dio instrucciones al antes citado capitán de fragata Acland, de que, si los chilenos destruían la ciudad y atacaban propiedades privadas de extranjeros, protestara enérgicamente. Como dijimos, esta preocupación de parte de los representantes extranjeros -a juicio de los autores peruanos- se debería a la violencia que, supuestamente, habían demostrado los chilenos. Sin embargo, Stirling -que conocía bien el historial del Ejército de Chile llevado hasta ese momento- agrega en su nota:

> *"Dada la disciplina del Ejército chileno y la manera en que hasta el momento ha respetado la propiedad privada y neutral, esperamos que, así como en el pesado, en el futuro no ocurra destrucción desenfrenada"*

Petit Thouars también tenían inquietudes similares, particularmente por el hecho de que la toma de Lima trajera como consecuencia atropellos

al derecho de propiedad de sus compatriotas, ya sea en manos de chilenos o en manos de las chusmas limeñas, como efectivamente sucedió, según veremos más abajo. Sin embargo, la opinión en general favorable de Petit Thouars para con los chilenos, resultaba muy parecida a la Stirling y lejos de la que los autores peruanos le atribuyen:

> *"Desde el comienzo de las hostilidades los chilenos han cometido excesos, pero son comparativamente más disciplinados, sus jefes tienen un deseo incontestable que concuerda con su interés de no suscitar reclamaciones a los neutrales".*

Una tercera autoridad extranjera, el italiano Sabrano, también tenía similares temores. Por este motivo, junto a Petit Thouars y Stirling, estos jefes extranjeros tomaron medidas preventivas en el Callao, con el propósito de proteger a sus respectivos paisanos. De alguna manera, puede haber influido en esta predisposición el intervencionismo de Francia, Inglaterra e Italia que iba a tener lugar en esta etapa de la guerra, para resguardar los intereses comerciales internacionales sobre Tarapacá, amenazados con la posibilidad de que el territorio fuese incorporado a Chile como indemnización de guerra. El punto es que, en noviembre de 1880, sus diplomáticos presentaron al respecto un proyecto ante el gobierno de Chile.

Después de Chorillos, se realizó en la residencia del embajador alemán en Lima, una reunión de representantes del cuerpo diplomático internacional. Asistieron a este encuentro el embajador inglés Spencer Saint John, el francés M. de Vorges y el salvadoreño Jorge Tezanos Pinto. Tenían la intención de impedir la caída de la capital con el consecuente baño de sangre que implicaría, por lo que se dirigieron a hablar con Piérola en Miraflores, para convencerlo de firmar la paz, situación que, como vimos, sólo fue aprovechada por el caudillo para intentar sacar ventajas. Por otro lado, Saint John, que fue un actor protagonista en estas negociaciones, apreciaba los gestos chilenos de haber devuelto prisioneros, sentimiento que los peruanos castigaron con un odio visceral hacia su persona.

El día 15, la legación británica fue escenario de otra reunión, esta vez entre los diplomáticos y los jefes navales británicos, acompañados de otras autoridades extranjeras. En la ocasión, Stirling declaró que había comunicado a los jefes chilenos que *"cuando entraran a Lima, si ellos atacaban a las legaciones o a los neutrales en general, él habría de capturar y hundirles la flota"*. En un papel mucho más secundario que el asignado por los autores peruanos, Petit Thouars adhirió a la idea del marino inglés, agregando que si se veían involucradas propiedades o ciudadanos extranjeros en los hechos, harían *"sentir que nosotros en caso necesario les cortaríamos la retirada de su ejército destruyendo su marina"*. Todos estos datos están disponibles en el trabajo de Celia Wu Brading, titulado "Testimonios Británicos de la Ocupación Chilena de Lima".

Al terminar el encuentro, los representantes Saint John, Vorges y Tezanos partieron a reunirse con los jefes militares chilenos Baquedano y Vergara, para solicitar garantías totales para sus compatriotas en Miraflores y Lima. Saint John tenía especial temor de que pudiese repetirse la destrucción observada en Chorrillos, según informaría más tarde al *Foreign Office*, en nota del 22 de enero de

1881. Baquedano garantizó poder cumplir con esto, siempre y cuando Lima no fuese convertida en campo de batalla, situación ante la cual sería imposible prometer completa integridad para nadie ni nada, precisamente recodando lo ocurrido en Chorrillos. Su palabra bastó para convencerlos, y más tarde al representante italiano, que informó a su gobierno que los representantes extranjeros habían advertido a Baquedano de que, ante abusos injustificados, se darían *"instrucciones de proveer a la salvación de los neutrales con todos los medios de que pudiesen disponer"*.

Es difícil suponer qué clase de megalomanía o egocentrismo ha llevado a los manuales escolares peruanos a dar por hecho que estas medidas tenían por objeto dar protección a los *nativos limeños*, cuando se advierte claramente que el interés de los europeos se limitaba a cuidar la integridad de sus muchos ciudadanos residentes en Lima, de dar garantías "*a los neutrales en general"* y procurar *"la salvación de los neutrales"*, según las palabras textuales de los protagonistas. Menos claro aún resulta la idea de haberle adjudicado a Petit Thouars esta supuesta intervención a su favor, cuando hemos visto que fue concebida en realidad por el británico Stirling, pudiendo especularse que la transposición se debería a la necesidad de los autores peruanos de presentar eternamente a los ingleses como autores intelectuales de la guerra detrás del enemigo chileno, en otro de sus más extendidos mitos. De hecho, las relaciones entre el gobierno peruano y la diplomacia francesa no tenían nada de amistoso (reduciéndose únicamente a los fuertes intereses de Francia los negocios de explotación guanera en Tarapacá) especialmente después del incidente del 13 de enero de 1881, cuando su legación fue asaltada por policías peruanos que buscaban allí al ex ministro Riva-Agüero, acusado de traición, a pesar de que el embajador Vorges había advertido al Presidente Calderón que allí no estaba. El grave suceso estuvo a punto de terminar en ruptura diplomática.

Hay también otro punto importantísimo que no es considerado entre los autores peruanos: que la amenaza contra cualquier exceso hacia ciudadanos y propiedades, aun suponiendo que la restricción no fuese sólo contra los bienes y ciudadanos neutrales, no podría tener como efecto el despliegue de una capacidad militar capaz de impedir realmente estas tropelías, pues las flotas extranjeras en el Callao eran en su mayoría barcos de bajo fuego destacados sólo para actividades veedoras y pacíficas, en calidad de neutrales, precisamente. Salvo por el "Victorieuse" francés, ninguno estaba a la altura del "Blanco Encalada" o del "Cochrane" chilenos, o del ya incorporado "Huáscar", por lo que difícilmente hubiesen tenido posibilidades reales de hundir la flota chilena. De hecho, Saint Johns reconoce que Baquedano había informado a todos los neutrales, después de Miraflores y en el período de la supuesta intervención de Petit Thouars, que bombardearía Lima si ésta no se rendía incondicionalmente, pues estaba decidido a castigar y no soportar más acciones arteras y traicioneras como la ruptura del cese de fuego. La amenaza europea, por lo tanto, era más bien por las consecuencias diplomáticas que un incidente de estas características pudiese tener para Chile en el concierto internacional, más no para impedir realmente la destrucción de Lima, en el delirante supuesto peruano. Sergio Villalobos asegura incluso que pudo tratarse sólo de *"bravatas e impulsos de la paranoia arrogante, característica de los hombres de armas y de los europeos frente a naciones débiles"*.

El origen del mito estaría ligado especialmente a un relato del italiano Cavaino, aparecido en su obra "Historia de la Guerrra de América", como hemos dicho. Según informa allí (en un libro que escribe contratado por el Gobierno del Perú) tras la reunión en que Baquedano decide la toma de Lima, los representantes de países neutrales exigieron que no se dañara la ciudad como la garantía de derechos de los extranjeros allí residentes, amenazando con bombardear la flota chilena. Sin embargo, a la hora de verificar el origen de cuento, el mismo autor agrega estarse basando en rumores que corrían por Lima, ¡seis meses después de ser tomada por los chilenos!:

> *"...quizás no existirá documento alguno oficial, que refiera genuinamente estas negociaciones; pero era voz pública en Lima, cuando nosotros estuvimos allí en julio de 1881, y nos fue confirmado por personas que podía saberlo... Como es natural, sin garantizar semejante noticia, nosotros la referimos como es, como una simple voz corrida en el público, del cual recogimos sin titubear, por los muchos visos de verdad que nos pareció descubrir en ella, porque se halla admirablemente de acuerdo con las muy significativas palabras, con las cuales el ministro de Italia en Lima concluía la nota oficial en la que informaba a su gobierno de tales hechos; y que dice así: "Resulta de esta sucinta relación, que la salvación de esta capital se debe únicamente a la intervención del cuerpo diplomático"."*

Ahora bien, ¿de dónde surgió este rumor, que Cavaino creyó de tan buena gana?. Parte de la respuesta la encontramos más tarde, en enero de 1882, cuando Petit Thouars recibió de la organización de Señoras de Lima, una carta que suponían que su intervención había salvado la ciudad de la ferocidad "mapochina", haciéndole llegar el *"elocuente testimonio de nuestro vivo reconocimiento por vuestros nobilísimos esfuerzos, mediante los cuales librásteis a esta ciudad de la saña de nuestros enemigos"*. El orgulloso francés respondió en febrero siguiente, desde Toulon, pero jamás corrigió estas ideas imprecisas de sus admiradoras limeñas ni aclaró el carácter real de su participación en las medidas iniciadas por Stirling, dando argumentos al mito peruano de su heroico servicio. Lo curioso es que las mismas Señoras de Lima habían otorgado en 1881 una medalla a los miembros de la guardia urbana extranjera que se organizaron para detener a los propios peruanos en el saqueo de la ciudad luego de que Piérola escapara hacia las sierras, hasta que la ocupación chilena de Lima puso el esperado orden lejos de constituirse en la pretendida "amenaza" para la ciudad.

Narrando estos hechos, el autor Ismael Portal declara que el francés declaró a la religiosa Herasie Paget, superiora de la Congregación de los Sagrados Corazones y compatriota suya, en tono de superhéroe: *“Madre, vengo a salvarla, a salvar este centro, esta ciudad, esta tierra que tanto amo”*. Otras apasionadas ediciones del diario "El Comercio" de mayo de 1931 terminaron de cristalizar el mito, pero dejando en evidencia que amplios sectores de la intelectualidad no estaban para nada con los laureles que se recordaba el nombre del marino francés. Hasta un monumento le fue erigido en Lima, como muestra de gratitud a este episodio.

Veremos, sin embargo, que serían los mismos representantes extranjeros los que, vergonzosamente, se vieron entonces en la

necesidad de dar marcha atrás y solicitar a los propios chilenos la salvación de Lima.

¿Quiénes fueron los que saquearon Lima en enero de 1881? 

Los terroríficos relatos peruanos sobre la llegada de Baquedano, Saavedra, Lagos o Lynch y los batallones chilenos a Lima, están cargados de superchería y omisiones tendenciosas, que niegan, por ejemplo, que fue gracias a la entrada de las tropas "mapochinas" que se restituyó el orden en la ciudad, a la sazón afectada por una gravísima anarquía que permitió a los peruanos cometer saqueos, violaciones, incendios y desmanes contra su propia gente. Gran parte de esta visión infernal la han construido dos autores venerados en la historiografía peruana que, sin embargo, escribieron sobre los hechos tiempo después de ocurridos, bajo remuneración del Estado del Perú y más encima desde su condición de testigos no presenciales de la mayoría de los sucesos descritos, como son los casos de Cavaino y Paz Soldán. Llama la atención, además, la sospechosa semejanza entre los relatos de la supuesta destrucción de Lima a manos de los chilenos, especialmente en lo relativo a la inexistente "quema" de la Biblioteca Nacional de Lima, y las leyendas clásicas sobre el saqueo e incendio de la Biblioteca de Alejandría por las huestes del Califa Omar.

Sin embargo, al observar la medalla honoraria otorgada por las Señoras de Lima a la Guardia Urbana Extranjera en 1881, una suerte de brigada de extranjeros y especialmente italianos que se improvisó para contener los desmanes provocados por los propios peruanos pierolistas hasta la llegada de los chilenos, nos enfrenta a una situación radical: alguien está mintiendo desde los estantes de la historia del Perú o de Chile. Por cierto, un ejemplar de esta valiosa evidencia se encuentra en propiedad del antes citado coleccionista e investigador histórico chileno Marcelo Villalba Solanas y puede ser admirara en su museo virtual www.guerradelpacifico1879.cl.

Después de la batalla de Miraflores, el caos se había apoderado del Perú y los líderes militares habían corrido a refugiarse a las sierras suponiendo que Baquedano bombardearía la capital. Desde allí pretendían rearmar sus ejércitos. Otros quedaron en Lima, pretendiendo establecer allí una fuerza de resistencia, pero que penosamente llegaba a ser un reflejo de lo que se esperaba. En tanto, las iracundas hordas de peruanos no tuvieron mejor ocurrencia que emprenderlas contra la los albergues limeños de los inocentes trabajadores chinos, durante la noche del 16 al 17 de enero, asesinando brutalmente a unos 300 de ellos en el barrio de calle Malambo, siguiendo después con el saqueo e incendio de casas y locales comerciales, especialmente las de italianos. Furiosos por las derrotas de Chorrillos y Miraflores, los soldados peruanos se habían sumado a la violencia del populacho, dirigiendo los desórdenes de los barrios de chinos y las casas comerciales, según lo testimonia el ministro Saint John. Como dijimos con anterioridad, la excusa habría sido el enterarse que muchos esclavos chinos -.de los que hemos hablado más arriba- se habían unido a los chilenos en su avance a Lima, pero se sabe con certeza que la animosidad racista y malediciente existía desde mucho antes contra estos trabajadores.

Similares acciones tuvieron lugar en el Callao. Allí contaron hasta con la anuencia del gobernador local. Salvajemente, las hordas atacaron

también los poblados aledaños de San Bartolomé, San Mateo y Santa Clara, emborrachados en masa con el licor que robaron de las bodegas, según testimonia un corresponsal del periódico "La Estrella de Panamá". Sólo la defensa armada improvisada por ciudadanos extranjeros de Lima y el Callao en horas de la mañana, impidió más fuego y sangre. Pero, cuando los bomberos intentaron apagar el fuego, fueron atacados a balazos. Al salir el sol del día siguiente, la cuadra del Palacio estaba alfombrada de muertos y de sangre como consecuencia de estas bestialidades.

En su antes citada "Crónica de Guerra", el veterano y testigo de estos hechos, Arturo Olid recuerda sobre los días previos a la ocupación chilena tras las batallas de Chorrillos y Miraflores:

> *"La noche del 15 al 16 pasó para Lima como una de esas horribles pesadillas de persecución y muerte que forja la locura".*
>
> *"A las pesadumbres del alma venía a agregarse el aguijón de las necesidades materiales. El ejército no había comido y la población tampoco".*
>
> *"El comercio había cerrado sus puertas y cualquier nada costaba un ojo de la cara. La mañana del segundo día fue viernes de pasión. Hasta la luz del cielo parecía tener el tinte siniestro de un próximo cataclismo".*
>
> *"Millares de soldados dispersos recorrían las calles, tratando de reunirse para una tercera batalla, al toque de las campanas de la Catedral, esas guitarras de todas las zambras guerreras de Lima. Los conocedores de la plebe comenzaron a mirar esos grupos como malas nubes y peores vientos. Como sucede siempre, una chispa produjo el incendio..."*
>
> *"La tropa, acosada por el hambre, quería comer en las chinganas y se forzaron algunas puertas. Ocurrió en esto que un asiático se negó a recibir en pago uno de los billetes llamados incas. El celador con quien altercaba trató de llevarse la mercadería, unas pobres golosinas y el asiático defendiéndolas, dio muerte al celador".*
>
> *"La muerte atrajo gente, el populacho pidió venganza y aprovechándose se lanzó sobre las tiendas chinas de las vecindades. Algo calmó los ánimos la llegada del alcalde Torrico con la noticia de que el ejército chileno ocuparía en paz la ciudad al día siguiente".*
>
> *"Se invitó a los jefes de la Guardia Urbana para una reunión en palacio a las cuatro de la tarde, a fin de asegurar la tranquilidad del vecindario. Todo parecía aquietarse cuando un inesperado suceso vino a desbaratar el orden relativo que habían logrado introducir en aquel caos. Lima no había secado el pozo de sus amarguras. Como a las cuatro entró en la plaza de Lima el prefecto del Callao, comandante Astete, a la cabeza de mil quinientos a dos mil soldados, declarando que no se entregaba y salía al campo en busca de los nuestros".*

"El populacho tornó a fermentar en torno a este alboroto. El coronel Suárez, que gozaba de justo y gran prestigio por su valor y sus servicios, corrió a impedir esa locura, ya que no criminal intentona que habría acarreado la ruina de la capital. No sin grandes esfuerzos logró Suárez reducir a Astete a la razón del patriotismo".

"Pero la situación se agravó mucho, tanto porque hubo de postergarse para las ocho de la noche la reunión acordada, perdiéndose un tiempo precioso, cuando porque los licenciados de Astete allegaron nuevos y más perturbadores elementos al desorden".

"Cuando Suárez volvió al palacio, como a las seis de la tarde, ya todo estaba perdido. Quiso imponer a la tropa que lo invadía, pero no fue obedecido y tuvo que retirarse para no quedar en sus manos".

"A los jefes de la Guardia Urbana fuéles imposible salir de sus casas. Los soldados, confundidos con la hez del populacho, trajinaban las calles, disparando sus armas".

"Bien pronto volvieron al tema del día: los chinos. Sus tiendas fueron asaltadas, robadas y quemadas, muriendo entre las ruinas de muchos de sus infelices propietarios. De las propiedades de los asiáticos, las turbas quisieron pasar a los lujosos almacenes del centro. Pero la guardia urbana los contuvo a balazos".

"Al amanecer, las bombas acudieron a apagar los incendios; el populacho hizo fuego sobre los salvadores y éstos tuvieron que abandonar el material, arrastrando los cuerpos de cinco o seis compañeros heridos. Un carro fue incendiado triunfalmente. Días más tarde, Lima vio pasar el fúnebre cortejo de tres bomberos".

Ante esta situación desoladora de angustia y terror, la misma noche del 17 de enero de 1881, el mencionado alcalde limeño, don Rufino Torrico, se dirigió al jefe del cuartel militar chileno escribiéndole:

"Sr. General:

A mi llegada ayer a esta capital, encontré que gran parte de las tropas se habían disuelto, y que había un gran número de dispersos que conservaban sus armas, las que no había sido posible recoger. La guardia urbana, no estaba organizada y armada hasta el momento; la consecuencia, pues, ha sido que en la noche los soldados, desmoralizados y armados, han atacado las propiedades y vidas de gran número de ciudadanos, causando pérdidas sensibles con motivo de los incendios y robos consumados.

Con estas condiciones, creo de mi deber hacerlo presente a V. E. para que, ofreciendo la situación, se digne disponer lo que juzgue conveniente.

He tenido el honor de hacer presente al honorable cuerpo diplomático esto mismo, y han sido de opinión que lo comunique a V. E. como lo verifico.

Con la expresión de la más alta consideración, me suscribo a V. E.

Su atento y seguro servidor,

R. Torrico"

Torrico sabía que no había otra oportunidad de salvar la ciudad que no fuese declarándola abierta, pues los disturbios y los desórdenes eran por completo incontrolables. Sólo pidió 24 horas para intentar desarmar a todas las fuerzas que quedaran operativas, evitando así enfrentamientos con los chilenos. Baquedano estuvo en desacuerdo y anunció el envío de tropas compuestas por 3.000 hombres al mando de Cornelio Saavedra, para restaurar el orden, dejándose testimonio por escrito. Al contrario de lo relatado por el mito de la intervención de Petit Thouars, autoridades extranjeras como Saint John y Vorges plantearon una serie de consejos al jefe chileno, en el sentido de evitar abusos y tropelías, pero no existe una sola prueba de que haya sido "amenazado" con alguna clase de castigo en caso de que tales ilícitos se dieran. Al llegar a la ciudad, sólo quedaban las ruinas del caos y las fuerzas rebeldes habían escapado masivamente hacia el territorio interior.

Punto final a la leyenda del saqueo chileno de la capital peruana 

El paso de los años no ha conseguido del todo que los historiadores peruanos lavaran las vergüenzas de estos hechos, aceptándolos y relatándolos tal como los registros de la época los muestran. Por el contrario, aprovecharon las destrucciones de Lima para volver a señalar a los chilenos como culpables y persistir en el relato victimista y quejumbroso que ha caracterizado su forma de contar y connotar la Guerra del Pacífico.

A 

pesar de la evidencia de que la entrada de los chilenos a Lima fue absolutamente pacífica y ordenada (al punto de que la banda de guerra ni siquiera tocó el himno nacional para no herir la sensibilidad de los

ciudadanos locales, metiéndolo sólo veladamente entre algunos compaces), se ha inventado la leyenda negra del enemigo entrando furiosamente a la capital peruana, para saquear todo cuanto pudo, quemar los principales edificios de la ciudad y, especialmente, robar compulsivamente miles y miles de supuestos trofeos de guerra, entre los que se cuentan libros, ornamentos públicos y obras de arte. Se ha llegado a culpar a los chilenos de la quema parcial de la Biblioteca de Lima, siniestro que en realidad había tenido lugar sesenta años antes, en 1821.

La verdad es que ni siquiera hubo escaramuzas en Lima. Al llegar los chilenos, la mayoría de los alzados ya había arrancado a la sierra, siguiendo las huellas de Piérola y sus huestes, con las manos cargadas de todo cuanto pudieron sacar de los edificios públicos y privados. Saint John destacó que, al observar el gallardo destacamento chileno que entró disciplinadamente a Lima, todos pudieron comentar:

> *"Ahora podemos entender nuestras derrotas"*.

Por su parte, el diplomático italiano Perolari Malmignati escribiría al ver la perfecta entrada:

> *"Estos hombres son como nosotros, exclamó, al ver los soldados chilenos, un marinero de la Garibaldi. Esa exclamación explicaba la victoria de Chile"*.

El citado oficial y corresponsal Salvador Soto, en la carta que escribe a su padre el día 21 de enero siguiente, dice con propiedad y como otro testigo privilegiado de los hechos:

> *"La entrada de nuestro ejército vencedor por las calles de Lima se efectuó en el mayor orden y con toda solemnidad y decoro. Mientras la marcha, tanto las tropas vencedoras como el pueblo vencido que nos contemplaba, guardaban el más profundo silencio. Aquel acto fue el más solemne y grandioso que haya presenciado jamás".*

La administración de Lima quedaría encomendada a Patricio Lynch, ese tan difamado héroe chileno. Justo es recordar que, tanto dentro del pueblo peruano como en países vecinos, en su breve período de gobierno fue percibido como de extraordinario orden y tranquilidad. La serenidad pública, la eficiencia burocrática y hasta el aseo en las calles estuvo presente como hacía muchos años no volvía a verse en la metrópoli. Lynch llegó a ser llamado "El Mejor Virrey del Perú" por los propios limeños de entonces.

No se pretende negar con este subtítulo que la ocupación estuvo acompañada del secuestro de varias estatuas, monumentos urbanos y libros de la Biblioteca Nacional de Lima, tomados en concepto de indemnizaciones de guerra y presiones para que Perú pusiera fin a las hostilidades, considerando además que ese mismo país, en dos guerras anteriores (en su propia Independencia y luego durante la Confederación Perú-Boliviana) se había negado a pagarle a Chile las millonarias reparaciones. Sin embargo, existe toda una mitología urbana en Perú, respecto de una exagerada cantidad de ornamentos tomados desde Lima y también sobre la destrucción imputada a los chilenos, al punto de que casi cualquier recuerdo sobre un edificio ya inexistente o monumento destruido, se adjudica a la mano chilena durante la ocupación de la capital peruana. Por ejemplo: las cientos de

estatuas e implementos decorativos que adornaban la avenida Callao, principalmente leones, desaparecieron totalmente en nuestros días.

Las capacidades de manipulación y transporte de los chilenos durante toda la ocupación sólo les permitieron tomar una fracción de todos esos ornamentos en calidad de cuotas de reparación, de modo que el despojo de estas figuras debe haber tenido lugar en un período prolongado que se extendió después de la partida de los chilenos. Esto ha generado, a su vez, un convencimiento peruano de que prácticamente cualquier estatua de leones que se encuentre en Chile corresponde a alguna de sus colecciones ornamentales, como se ha dicho imprecisamente de las dos estatuas de la avenida Los Leones de Santiago (en realidad regaladas a la ciudad por la familia Lyon) y el león del famoso Arco Inglés de Valparaíso (donado al puerto por la comunidad británica).

Durante el Gobierno de Domingo Santa María se devolvieron varios de los libros tomados de la Biblioteca Nacional de Lima. A fines del Gobierno de Ricardo Lagos Escobar, más de un siglo después, se inició una investigación para identificar libros peruanos en la Biblioteca Nacional de Santiago, con miras a devolverlos al Perú en un gesto que ha sido tremendamente criticado por inoportuna y por ser diplomáticamente peligroso en el contexto de las prepotentes demandas de alteración de los límites marítimos que Lima le formula a Chile.

En una primera mirada este trabajo parecía loable; pero como la Cancillería, el Ministerio de Educación y la Biblioteca Nacional condujeron en el más absoluto y siniestro secreto estas gestiones, con una comisión de investigadores remunerados que, según se ha filtrado, resultan en su mayoría desconocidos y ajenos al ambiente general de expertos nacionales en la Guerra del Pacífico, se desconocían por completo los alcances de esta iniciativa que, por lo demás, generó expectativas delirantes de algunos autores peruanos sobre la cantidad de libros que supuestamente le "devolvería" Chile, con lo que se incrementa la sensación de desatino y riesgo de semejante decisión.

Así, el gesto de la "devolución" apenas fue agradecido y, de hecho, al poco tiempo, las autoridades peruanas ya estaba reclamando por considerar poca la cantidad de volúmenes que le fueron devueltos durante el Gobierno de Michelle Bachelet.

Atrocidades de la Campaña de la Sierra: masacres, brutalidad y vesania. 1881-1883

Pero, como hemos dicho, quizás las mayores muestras de crueldad peruana se acumulen en los episodios de la Sierra o Breña, en la etapa final de la guerra, donde los sentimientos guerreros habían perdido ya todo rasgo de caballerosidad, cediendo terreno al odio desatado, el deseo de venganza y la brutalidad.

Influyó dramáticamente, también, la participación activa del elemento indígena y cholo, en cuyo seno había cundido un visceral odio racista hacia el hombre blanco o el mestizo hispánico, a quienes denominaban *"mistis"*, en un fenómeno cultural no pocas veces visto entre esos pueblos y utilizado como eficiente arma revolucionaria, por caudillos que van desde Tupac Amaru hasta Paz Estenssoro. Saint John

denunció atrocidades contra los ciudadanos blancos cometidas por indígenas sublevados en Arequipa, Pisco y Cañete, después de la caída de Lima. Ayudado de padillas de negros, el Coronel peruano Pedro Mas, a las órdenes de Piérola, cometió la misma clase de agresiones y matanzas en Chincha Alta.

En la primera expedición de 1881 del Coronel Ambrosio Letelier, la falta de alimento y provisiones obligó a los chilenos a recurrir al cobro de cupos de guerra. A pesar de que, como hemos dicho, estos estaban siendo cobrados por los peruanos a su propia gente, la noticia de que los chilenos se los estaban procurando para poder sostener su presencia en esos territorios cayó como bomba entre las fuerzas serranas, que decidieron aplastar a los invasores con todo lo que tuvieran a su alcance. Tampoco gustó al mando militar de Chile el saber que Letelier había realizado estas exigencias y había castigado duramente a varios de los poblados de las alturas, cosa que fue muy mal juzgada y condenada por Lynch. Como no podía ser de otra forma, los historiadores peruanos suelen exaltar estos hechos hasta llevarlo a niveles de novela de terror. Sin embargo, la destrucción se había realizado sobre poblados donde se había dado protección o alojo a los montoneros.

Los resultados posteriores de los juicios realizados al desempeño del Coronel chileno, lo eximieron de cargos por malversación de recursos o manejos oscuros, especialmente en un bullado caso relacionado con ventas de plata obtenidas de Cerro de Pasco. Sorprendentemente, muchos historiadores chilenos, siguiendo los documentos limitados al período del *affaire*, desconocen los resultados finales de las investigaciones y el sobreseimiento de Letelier, por lo que insisten en la visión sombría de su paso por la sierra.

Pero las duras condiciones ambientales de las sierras y la presencia de fuerzas indígenas ajenas al elemento militar, condicionaron de tal manera este período de la guerra, que el honorable espíritu de combate sucumbió ante las circunstancias. Los montoneros, que atacaban por sorpresa y de forma artera, solían esconderse entre los aldeanos, quienes a su vez les proporcionaban asistencia y actuaban como sus agentes e informantes. Como estas fuerzas no pertenecían al elemento militar regular y, de acuerdo al Derecho Internacional de guerra, quedaban en calidad de subversivos y paramilitares, no faltaron oportunidades en que se aplicó el máximo rigor marcial, como fusilamientos y destrucción de fincas.

Las respuestas de parte de los montoneros peruanos fueron atroces. En junio de 1882, por ejemplo, el General Cáceres y sus guerrillas rebeldes atacaron a los chilenos establecidos en Marcavaye, en un cruento combate que deja la cifra de sólo dos muertos por el lado chileno, pero anticipa un acto que comenzaría a volverse frecuente entre las fuerzas enemigas, al cortar sus cabezas y atravesarlas en la pica de sus lanzas mostrándolas de modo desafiante al resto de los chilenos. Cabezas chilenas se habían visto también en las bayonetas de los peruanos que pelearon en Vilca y en Comar, según los dibujos del peruano A. Sánchez Narváez en su obra "Nuestros Héroes" de 1903.

Este siniestro castigo no sólo se practicaba contra chilenos. Los montoneros y especialmente los indígenas peruanos, en pueblos como Tarma y Huayucachi, hacia julio de 1882, decapitaron a varias familias

completas acusadas de tener amistades entre los enemigos chilenos. En Huancayo sucedió lo mismo a una familia alemana.

Insistimos en que esta clase de atrocidades contra los soldados indefensos o heridos fue común en la campaña de la Sierra del Perú. Son sólo algunos ejemplos de las escenas de horror que tuvieron lugar en esas comarcas por aquel entonces. Se recordarán además las tropelías de Cáceres y sus montoneras indígenas propagadas después de la batalla de Sangra, que -a pesar del verdadero culto ideológico que se ha hecho en torno a su persona por grupos de ultraderecha peruana- dirigió junto a otros varios caudillos una serie de excesos contra sus compatriotas para financiar sus fuerzas rebeldes (hordas de bandidos y asaltantes, en algunos casos), pasando por toda la gama de abusos imaginables: saqueos, violaciones, asesinatos, secuestros y atracos... ¡contra su propio pueblo peruano!

Poco antes de iniciarse la batalla de Huamachuco, que marcaría el triunfo de Chile el 10 de julio de 1883, los peruanos al mando de Cáceres saquearon violentamente el pueblo como castigo a la atención que allí habían recibido las fuerzas chilenas. El día 8, con los chilenos al frente y en tensa espera, una horda de montoneros y cholos se arrojó en masa contra la aldea, saqueándola y asesinando indiscriminadamente a sus habitantes. Los chilenos consiguieron que se retiraran disparando sus cañones directamente sobre la turba, pero cuando la brutalidad había cobrado la vida de muchos. Sin embargo, los montoneros esperaron la complicidad de la noche siguiente para regresar al pueblo a terminar sus salvajadas, sin que los chilenos pudiesen repelerlos, esta vez. En gran medida, la ferocidad con la que los chilenos actuaron cumpliendo la orden de que no habría prisioneros, fue luego de descubrir cientos de pobladores de Huamachuco, incluidas las mujeres, asesinados brutalmente por los hombres de Cáceres, pasando por las armas a los derrotados e incluso a los desertores del lado chileno, que los peruanos se apresuran a contar descuidadamente entre sus propios ejecutados en aquella sangrienta jornada.

Siniestros detalles desconocidos de la Batalla de La Concepción. 1882

Una mención especial merece la famosa Batalla de La Concepción, el 9 y 10 de julio de 1882.

Como entre los autores chilenos el relato se ha concentrado especialmente en el incomparable sacrificio y la muestra de valor de parte del honorable grupo de 77 muchachos chilenos, al mando del Capitán Ignacio Carrera Pinto, poco y nada se detalla de la verdadera carnicería en que chilenos fueron ultimados, y que tiene bastante menos elegancia que las representaciones pictóricas donde muestran a la valiente tropa saliendo aguerridamente desde la iglesia, a recibir sólo tiros de fusil que, comparados con las verdaderas características de sus muertes después de derribar las puertas de su refugio, hubiesen resultado bastante más piadosas. Pero la verdad es que la masacre fue por completo horrible, incrementando el sentido de valor que debió recorrer a esos hombres, antes de la decisión final de caer muertos en manos enemigas, concientes de los horrores que allá afuera esperaban.

En efecto, al salir a entregar su último suspiro, los chilenos fueron rodeados por las hordas indígenas armadas e iracundas. Si no tuvieron la suerte de caer primero baleados, perecieron a golpes de machetes y lanzas. Los cuerpos, ya sea muertos o aún heridos y una vez despojados de sus pertenencias, fueron desnudados y destrozados al estilo de "carneo" o "desposte" de animales. Sus uniformes terminaron repartidos a modo de trofeos y algunas cabezas empaladas en la altura de las lanzas indígenas. Partes del cuerpo de los caídos también fueron repartidas como premios. Se les cortaron los órganos sexuales, algunas orejas y narices, se sacaron varios corazones y, en ciertos casos, la carne fue roída por dientes de montoneros, en un insólito ritual caníbal.

Pero el horror de La Concepción no culminó allí. Se recordará que los chilenos eran acompañados de tres mujeres, un niño de cinco años y un neonato. Pues bien: las mujeres fueron arrastradas hasta la plaza y luego violadas y golpeadas. Agónicas, fueron ultimadas por degüello y también descuartizadas. Los niños fueron empalados en las lanzas. Es necesario reconocer, sin embargo, que el Coronel Gastó del Perú trató desesperadamente de frenar esta masacre, pero la turba estaba fuera de sí. El diario peruano "El Eco de Junín", en su edición del 26 de agosto de 1882, asegura que muchas de las cabezas y miembros amputados fueron llevados a Ocatambo y Huancallo por Cáceres, siendo recibido con un verdadero carnaval y repartiendo los "trofeos" por las casas, donde eran colocados como adornos.

Al llegar a La Concepción los hombres del General Del Canto, poco después, el espectáculo era dantesco. Por las calles centrales yacían dispersos miembros amputados, vísceras llenas de moscas y charcos de sangre. Francisco Vergara, como miembro de la ambulancia chilena, escribiría recordando estos hechos, años después:

> *"Los cadáveres de nuestros compatriotas estaban en el mismo campo de combate, o sea, en la plaza pública, y algunos en el cuartel, cuyo edificio había sido incendiado en parte. Muchos estaban tendidos y dispersos en el suelo y en varias partes unos sobre otros, inconocibles, completamente desnudos y llenos de lodo, pues había llovido. Los cadáveres habían sido profanados por el enemigo, que no se contentó solamente con apoderarse de sus ropas sino también mutiló a algunos en una forma verdaderamente bárbara.*
>
> *Ud. podrá fácilmente figurarse el cuadro, que teníamos a nuestra vista y la indignación que nos causó tanta atrocidad y salvajismo.*
>
> *Dentro del cuartel, que daba a la plaza, vi dos pedazos de carne humana, ya algo quemada, ensartados en un asador de fierro en un lugar donde había demostraciones de que habían encendido fuego. En un pequeño departamento del mismo cuartel, que servía como especie de enfermería, nos encontramos con unas camillas en las que había dos cadáveres despedazados a bayonetazos. Pertenecían a dos enfermos de tifus".*

Como se advertía que los hechos habían tenido lugar recientemente, se envió una tropa de caballería al mando del Comandante Alcérreca,

para cazar una montonera peruana que aún llevaba partes humanas como "trofeos" consigo, alcanzándola en San Lorenzo. El pueblo fue castigado con destrucción e incautaciones. Otra parte de los indígenas protagonistas de la masacre seguían en plena celebración de la misma en Ataura, aún repartiéndose el botín de guerra. Se arremetió contra ellos, como castigo, una feroz carga de sables.

Al regresar al pueblo, se pasó por armas a todos los habitantes del pueblo que se consideró comprometidos o involucrados con los montoneros -cerca de sesenta- que fueron sorprendidos ebrios y con objetos incriminantes. Tras la masacre, estos montoneros que quedaron pululando en La Concepción se habían dedicado a saquear varias casas y locales de comercio, atacando de paso a ciudadanos extranjeros que vivían en el pueblo, entre ellos a un francés que fue salvado gracias a los médicos chilenos, y a un italiano de apellido Gamba, que logró evitar milagrosamente de las indiadas escapando fuera del poblado.

Los cadáveres chilenos fueron sepultados por los hombres de Del Canto en una fosa cavada en la iglesia, y a ésta se le prendió fuego, haciendo que se derrumbara encima.

Reclamaciones de los neutrales. Tribunales fallan a favor de Chile. 1884-1885

Los desastres de la guerra habían alcanzado a una serie de bienes y propiedades de extranjeros de países neutrales, sea por destrucciones, expropiaciones, daños involuntarios o, simplemente, saqueos y desmanes. Esto motivó una seguidilla de protestas y reclamaciones de los respectivos países, principalmente por reparaciones, indemnizaciones y devoluciones. Participaron de estas reclamaciones muy especialmente las potencias europeas que, desde 1880 aproximadamente, habían organizado a sus acreedores de las guaneras y salitreras peruanas de Tarapacá, para intentar impulsar la intervención internacional compulsiva sobre el desarrollo del conflicto y en contra de los intereses chilenos que hemos mencionado más arriba.

Gobierno de Chile mantenía sus reservas y desconfianzas sobre estas reclamaciones motivadas, muchas veces, por autoridades peruanas empeñadas en perjudicar las relaciones diplomáticas de Chile. Por ejemplo, cuando entraron los chilenos a Lima, se realizaron fuertes protestas contra las fuerzas de ocupación por supuestas intervenciones sobre propiedades de extranjeros que no resultaron tales, pues los propios jefes militares demostraron que correspondían a bienes peruanos arrendados a ciudadanos de otros países, o que sus títulos ya habían caducado. Sergio Villalobos comenta que, cuando se produjo la entrada chilena a la capital peruana, todas las casas lucían banderas de grandes potencias extranjeras simulando ser de tal propiedad.

Sin embargo, ante la cantidad de reclamaciones neutrales que se habían acumulado, el Presidente Domingo Santa María decidió resolver la cuestión a través de comisiones arbitrales ajustados al derecho internacional y avalados por investigaciones de carácter técnico y objetivo. La composición de estas comisiones sería la siguiente:

1. Un delegado chileno.
2. Un delegado del país reclamante.
3. Un representante del Emperador del Brasil, que asumiría la presidencia de la comisión y dirimiría en caso de empate.

Entre los meses de marzo y mayo de 1884, fueron constituidos los tribunales correspondientes a Gran Bretaña, Italia y Francia. En septiembre de 1886, correspondió al de Alemania. El representante italiano también asumió las reclamaciones de Bélgica, sumándolas a las 440 que presentó su patria. Gran Bretaña presentó 118 y Francia 89. El representante alemán también se hizo cargo de las reclamaciones de Suiza y del Imperio Austro-Húngaro. En total, las reclamaciones sumaron 759. España no participó de estos procesos.

El delegado chileno en las comisiones, fue el abogado José Eugenio Vergara, cuya experiencia y prestigio como jurista constituía una carta segura para el Gobierno de Chile. Entre otros criterios, Vergara apeló a las flexibilidades y consideraciones especiales que hacer el derecho internacional frente a los casos de guerra y en donde el cumplimiento riguroso de las leyes se hace sencillamente imposible.

A pesar de lo que hubiese hecho creer la lealtad que el Brasil y el propio Emperador Pedro III habían demostrado hacia Chile durante la Guerra del Pacífico, se envió como representante a un egocéntrico y testarudo abogado de avanzada edad, Felipe Lopes Netto, quien no estaba familiarizado con el derecho internacional y se encargó de demostrarlo a cabalidad durante los procesos, pues lo atropelló casi obsesivamente, generando fuertes protestas en su contra. Sus sentencias resultaron lesivas a Chile, pero se acataron lealmente.

Relevando al anciano cascarrabias, Río de Janeiro envió después a Lafayette Rodrigues Pereira y finalmente a Francisco Xavier da Costa de Aguiar d'Andrada, para presidir las comisiones. Ambos eran versados en materias de derecho internacional y arribaron en sentencias mucho más justas y equitativas, por lo que aceptaron todos los criterios de derecho internacional defendidos por Chile, especialmente los que guardaban relación con que la residencia prolongada de un neutral en uno de los países beligerantes le sacaba a él y a sus propiedades de su condición de súbdito extranjero. De hecho, Chile quedó completamente exonerado para los casos de Arica, Chorrillos y Miraflores, al haber sido elegidos estos lugares como campo de batallas y al resultar imposible precisar las responsabilidades de cada bando en la destrucción generada por el combate.

También se sacó de la lista a los particulares que, con truculencia, intentaron presentar el daño de sus propiedades producidos por los incendios o la destrucción generada en los combates, disfrazándolos de tropelías y abusos de parte de la soldadesca chilena.

Durante las labores de las comisiones, quedó en evidencia un intento deshonesto de algunas de las partes reclamantes, por introducir exigencias tan exageradas o directamente falsas, que fueron demostradas como tales casi al instante, desprestigiando profundamente la credibilidad de los demandantes y quedando en evidencia un lucrativo negocio que se estaba intentando por particulares, apoyados por sus respectivos países, detrás de estas

reclamaciones, y que llevaron a la "Revista de los Tribunales" de Madrid, a comentar que muchas de ellas eran *"simples especulaciones"*.

Efectivamente, algunos bienes por los que se pedían reparaciones, no pertenecían a quienes los reclamaban o bien habían cambiado de dueño en fechas que fueron escondidas para poder concretar el fraude. Incluso hubo un "testigo" que fue detectado declarando a favor de los demandantes en 29 casos distintos, patrón de repetición que también se dio entre otros sujetos que debieron testificar también ante la comisión.

Villalobos comenta que, de las 89 causas que atendió la comisión chileno-británica, sólo 24 arribaron en condenas; y de las 127 tomadas por la comisión chileno-italiana, solamente 9 llegaron a sentencias favorables al demandante. Si las reclamaciones sumaban en un principio 46.498.810 de pesos de 25 peniques, la suma final que debió cancelarse por el Estado de Chile llegó a sólo 1.080.562.

A pesar del poderoso argumento que entregan los procesos de las comisiones arbitrales de 1884 a 1886 en favor de Chile (visitar este link para indagar más respecto de este tema), los autores peruanos y bolivianos, con frecuencia, se muestran incapaces de desprenderse del discurso concentrado en acusaciones sobre las supuestas tropelías cometidas por los chilenos en contra de las propiedades extranjeras en el Perú.

Campañas de odio antichileno después de la Guerra del Pacífico. 1883-1905

La hostilidad peruana y boliviana contra los chilenos nunca cedió después del triunfo chileno en 1883. Huamachuco, para muchos, fue sólo el final de las fuerzas y las energías del Perú para continuar la guerra, pero no de los sentimientos que consumieron la humanidad durante todo el conflicto.

Si los desastrosos resultados de todos los años de guerra mermaron temporalmente la agresividad y la pasión sanguinaria de algunas de sus autoridades y caudillos entre las huestes de los ex aliados, el paso del tiempo permitió que la audacia volviese a cobrar fuerza y, hacia fines del siglo XIX, volvían a llegar desde Atacama noticias alarmantes sobre la situación de los chilenos residentes, hostigados y atacados en forma constante por pandillas de bolivianos que aún subsistían en el territorio.

Alentando a estas actitudes criminales, el filósofo político e intelectual peruano Manuel González Prada, considerado toda una eminencia entre sus compatriotas, llegó a tal virulencia en discurso para la apertura del Encuentro de Estudiantes de Lima del Teatro Politeama, en 1888, que entregó sin bochornos esta violenta arenga para que fuese leída por uno de los niños asistentes al encuentro:

> *"¡Ojalá cada una de mis palabras se convierta en trueno que repercuta en el corazón de todos los peruanos y despierte los dos sentimientos capaces de regenerarnos y salvarnos: el Amor a la patria y el Odio a Chile! Coloquemos nuestra mano sobre el pecho, y el corazón nos dirá si debemos aborrecerle. Si el odio injusto pierde a los*

> *individuos, el odio justo salva siempre a las naciones. Por el odio a Prusia, hoy Francia es poderosa, como nunca. Cuando el París vencido se agita, Berlín vencedor se pone de pie".*
>
> *"Todos los días, a cada momento, admiramos las proezas de los hombres que triunfaron en las llanuras de Marathon o se hicieron matar en los desfiladeros de las Termópilas; y bien, "la grandeza moral de los antiguos helenos consistía en el amor constante a sus amigos y en el odio inmutable a sus enemigos"... No fomentemos, pues, en nosotros mismos los sentimientos anodinos del guardador de serrallos, sino las pasiones formidables del hombre nacido para engendrar a los futuros vengadores. No diga el mundo que el recuerdo de la injuria se borró de nuestra memoria antes que desapareciera de nuestras espaldas la roncha levantada por el látigo chileno".*
>
> *"Verdad, hoy nada podemos, somos impotentes; pero aticemos el rencor, revolvámonos en nuestro despecho como la fiera se revuelca en las espinas; y, si no tenemos garras para desgarrar ni dientes para morder, ¡que siquiera los mal apagados rugidos de nuestra cólera viril vayan de cuando en cuando a turbar el sueño del orgulloso vencedor!"*

Así podemos explicarnos que el diario "La Democracia" de Santiago y "El Mercurio" de Valparaíso informaran entre junio y octubre de 1893 que nuevos atropellos y masacres habían tenido lugar, esta vez contra peones chilenos que trabajaban en la construcción del ferrocarril de Antofagasta a Oruro.

Otros informes periodísticos reportaron abusos contra los chilenos residentes en Pulacayo, como "El Mercurio" de Valparaíso del 8 de octubre de 1896. Estas hostilidades, en el caso de Bolivia, se mantuvieron largo tiempo producto de la posterior disputa por la Puna de Atacama. Aprovechando el clima tenso, las autoridades de La Paz consideraban a cualquier chileno como un espía y las expulsiones y persecuciones se hicieron nuevamente habituales. Registros de esta clase de acontecimientos se encuentran en la obra de Robert Burr titulada "By Reasons on Force, Chile and the Balancing of Power of South America. 1830-1905".

Por su parte, los peruanos tenían sus propias razones para continuar alimentando y materializando un incontenible odio antichileno. Muchas decisiones de su gobierno central, tomadas durante y después de la guerra, podrían justificarse en el resquemor naturalmente esperable durante un estado bélico. Una de ellas fue el curioso decreto, hacia 1880, que cambió el nombre a elementos del folklore y la vida costumbrista peruana, así como *"a todo lo que pudiera recordar a los chilenos"*, como fue el caso de la "cueca chilena", rebautizada "marinera" en honor a Grau, hoy convertida en su baile nacional. Hasta el día de hoy es un tabú reconocer la influencia que tuvo el paso de la zamacueca por el folklore chileno en el que ha pasado a ser el baile nacional de un país que ni siquiera tolera que Chile comparta productos tradicionales son el Perú producto de un pasado común, como el pisco, las papas y ciertas recetas culinarias.

Además del natural y esperable sentimiento revanchista que sobrevive hasta hoy, había una urgencia por impedir lo que se llamó el proceso de "chilenización" de Tarapacá, derivado de la cada vez más importante y numerosa influencia humana de origen chileno en esos territorio. Sucedía que el Tratado de Ancón de 1883 abría la posibilidad peruana de recuperar parte del territorio a través de un plebiscito directo a los habitantes de Tacna y Arica. Concientes de que la cantidad de chilenos y simpatizantes de Chile aumentaba, sin embargo, las autoridades peruanas hicieron todo lo que tuvieron a su alcance para impedir este avance poblacional, restituyendo las viejas prácticas de abuso y campañas de odio.

Inmigrantes peruanos y bolivianos. Nacen las "Ligas Patrióticas". 1901-1918

En 1901 comenzaron tal vez los peores incidentes. Furiosos por la "chilenización" del territorio, los peruanos retiraron a su representante en Santiago protestando airadamente por las medidas administrativas que tomaba Chile dentro del territorio ocupado y por la creciente presencia de chilenos en los mismos.

Peor aún resultó el asunto, cuando Chile y Bolivia consiguen solucionar sus dificultades pendientes a partir del Tratado de 1904. Las autoridades de Lima vieron con horror como se alejaba la posibilidad de nueva alianza sus más afines vecinos e incluso intentaron intervenir en contra de este acuerdo.

Buena parte de la violencia y el abuso que los peruanos le atribuyeron entonces a las autoridades chilenas de Tacna y de Lima, tenían origen más bien propagandístico, surgido en el discurso deshumanizado y arraigado en principios esenciales del bien y del mal, con que algunos agitadores atemorizaban a la comunidad peruana de estos territorios, evitando apagar cualquier foco de adhesión hacia la administración chilena que insistía entonces en la repartija de los territorios. El académico Sergio González Miranda, por ejemplo, en su artículo "Pax castrense en la frontera norte. Una reflexión en torno a la post-guerra del Salitre: el conflicto por Tacna-Arica y Tarapacá" (Proyecto Fondecyt 1020719), recuerda el caso descrito por doña Calomira Benardos Loyola, Directora de la Escuela Nº 37 de La Huayca, que por iniciativa propia envió al Inspector Provincial de Educación una "Relación del pueblo de La Huayca", la que, a su vez, fue remitida por la autoridad al Intendente Ornaldo Villablanca. En ella, escribe la docente sobre los pobladores de origen peruano del pueblo:

> *"...La mayoría de los viejos pobladores, exceptuando unos pocos, son peruanos, nacidos aquí en sus alrededores antes de la guerra de 1879 o de la ocupación chilena. Domina, por consiguiente, el modismo y las costumbres peruanas, aunque sus descendientes, hijos y nietos sean nacidos en Chile. A consecuencia también de antiguos rencores, viven siempre temerosos de las autoridades y transmiten este rencor infundado a sus hijos. Por consiguiente, viven mal y no hacen nada por remediar sus padecimientos y pobreza. Siempre temen algo que no existe, sino en sus imaginaciones; ocultan los delitos, sufren afrentas de individuos cínicos, se golpean cuando están en estado de embriaguez y pasadas las molestias, callan y*

viven de una manera impropia, aunque también residen en un rincón de un país civilizado..."

Pero en este ambiente altamente ponzoñoso y febril la violencia real no tardaría en hacerse sentir, cuando se sumó el problema de la inmigración que ya entonces comenzaba a sembrar perjuicios entre las comunidades chilenas locales: cientos de obreros bolivianos viajaban masivamente a Tarapacá para ser explotados como mano de obra barata por patrones inescrupulosos, en lo que se llamó la cuestión de los "enganchados", situación muy parecida a la que puede verse en nuestros días con respecto a los inmigrantes peruanos.

Esta presencia altiplánica ponía, nuevamente, intereses de Bolivia entre los protagonistas de las tensiones en el territorio. Y, para empeorarlo todo, la tendencia chilena a celebrar los aniversarios de fechas conmemorativas de las batallas de la Guerra del Pacífico (costumbre derivada de la influencia de la Escuela Nacional en los territorios) desataba una verdadera furia en el intolerante patriotismo herido de los peruanos locales y las comunidades bolivianas. Estos problemas fueron combustible para avivar las hostilidades.

En 1910 los odios antichilenos del Perú ya ni siquiera estaban ajenos a la Iglesia. El obispado de Arequipa prohibió terminantemente que sacerdotes chilenos pudiesen desempeñar su servicio religioso en la zona, motivados únicamente por un sentimiento antichileno que era colectivo en su nación de origen. Esta arrogancia, además de los continuos escándalos en que aparecían comprometidos estos religiosos peruanos, muy lejos de la disciplina y la rectitud moral de la vida clerical, motivó de parte de Chile medidas no menos duras pero apropiadas, como fue la expulsión de los representantes peruanos de la iglesia.

En medio de las agresiones y los hostigamientos peruanos, vino a resurgir una temible medida típica de los lugares donde la justicia y el derecho han abandonado al hombre común: la autodefensa. Como sucedió con la sociedad "La Patria", antes de la guerra, resultó ser un hecho inevitable. Pero los chilenos, esta vez, se organizaron en una temida agrupación denominada la "Liga Patriótica", que a partir de 1911 saltó a la escena pública dispuesta a detener por los métodos más temerarios toda clase de manifestación antichilena de parte de los peruanos residentes en los territorios ocupados, llegando incluso a organizar rápidas expulsiones del territorio.

Resulta providencial que no se reporten muertes o agresiones graves de parte de las acciones de las "Liga Patriótica" en Iquique, Arica o Tacna, pero las peleas callejeras, los ataques y los combates directos de estos chilenos con ciudadanos peruanos se hicieron peligrosamente frecuentes.

Aunque en muchas ocasiones se ha intentado asociar a estas agrupaciones con tendencias fascistas locales, fue, en gran medida, la liviandad del poder central de Chile el responsable del surgimiento de esta clase de instancias, como consecuencia infalible de la nefasta costumbre de las autoridades chilenas por considerar que la aplicación de la ley en forma ordenadora, estricta y con rigor práctico es una forma de abuso de poder. La severidad, cuando no es garantizada al pueblo por sus propias autoridades, suele ser autoprocurada por el

mismo pueblo que clama por ella. La historia abunda en casos similares.

Cuando muchas de las agrupaciones peruanas comenzaron a asimilarse con ideas de corte izquierdista, iniciando quiebres huelguistas y participando en intervencionismos, las hostilidades mutuas continuarían a ritmo ascendente. Las publicaciones peruanas que circulaban por el territorio caían frecuentemente en la instigación al odio y al desprecio contra los chilenos, irritando a la masa "mapochina" y provocando incluso los asaltos de muchedumbres a los talleres de imprenta, tumultos que no se veían desde las reacciones a las masacres previas a la guerra de 1879. Reaccionando a esta clase de campañas, la "Liga Patriótica" publicaba incendiarias circulares, como una de octubre de 1918, en la que se informa:

> *"...hace ya tiempo que con espíritu indudablemente maligno y tendencioso, nuestros vecinos del norte -a quien en toda ocasión hemos considerado hermanos y amigos-... nos responden siempre como enemigos irreconciliables... lastimando nuestro sentimiento de hombres y ciudadanos con propaganda de prensa y acciones de todo género mortificantes y odiosas..."*

En medio de estas escaramuzas, se vino encima la posibilidad de concretar el plebiscito, Perú tenía plena conciencia de que los votos le jugarían en contra. Intentando boicotear la vía del sufragio popular, puso como condición que votaran sólo los miembros de la población peruana originaria, mientras que Chile alegaba que correspondía que votaran todos los habitantes de Tarapacá residentes desde seis meses hacia atrás en el territorio. Amedrentado, el Perú se negó -a continuación- a aceptar que Chile administrara el desarrollo del plebiscito.

Por entonces, el despido masivo de obreros chilenos y peruanos por la crisis de la industria salitrera, fue usado tendenciosamente en los medios peruanos, para denunciar la supuesta política de abusos contra el elemento peruano para consolidar la "chilenización" de Arica y Tacna, ignorando, por supuesto, que el que las medidas afectaron igualmente a trabajadores nacionales.

Solución del problema Tacna-Arica pone fin aparente a hostilidades contra Chile. 1919-1929

Hacia fines de la primera década del siglo XX, la situación chileno-peruana se estaba haciendo insostenible, y los bríos de guerra volvían a asomar otra vez. En su trabajo "Entre el Perú y Chile: la Cuestión de Tacna y Arica", por ejemplo, Enrique Castro y Oyanguren escribe a principios del siglo XX aprovechando el tema del litigio territorial para restaurar los mitos oscuros de la guerra:

> *"Las hazañas del Huéscar y las epopeyas de Arica pueden parangonarse con los hechos más grandiosos de la historia. Después de los desastres pudo repetir el Perú, "todo se ha perdido menos el honor". Chile, en cambio, ganó la guerra, pero no acreditó la grandeza de alma y los sentimientos de humanidad que depuran ante el concepto universal esas horribles hecatombes. Chile fue cruel, despiadado, rapaz,*

indigno de la victoria. Todas esas bárbaras escenas del imperialismo germánico, que tanto han horrorizado a la humanidad en la última guerra; todas esas inútiles y espantosas crueldades que ponen de relieve los más bajos y ancestrales instintos de la selva primitiva, todo eso tuvo un lúgubre anticipo, hace 38 años, en estas tierras de la libertad y de la democracia americana. Chile ultimaba a los heridos y prisioneros; Chile fusilaba a mansalva a los náufragos; Chile saqueaba e incendiaba las indefensas poblaciones. Los destructores de Reims y de Lovaina tuvieron sus precursores inmediatos en los que pillaban la Biblioteca de Lima y la convertían en pesebre para los caballos de su soldadesca; en los que se apoderaban de las artísticas joyas y reliquias del Museo para llevarlas a Chile como trofeos de guerra".

El clima belicista pareció distender con la llegada de don Guillermo Billinghurst al gobierno del Perú, en 1912. Empresario nacido en pleno territorio disputado, tenía la visión pragmática que le permitió advertir que distender más tiempo la cuestión de Tacna-Arica, además de seguir cultivando eficazmente los odios cruzados, sólo arriesgaría la permanencia de la mitad en controversia, cada vez más chilenizada por el correr del tiempo y por la terquedad peruana para sentarse a negociar.

Billinghurst buscó entonces, un acercamiento con el gobierno de Ramón Barros Luco, quien era además, su cuñado, valiéndose para ello de su amigo chileno Antonio Valdés Cuevas como enlace. Su intención era acceder a la división del territorio propuesta por Chile. En reserva, el intermediario hizo llegar a Barros Luco una propuesta que postergaba la realización del plebiscito pendiente en Tacna y Arica hasta 1931, llamando a sufragio a chilenos y peruanos que tuvieran hasta cinco años de residencia en la zona. Los términos fueron aceptados por ambos gobiernos en noviembre de 1912.

Lamentablemente, el mandatario peruano, si bien grandes accesos a la aristocracia chilena, no pertenecía a la rencorosa crema dominante de su patria, lo que obraba en favor de quienes quisieron culparle de ser "pro chileno", cargo que entonces equivalía al peor, comparable sólo a la traición. Para peor, Billinghust tenía un acento más chileno que peruano, lo que acrecentó las suspicacias y los desprecios hacia su persona. En medio de una incipiente crisis política al interior del país, los días de Billinghust y del acuerdo con Chile estaban contados.

Durante todo el año 1913, Billinghurst lidió estoicamente contra los golpistas y los sediciosos que pedían su cabeza desde el Congreso, azuzados por los hermanos Prado, y que aprovecharon su supuesto "chilenismo" como punta de lanza para derrocarlo. El anatematizado presidente cayó, así, el 4 de febrero de 1914, constituyéndose la Junta de Gobierno dirigida por el Coronel Oscar R. Benavides.

El discurso confrontacional exigiendo la devolución de las provincias "cautivas" perduró durante los siguientes gobiernos de Benavides y de Pardo y Barreda. Lamentablemente, mientras buena parte de estas infamias eran astutamente difundidas por la diplomacia peruana a nivel internacional, Chile se limitaba a tratar de mantenerlas en la bilateralidad, error que fue aprovechado por lima para insistir en la imagen del vecino como un invasor y usurpador de territorios.

Condenando la violencia de las campañas antichilenas provenientes desde Lima, el eminente académico uruguayo Washington Paullier, escribió en el diario de Montevideo "La Mañana" del 23 de marzo de 1919, en respuesta a un artículo del peruano Alvaro de Alastaya donde le enrostra la existencia de un histórico antichilenismo peruano:

> *"En la llanura de Ingaví, el ejército peruano fue destrozado por los bravos soldados que comandaba Ballivián... ¿A quiénes recurrieron entonces los peruanos? A los chilenos, como de costumbre; a ese pueblo laborioso y pacífico, a pesar de ser admirable en el combate. Entonces, el Perú buscó la mediación de aquellos, por intermedio de Lavalle (hecho oficialmente consignado por el Ministro de Relaciones de Bolivia, don Manuel Urcullú), como no una, sino una infinidad de veces lo han hecho, aunque odien mortalmente a los chilenos; como en 1823, para su Independencia; como cuando Perú le declaró la guerra a Colombia en 1828, siendo una vez más derrotados sus ejércitos en el Portete de Tanqui; como cuando el mariscal Santa Cruz invadió el Perú (1837-39), salvándolo otra vez la generosa nación chilena, en el campo de batalla de Yungay, por medio del ejército que mandaba don Manuel Bulnes; como en 1840 en el caso aludido, con Gamarra y el ejército boliviano - hasta que en 1865, Chile jugó sus destinos como un caballero andante más generoso que reflexivo, haciéndole devolver a sus protegidos las islas Chinchas y sufriendo él en cambio la destrucción del puerto de Valparaíso, con todas las consecuencias de la guerra con España".*

Paralelamente, se inició en Perú otra violenta campaña para acusar internacionalmente de "racismo" a Chile por la expulsión de cientos de obreros peruanos debida a la crisis del salitre iniciada el año anterior, y que dejó cesantes por igual a chilenos, peruanos y bolivianos. Una gran repatriación de peruanos cesantes había comenzado en diciembre de 1918 y se la presentó tendenciosamente como una operación de rescate, retirándose de paso el personal consular acreditado y exigiendo a los cónsules chilenos que abandonaran Perú.

Con todas estas trabas, el experimento plebiscitario Tacna-Arica ya era prácticamente imposible y con ello también el cumplimiento del Tratado de Ancón. Al llegar al poder peruano el Presidente Augusto Legía, quien proclamaba la sugerente frase *"¡Recuperad el Morro!"*, y luego de incidentes que casi detonaron una nueva crisis bélica entre los mismos tres países participantes de la Guerra del Pacífico, el mandatario declaró en 1921 que el plebiscito era inaplicable y comenzó a exigir directamente la devolución de Tacna y Arica.

Fue gracias a conversaciones posteriores y a una intervención norteamericana que ambos países lograron ponerse de acuerdo, tras largas y sufridas conversaciones, en la firma del Tratado de 1929, que cedió al Perú la ciudad de Tacna, permitiendo a Chile mantener Arica.

Sólo entonces culminó la larga época de impunes abusos y odiosidades antichilenas en práctica de parte del Perú y de Bolivia, cuando ya estaba próxima a cumplir su siglo de vida. Los casos siguientes que se conocen ya habrían de salir de la cadena histórica y

comenzaron sólo a ser esporádicos, aunque a veces no menos graves ni acusatorios de la existencia de un latente odio antichileno.

Demás está advertir que tanto historiadores bolivianos y peruanos -como sus fieles escribas entreguistas chilenos-jamás, jamás de los jamases mencionan la clase de atrocidades que tuvieron lugar en los territorio nortinos y que hemos descrito a lo largo de este artículo, pues la acusación privativa de abusos y atrocidades practicadas aleatoriamente por los chilenos ha pasado a ser la vaca sagrada de los ex aliados de la Guerra del Pacífico: su piedra filosofal, su huevo de Colón, su Santo Grial... Mientas alguien lo posea, posee también la verdad y, por lo tanto, la razón sobre los hechos.

Peor aun es ver a autores chilenos que, inconscientemente comprometidos con el entreguismo, también solidarizan con tales acusaciones peruano-bolivianas, producto de la ignorancia o de una documentación deficiente sobre la verdadera dimensión que las escenas de horror y los atropellos a los derechos mínimos de los ciudadanos que tuvieron lugar durante todo ese largo período, alrededor de la Guerra del Pacífico.

Sólo contadas fuentes permiten armar la memoria de estos hechos y, aunque no es nuestra intención hacer un resumen de todos ellos y de todos los casos registrados, dejamos a la vista al menos una pizca de la magnitud del material histórico que ha sido casi escondido de los anales académicos y de las narraciones, por tantos años ya.